

AL GRAN TRINO DIOS

El Padre de Gloria

El Hijo Amado

y El Espíritu Eterno

*Con la más profunda gratitud por Su infinita paciencia y misericordia y Su inmensa bondad, a las cuales debo cuanto de bueno y noble he conocido y tenido en la vida.-*

**“LAS SENDAS ANTIGUAS**

**Y EL**

**NUEVO PACTO”**

Ricardo Hussey.-

## INDICE

- 1- **Sobre el autor**- Por Alberto Araujo.-
  - 2- **Prefacio** – Por José Luis García Taboada.-
  - 3- **Introducción del autor**.-
- 
- CAPÍTULO I - **El siervo de Dios** - El llamado soberano de lo alto -
- CAPÍTULO II - **El arrepentimiento** - Piedra fundamental que la iglesia necesita redescubrir -
- CAPÍTULO III - **Verdaderos y falsos profetas**.- El ministerio profético en sus diversos matices-
- CAPÍTULO IV - **El Nuevo Pacto** - La ley escrita en el corazón-
- CAPÍTULO V - **El Nuevo Pacto** - El corazón nuevo y el corazón limpio o purificado-
- CAPÍTULO VI - **El Nuevo Pacto** - La circuncisión-
- CAPÍTULO VII - **El Nuevo Pacto** - La muerte del viejo hombre – crucificado con Cristo-
- CAPÍTULO VIII - **El Nuevo Pacto** - “Ahora somos hijos de Dios”-
- CAPÍTULO IX - **El Nuevo Pacto** - “Mi sangre del Nuevo Pacto”-
- CAPÍTULO X - **La clave de la fe** - “El justo por la fe vivirá”-
- CAPÍTULO XI - **Tabla con las diferencias y contrastes entre el Antiguo y el Nuevo Pacto**.
- CAPÍTULO XII - **Cortando vínculos y secuelas del ocultismo** - arrepentimiento, renuncia y corte en el Nombre de Jesús -
- CAPÍTULO XIII - **El camino de la Cruz** – “La muerte actúa en nosotros y en vosotros la vida”
- CAPÍTULO XIV - **La perla y la corona del amor** “Con amor eterno te he amado” - “... Conocer el amor de Cristo que excede todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

## **SOBRE EL AUTOR** por Alberto Araujo

Es para mí un honor el hacer la presentación de Ricardo Felipe Hussey, autor de este libro, y un poquito también, de paso, de su esposa Sylvia. Lo curioso del caso es que muchos ya los conocéis, apreciáis y queréis; pero ¿quién es Alberto Araujo?. Pues bien, soy otro más que ha tenido la dulzura y la eficacia de su ministerio cristiano. Y, si bien es verdad que no los he conocido desde siempre como algunos de vosotros, sino sólo los treinta años escasos que hace que incluyen España en su agenda, acometeré la osadía de presentároslos basándome en información recibida en parte de segunda mano, que es posible que sea nueva para muchos de vosotros, sobre todo para los de España lo anterior al año 1971, y para los de Argentina algo de lo posterior a esa fecha

Ricardo Felipe Hussey nació en Buenos Aires en 1927. Conoció al Señor a la temprana edad de 15 años. A poco de terminar el servicio militar, cursó estudios teológicos en el Centro de Enseñanza bíblica de la Unión Misionera Neo-Testamentaria, al sur de Buenos Aires, de los años 1949 a 1951 inclusive, donde recibió sana y sólida base doctrinal, así como el ejemplo de las vidas de sus profesores. Allí también conoció a la que unos años más tarde iba a ser su esposa, Sylvia Meyler Charles, nacida en el Sur de Gales en 1929 pero criada en la Argentina desde los 4 años de edad –la ayuda idónea que bajo la providencia divina ha servido de tanta bendición a su vida, acompañándolo estrechamente en su trayectoria hasta el día de hoy. Muy poco después de contraer enlace matrimonial se trasladó con ella a Inglaterra, donde se desempeñó en niveles progresivos como funcionario de Aerolíneas Argentinas en Londres, Manchester y finalmente en el Suroeste de Inglaterra desde 1958 hasta fines de abril de 1971.

En mayo de ese mismo año, sintiendo el llamamiento de servir al Señor a pleno tiempo, presentó su renuncia, trasladándose a Madrid, donde precisamente entonces empezó el avivamiento que bendijo a tantas iglesias. En el mismo el Señor levantó muchas iglesias gitanas y también algunas payas. Ricardo colaboró en pequeña medida entre las iglesias payas sirviendo al Señor por un periodo de poco más de un año, acompañado de su esposa y cuatro hijos. Luego marchó al Norte de Gales, donde lideró una Iglesia-Comunidad cristiana durante casi 7 años. Durante ese período nació su quinta y última hija. En mayo de 1979 volvió a España, residiendo en Madrid pero desarrollando una labor de predicación y enseñanza en muchas iglesias de la Península y Baleares. A partir de diciembre de 1980 colaboró asimismo en poner fundamentos en lo que es hoy la Iglesia de Buenas Noticias del Barrio de Las Águilas en Madrid, quedando de hecho integrado en el presbiterio de la misma, pero continuando a la vez su tarea itinerante. Un buen porcentaje de esta última labor lo ha llevado a cabo entre las iglesias gitanas de la Iglesia de Filadelfia.

En agosto de 1987 marchó con su esposa e hija menor a Buenos Aires como misionero de la cadena de iglesias de Buenas Noticias. Su misión allí no fue levantar nuevas iglesias, sino desarrollar un ministerio de enseñanza y predicación, lo cual hizo en numerosos lugares del gran Buenos Aires y en un buen número de puntos del interior del país, llegando incluso a lugares recónditos de la Patagonia adonde van muy pocos. Esta tarea continuó hasta julio de 1992, en que regresó con su esposa a Europa, pero realizando

posteriormente visitas esporádicas a la Argentina, la última de ellas en octubre/noviembre de 1998.

Durante los años de residencia como misioneros en la Argentina de 1987 a 1992, su esposa también pudo realizar una valiosa labor, siendo muy solicitada para programas de radio, retiros femeninos, conferencias, estudios bíblicos, consejería y grupos de oración, tiempo que fue para ella una de las etapas más fructíferas de su vida, y muchas hermanas la recuerdan con mucho cariño y agradecimiento. Incluso pudo ser usada para llevar al Señor a personas que, por su condición social, estado de salud y edad, no podían asistir a las campañas masivas de evangelización tan en boga por aquel entonces.

Desde 1994, Ricardo y Sylvia residen en Reading, a unos 60 kilómetros al Oeste de Londres, donde se encuentran estrechamente integrados en la Comunidad Cristiana de Earley, formando él parte del equipo ministerial y siendo además anciano asesor. Asimismo es consejero de la iglesia de habla hispana en Londres, conocida como C.E.L. (Congregación de Evangélicos de Londres) que pastorea el hermano Cándido Giraldo. Hasta el presente, Ricardo y Sylvia continúan realizando su labor misionera, con frecuentes viajes a otros países; especialmente a España, que constituye actualmente su prioridad ministerial.

Cuando os escribo esto, Ricardo y Sylvia se encuentran otra vez en España, en uno de sus viajes maratonianos para visitar y animar y edificar a los hermanos. Se los espera y recibe con gran expectación, que nunca resulta fallida. El ministerio de Ricardo siempre ha sido como la lluvia que riega la tierra y la hace germinar y producir, que limpia los árboles y purifica la atmósfera. Por donde pasa deja una estela de paz y de concordia y de edificación, que son sin dudas las credenciales que confirman su vocación y ministerio.

Algo de la semilla que ha ido sembrando Ricardo por tierras de Europa y América, cribada y seleccionada, se los ofrece ahora en este libro, que sin duda recordará muchas cosas a los que se las oímos, y les permitirá saborearlas y asimilarlas a los que no tuvieron oportunidad. ¡Que Dios siga bendiciendo Su Palabra que nos llega por medio de Su siervo Ricardo Hussey!

Alberto Araujo, Mayo de 1999.

*Alberto Araujo es una figura prestigiosa y querida dentro del pueblo de Dios en España. Pastoreó la Iglesia Evangélica Española de la calle Calatrava en Madrid desde 1957 hasta 1974. Desde entonces pasó a liderar y pastorear la Comunidad Cristiana Evangélica, con sede en el Paseo de Extremadura, también en Madrid, hasta el año 1980, en que trasladó su residencia a San Vicente del Raspeig, cerca de Alicante.*

*Desde entonces ha desarrollado su ministerio de predicación y enseñanza en distintas iglesias de las zonas circunvecinas y en otros puntos de la Península Ibérica. Es licenciado en lenguas semíticas y ha ejercido cátedra de inglés en el Instituto de 2ª enseñanza de Elda y Alicante de los años 1980 a 1994.*

*Aparte de las obras de carácter benéfico-social emprendidas con su esposa Lilias, en los últimos años se ha abocado en buena medida a trabajos de traducción y en todas estas actividades siempre ha impreso el sello de su personalidad culta, sabia y humilde, al par que servicial y entrañable*

## - PREFACIO.-

Estimado lector, el libro que usted tiene en sus manos es de mucho valor, pues es el fruto de la obra del Espíritu Santo en la vida de su siervo, y expresa su vivencia personal y su ministerio a lo largo de los años en diferentes lugares y a diferentes creyentes.

No se trata de un libro superficial, sensacionalista, ni del estilo de muchos que proliferan hoy en día. Se trata de un libro de enseñanza sólida, lleno de verdad y principios espirituales centrales y bíblicos, necesarios para todo cristiano y siervo de Dios que pretenda glorificar al Señor y servirle en estos tiempos tan difíciles y peligrosos que nos ha tocado vivir.

Conozco al autor desde hace varias décadas. Hemos viajado, llorado, reído y también ministrado juntos y puedo asegurarle que su vida y su predicación forman una total armonía con lo escrito en el libro.

En estos tiempos de tanta superficialidad, y en muchos casos de un cristianismo triunfalista pero carente de bases estables y de contenido bíblico, me parece sumamente oportuno y como “anillo al dedo” el contenido del presente libro. Tengo la convicción que las verdades aquí escritas podrán colaborar en la formación de la nueva generación de creyentes, que en muchos casos adolece de carácter y un firme fundamento en las Escrituras. Estimo muy acertado que el autor establezca una plataforma fundamental en su libro hablando sobre el arrepentimiento en forma tan clara, bíblica y exacta. Desgraciadamente muchas veces encontramos cristianos, y aun servidores de Dios, que poco o nada saben del arrepentimiento bíblico y por consiguiente no lo practican; aunque, por otro lado, tal vez haya cierta responsabilidad en aquéllos que teniendo el sagrado deber de predicar el Evangelio y la Palabra de Dios, tantas veces evitan hacerlo con claridad y rigor por diferentes razones, pero ninguna de ellas justificable.

De igual valor y acierto considero el capítulo III, ya que en nuestros días sufrimos cierta proliferación de casos en los que se pretende hablar en nombre de Dios, pero sin respeto a los principios bíblicos que rigen la profecía y a los profetas. Pareciera que nos cuesta aprender de la historia, que en este apartado está llena de desastres, heridas y aun barbaridades hechas en nombre de Dios, o porque “lo dijo el Señor...” Espero que sirva la enseñanza de ese capítulo para centrarnos, y establecer la medida bíblica y justa de la profecía en la vida de la iglesia y la obra del Señor.

Los capítulos IV hasta el XI establecen el cuerpo central del libro. Allí encontramos principios verdaderos, sanos e imprescindibles para todo aquél que pretenda ser discípulo al estilo del Nuevo Testamento. Aconsejo al lector que lea, medite, ore e incorpore por la gracia y el poder del Espíritu Santo las verdades ahí expuestas, a la vida personal así como a su hogar y también al servicio que pueda estar desarrollando en el Cuerpo de Cristo. Del mismo modo recomiendo a los pastores y demás ministerios involucrados en la enseñanza y en el discipulado, que enseñen estas verdades a los nuevos convertidos, y a la vez sean recordadas a los que llevan más tiempo en el Camino.

Verdades tales como el corazón limpio, la circuncisión, la sangre del Nuevo Pacto, etc. son absolutamente estructurales para la vida y el ministerio cristiano. No debemos

conformarnos con el conocimiento teórico de las mismas, sino que han de ser encarnadas e incorporadas a la vida, por medio de la gracia y el ministerio del Espíritu Santo.

Con igual acierto, sensibilidad y firmeza acomete el autor el resto de los capítulos, hasta cerrar con ese toque final del amor eterno, aquél que nunca deja de ser, y que siempre debe presidir nuestras vidas y servicio. De mucha utilidad puede ser la aplicación de lo expresado en cuanto al tratamiento de las ataduras, heridas y demás secuelas derivadas del contacto con el ocultismo. En una sociedad cautiva por su entrega al pecado y su inclinación al ocultismo en sus diferentes manifestaciones, podemos proclamar que por la sangre del Cordero y el poder del Espíritu Santo, hay posibilidades reales de sanidad, liberación y restauración. ¡Gloria al Nombre de Jesús!

Para finalizar este prefacio, quisiera expresar mis palabras de gratitud al Señor por la vida de su siervo, y también por este libro, que en muchos aspectos representa el aprendizaje y los tratos de Dios de toda una vida.

Conceda Dios que allí donde el autor no ha podido llegar en forma física, pueda hacerlo a través del presente libro.

Sevilla, 17 de Setiembre 2000.-

José Luis García Taboada

*José Luis García Taboada nació en Arzúa (La Coruña), Galicia, España, en 1954. Se convirtió al Señor a la edad de dieciocho años y es Licenciado en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela.*

*Fue llamado al ministerio en el año 1978. Cursó estudios por dos años en el Instituto Bíblico de Asambleas de Dios, en Azuqueca de Henares en la provincia de Guadalajara.*

*En 1981 contrajo matrimonio con María D. Lagoa y como fruto del mismo han nacido dos hijos varones, Daniel y Esteban, que actualmente cuentan 17 y 15 años de edad.*

*Desde 1983 ha estado sirviendo al Señor en Andalucía, al Sur de España, residiendo en las cercanías de la ciudad de Sevilla.*

*Desde entonces ha podido ver sus labores premiadas con la formación de dos importantes iglesias, una de ellas en Sevilla misma y la otra en Huelva capital, además de varias más en puntos del interior de estas dos provincias.*

*Las dos primeras sirven actualmente de plataforma para la labor de formar nuevos obreros y plantar nuevas iglesias en la zona. Esta visión se busca desarrollar con la aportación y el apoyo del equipo ministerial de colaboradores que se ha ido levantando con el correr del tiempo.*

*José Luis, como generalmente le conocen sus consiervos, también ejerce un ministerio translocal y es invitado con cierta frecuencia a predicar y enseñar en otros puntos de la Península Ibérica. También ha efectuado visitas a otros países, tales como Guinea Ecuatorial Española, Portugal, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Argentina y dentro de América Central, teniendo lazos fraternales con muchos consiervos del Señor en diferentes partes del mundo.-*

----- ( ) -----

## INTRODUCCION

El título de este libro surgió a raíz de una inquietud personal. No se trata, como podría aparecer a primera vista, de un esfuerzo para contraponer a lo viejo del Antiguo Testamento los valores superiores del Nuevo, aunque algo de eso se encontrará en algunos capítulos. Más bien, la inquietud ha sido la de dar expresión a las sendas antiguas, pero siempre frescas y vivas, de los caminos eternos de Dios, en un tiempo en que en todas las esferas de la sociedad y en muchas partes de la iglesia universal de Cristo, parece haber una búsqueda continua e insaciable de lo más reciente, la nueva moda, la última palabra, lo más novedoso.

Arrancamos de las bien conocidas palabras de Jeremías 6: 16. “...Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma...” \*

Sin embargo, ya en el capítulo IV, llegamos a la profecía clave contenida en el cap. 31: 31-34, la cual nos impulsó a extendernos considerablemente sobre el Nuevo Pacto hasta el capítulo XI inclusive. Y así nos vimos casi obligados a modificar el título, que en un principio iba a ser “Las Sendas Antiguas”, para ampliarlo con el agregado “y el Nuevo Pacto”, lo cual resulta más acorde con el contenido global de los catorce capítulos del libro.

Desde luego que las sendas antiguas de Dios no son anticuadas y nunca están pasadas de moda. Somos conscientes de que en cada nuevo y auténtico movimiento del Espíritu de Dios, siempre ha habido y habrá una cierta frescura, un hálito renovador que conllevará modalidades distintas de la rutina a que se ha estado acostumbrado. No obstante, a la larga se encontrará que las mismas son de forma y no de fondo, y que en este último aspecto, el de fondo, siempre habrá un sólido asidero en las Escrituras para confirmar que se está dentro del orden divino. Por otra parte, cuando algo nuevo que se introduce no viene realmente de lo alto, generalizando en forma muy somera, podemos señalar que traerá casi siempre, entre otros, los tres siguientes síntomas negativos:

- 1) La pérdida de la visión y urgencia de proclamar el Evangelio a las almas perdidas.
- 2) Un espíritu de superioridad u orgullo espiritual, a veces sutilmente enmascarado, que aprueba por un lado a quienes abrazan la nueva tónica, y tiende por el otro a despreciar o considerar inferiores a quienes no han entrado en ella.
- 3) Más grave aun, se advertirá que el lugar céntrico de la persona y obra de Cristo,

---

\* Salvo indicación expresa, todas las citas bíblicas que aparecen en el presente libro se han tomado de la versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, revisión de 1960.

columna indiscutible de la revelación del Nuevo Testamento, casi insensiblemente se verá desplazado y relegado por la nueva tendencia en boga, que pasará a ser el foco principal de atención.

Todo lo anterior nos ha motivado, de un buen tiempo a esta parte, a proclamar en nuestra prédica oral, lo que ahora va, por lo menos en parte, por escrito. Creemos mucho más propio y provechoso proclamar las verdades clarísimas del sagrado Libro de Dios, con sus vertientes cristalinas e inagotables, que entrar en el ámbito de la controversia, intentando refutar tal o cual postura, modalidad o tendencia. “Porque nada podemos contra la verdad” nos dice Pablo en II Corintios 13:8, subrayándonos la contundente eficacia de la verdad. Los verdaderos caminos de Dios, cuando se proclaman con limpieza y con la gracia y unción del Espíritu Santo, se abren paso de por sí y al mismo tiempo rebaten en forma implícita aquellos que no lo son.

En otro orden de cosas, puntualizamos que el presente libro no pretende ser una pieza literaria, ni un tratado de teología sistemático y ordenado. Tampoco se trata de un comentario expositivo de las Escrituras, *ni está enfocado en un tema específico en sí, sino que, bajo el amplio marco del título, y como se desprende de lo expresado anteriormente, comprende una serie de temas básicos* que abordan verdades y principios relacionados con la vida cristiana que son de aplicación práctica, tanto a nivel individual como colectivo, dentro de la esfera de la iglesia y el ministerio en general.

Los mismos son el fruto de una trayectoria de varias décadas, en las que, ora a los pies del Maestro con búsqueda sincera e intensa, acompañada de un darse a diario a la palabra de verdad; ora recorriendo muchos lugares y entrando en situaciones de las más variadas de la vida ministerial, se ha ido aprendiendo y aprendiendo en la escuela viva del servicio al Señor. Mucho de lo aprendido proviene de errores propios, cometidos, sobretodo unos buenos años atrás, obrando con sinceridad y la mejor intención, pero con cierta inmadurez. Buena parte también tiene su origen en errores ajenos, observados no con ánimo de juzgar ni enjuiciar a otros, pero sí de discernir lo que verdaderamente viene de Dios y lo glorifica, y lo que no es auténtico ni de edificación duradera.

Quienes conocen al autor y lo han escuchado en la exposición de la palabra, recordarán haberle oído verter oralmente buena parte de lo que ahora va por escrito. Primero la palabra hablada, más tarde la palabra escrita; pensamos que ése es el orden correcto, según comentamos en el capítulo IV.

Conscientes de que hoy día las obras muy extensas no gozan de mucha aceptación, hemos preferido darle a éste, nuestro primer trabajo, solo un total de catorce capítulos, y algunos de ellos son bastante breves. No hemos buscado nada que raye ni remotamente con el sensacionalismo, ni tampoco otras formas artificiales de dar a la obra un atractivo especial, pues las consideramos reñidas con la seriedad y solemnidad que las cosas de Dios nos exigen.

En un futuro no lejano, si el Señor, el tiempo y las fuerzas nos lo permiten, abrigamos la esperanza y el deseo de escribir otras obras sobre facetas distintas de ese caudal inagotable que mana del Trono Eterno.

El ojo avizor seguramente podrá captar imperfecciones y tal vez aun faltas en éste, nuestro primer libro. Dándonos cuenta de que quizá algunas partes se podrían pulir y presentar mejor, lo sometemos no obstante al arbitrio del Señor y con la oración de que, a

pesar de ello, Él quiera en su magnánima bondad valerse de él para bendecir a otras vidas, nutriéndolas con las verdades y los tesoros de las sendas antiguas y eternas y el Nuevo Pacto, sellado con la sangre del Cordero de Dios.

Finalmente, vaya nuestro agradecimiento a Alberto Araujo y José Luis García Taboada, fieles consiervos, por prestarse amablemente a aportar en la parte introductoria.

Igualmente al hermano Gerardo Salazar, de Tuyo (Alava) y al matrimonio Francisco y Nati Ramos, de la ciudad de Huelva, por su valiosísima colaboración, que ha posibilitado pasar los borradores al ordenador. A los cinco, muchas gracias.

Ricardo Hussey  
Junio de 1999.-

## CAPITULO I

### EL SIERVO DE DIOS

Podrá parecer extraño, y hasta desenfocado, tomar como inspiración y punto de partida al profeta Jeremías. Ubicado históricamente en una de las peores etapas del pueblo de Dios, levantado mayormente para proclamar un mensaje de juicio, destrucción y cautiverio, y además conocido proverbialmente como el profeta de los muchos ayes, lamentos y lágrimas, su personalidad no resulta naturalmente atractiva para la mentalidad del cristiano en general.

No obstante, en sus escritos y experiencias encontramos muchas hermosas vertientes de verdades y principios eternos, que para el corazón que anhela lo auténtico y real de Dios, constituyen alimentos suculentos y bases firmes y seguras para edificar sobre ellas la vida espiritual. Antes de seguir, acotamos que no hemos de ceñirnos exclusivamente a Jeremías ni mucho menos, pero, por lo menos en los primeros capítulos, hemos de tomar pasajes claves de su libro, como peldaños iniciales para deslizarnos desde ellos por el resto de las Escrituras.

Al preguntar Jesús a sus discípulos quién decía la gente que era Él, en Mateo 16:14 encontramos la respuesta: "... Y otros, Jeremías..." Esto no deja de ser altamente significativo, y nos lleva a preguntarnos qué verían en Jesús que les hiciera pensar en Jeremías. La respuesta no es fácil - quizá la seriedad y solemnidad, exenta de toda nota superficial o trivial, que caracterizaba al Maestro; su manera de hablar, que en seguida comunicaba la sensación de la presencia de Dios- en fin, eso indefinible pero muy real, que desde luego se advertiría en todos los demás verdaderos profetas, pero quizá en una forma más marcada y profunda en el originalísimo Jeremías.

Todo auténtico siervo de Dios resulta una personalidad original, distinta de lo normal y corriente; y en el caso de Jeremías esto lo encontramos en grado superlativo. En su llamado, su vida, su estilo, sus dichos y sentencias, aparece algo que nada tiene que ver con la imitación, el molde o la copia, algo eminentemente *sui géneris*, creado, llamado y forjado por Dios para ser distinto, original, único.

Como un dato de interés debemos señalar que si exceptuamos los Salmos, que son la recopilación de cuatro libros con contenido de varios autores, aunque mayormente de David, el libro de Jeremías es el más extenso de toda la Biblia, superando a Isaías, aun

cuando éste tenga más capítulos.

No hemos de abocarnos en estos capítulos a un estudio panorámico ni detallado del libro, sino a extraer de él facetas importantes de los valores eternos, ya sea a través de sus dichos y escritos inspirados, o de los rasgos distintivos de su vida como vocero y portavoz divino.

En el capítulo uno, encontramos inmediatamente cosas de tremendo peso. “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jeremías 1: 5).

Aquí tenemos amplio campo de acción para explayarnos. Tantas veces, en medio de tanta actividad cristiana, se palpa el impulso de la planificación humana planteándose programaciones y metas concretas, muchas veces con valores numéricos en cuanto al crecimiento de la iglesia o el desarrollo de su economía. No cabe duda que en algunos casos la habilidad natural, el carisma o espíritu de empresa de un dirigente o líder, logran incentivar y movilizar al pueblo de Dios y a la postre se alcanzan las metas previstas; en otros no se alcanzan esas metas y queda un sentido de agotamiento y frustración, por no decir fracaso. Pero aun cuando se alcanzan, a menudo queda una sensación de insatisfacción, como si lo logrado no fuese un verdadero fruto sino algo artificial y carente de verdadera vida y frescura.

La razón no puede ser otra que el origen de todo eso: la concepción y el esfuerzo humano como fuerza propulsora que lo inició y le dio impulso.

En el llamado de Jeremías vemos que todo eso estaba totalmente ausente. Mucho antes que nadie supiera nada de su persona, ni siquiera su propia madre, ya el eterno e insondable Dios lo conocía y antes de que fuese dado a luz ya lo había separado para Sí como vaso santificado, para ser profeta divino para las naciones. Allí y así es como nacen y se forjan verdaderos varones y mujeres de Dios, en el mismo corazón del Ser divino, que no consulta con nadie ni da explicaciones a ninguno, sino que con el puro afecto de Su voluntad elige y llama y planifica y prepara y lleva adelante sus propósitos eternos.

En relación con esto y con tantos otros aspectos de la vida y el ministerio cristiano, las siguientes palabras de Jesús aportan con muchísimo peso:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6). Lo que tiene su origen en nuestra iniciativa, programación o concepción, aun con la mejor intención y buscando al parecer el bien de la iglesia o de las almas y demás, podrá tener una apariencia de éxito por un tiempo, pero a la larga se manifestará como una obra de la carne que no perdura ni deja fruto vivo y verdadero. La razón es que, al brotar de nosotros mismos, siempre llevará una motivación de nuestro ego que, tal vez insensible e inadvertidamente para nosotros, estará buscando algo para el yo: el reconocimiento, el aplauso, la admiración o lo que fuere, de los demás. Mientras que lo que viene de lo Alto, concebido y engendrado en nuestra conciencia o fuero interno por el Espíritu, aquello sí dará el fruto apetecible, vivo y duradero de lo que viene de Dios y trae gloria a Su Nombre.

Expresándolo de otra manera, podríamos decir que a la larga, cada cosa inevitablemente termina en la fuente que le dio origen: - lo que nace de algo humano o terrenal, aquí en la Tierra, donde muere y desaparece; - lo que nace de lo Alto, en ese Cielo y en esa eternidad de donde provino en su comienzo.

Pero de ser así las cosas, ¿no correremos el peligro de caer en una inercia o pasivismo total, sabiendo que cualquier cosa que iniciemos nosotros mismos, siempre, en cuanto a los valores perdurables de Dios, será inútil y terminará en el fracaso? Por supuesto que no, sino antes bien, teniendo en claro las cosas, en vez de plantearnos nuestras propias metas y aspiraciones, con un espíritu manso y libre de todo prejuicio o deseo personal, hemos de seguir el ejemplo de Saulo de Tarso, que al tener ese encuentro glorioso con el Señor Jesús en el camino a Damasco, le preguntó, temblando y temeroso: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”

Aunque la respuesta no nos llegue en forma audible ni inmediata, si en nuestro corazón hay absoluta sinceridad y el deseo de hacer sólo lo que es la voluntad de Dios y no lo nuestro, en una forma u otra Su Espíritu nos hará entender lo que debemos y lo que no debemos hacer.

¡Cuántas empresas lanzadas en el nombre del Señor, pero que no fueron inicialmente movidas e inspiradas en forma real por Él, terminan en frustración, desengaño y un triste desperdicio de fuerzas, tiempo y dinero, y hasta dejan a veces un pésimo testimonio ante la iglesia y el mundo que nos rodea!

En alguna medida, seguramente todo siervo de Dios ha tenido que pasar por esta dolorosa escuela para aprender bien la lección, sencilla a primera vista, pero que tanto se tarda en absorber de verdad y ponerla por obra fielmente.

Pero volvamos a esas palabras: “Antes que te formase en el vientre te conocí”. No podemos menos que relacionarlas con el Salmo 139: 13 al 16: “Porque Tú formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado y mi alma lo sabe muy bien...”

“... Mi embrión vieron tus ojos, y en tu Libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas sin faltar una de ellas”.

Con su pluma galana, aquí David nos da una manifestación asombrosa de la omnisciencia de Dios: en el libro que podríamos llamar de la Creación, antes de su nacimiento, ya ese maravilloso Ser Supremo tenía un listado minucioso de cada órgano de su cuerpo, nos atrevemos a agregar con su forma, tamaño y particularidades especiales - cada ceja, pestaña, hueso, nervio, tendón, sus cabellos rubios, ojos hermosos, semblante de buen parecer (I Samuel 16:12) - en fin, todo meticulosamente detallado de antemano; y al nacer, todo, absolutamente todo, presente, sin faltar nada, nada en absoluto. ¡Cómo para dejarnos atónitos, boquiabiertos de admiración! La grandeza insondable de semejante Dios por un lado nos hace caer en la cuenta de nuestra total bajeza y pequeñez, pero por la otra nos ayuda a comprender y valorar cuán bienaventurados somos: de tener un Dios, un Padre, un Señor, un Dueño de nuestras vidas, tan formidable, tan grandioso, que escapa por mucho, muchísimo a los estrechos confines de nuestra imaginación.

¿Y qué diremos de la teoría de la evolución, ante esta contundente revelación de la majestad suprema del gran Creador? Basta y sobra esta última, para añadirla a los muchos argumentos de peso irresistible, que nos mueven a desechar tal teoría como totalmente absurda y falta de toda base seria y aun racional.

“Y yo dije: ¡Ah!, “¡Ah, Señor Jehová! He aquí no sé hablar, porque soy niño ”.

“Y extendió Jehová Su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto Mis palabras en tu boca” (Jeremías 1:6 y 9).

En la respuesta algo evasiva de Jeremías, encontramos un cierto paralelismo con la de Moisés al ser llamado él por el Señor muchos años antes. Cuando una persona tiene aspiraciones naturales de ser un siervo o una sierva de Dios, a menudo, aunque no siempre, pueden ser ambiciones que no son del agrado del que escudriña profundamente los corazones. El llamado celestial, por la solemne responsabilidad que conlleva, debe ser suficiente para hacernos temblar y sopesar muy bien las cosas. Como norma general creemos preferible y más promisorio una actitud algo reticente como la de Jeremías, que la de un “voluntario” que se ofrece al Señor para que lo elija para ser siervo Suyo.

Al declarar Jeremías que era niño podemos considerar que en verdad era de temprana edad - quizá entre los 12 y los 15 años - entendiendo que la referencia a su procedencia de entre los sacerdotes de Anatot en el primer versículo del capítulo, atañe a una fecha posterior a su llamado. De todos modos, su actitud expresada en sus palabras: “... no sé hablar, porque soy niño”, paradójicamente lo constituía en la persona idealmente indicada para el propósito divino para con él. ¡Cuánto necesita el Señor los que *de veras* se sienten y se saben totalmente incapaces y faltos de todo recurso propio que los habilite y capacite para tamaña vocación y responsabilidad!

Después de animarlo y de asegurarle que estaría con él para librarle de quienes se le opusieran, el Eterno Jehová extendió Su mano omnipotente, tocó su boca y dijo: “He aquí que he puesto Mis palabras en tu boca”. Desde ese momento la boca de ese varón ya no estaba para conversaciones triviales, ni para debatir sobre la política o la economía de aquel entonces; esa boca había quedado sellada para pronunciar de ahí en más, solamente las sagradas palabras del Santo Dios, y para hacerlo con el acento grave, solemne y ungido del auténtico siervo de Dios.

Debemos cuidarnos de un uso ligero y demasiado frecuente de la frase “un toque de Dios”. El genuino toque divino siempre resulta transformador y nos comunica en alguna medida una manifestación de la grandeza, o santidad, o gloria, u omnipotencia de Dios, según el caso y el propósito que pueda haber para nuestra vida.

Relacionamos el pasaje que se encuentra en Daniel, capítulo 10, donde vemos a otro insigne varón que en condiciones diferentes y a una etapa avanzada de su ministerio, recibe un profundo toque de Dios. Capítulo 10: 10 y 21: “He aquí una mano me tocó e hizo que me pusiese de rodillas” y “... Yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad”. Con la flexibilidad y riqueza propias de las Escrituras, sin desconocer el sentido primario de estas palabras, podemos con toda propiedad y certeza aseverar que quien es verdaderamente tocado por Dios, verá su vida hondamente afectada para bien en estos dos aspectos que son en realidad columnas fuertes del auténtico ministerio, a saber: *la oración y la Palabra de Dios*.

Orar en el Espíritu, derramar nuestra alma ante el trono de la gracia, amar y adorar a nuestro Padre celestial, empaparnos y bañarnos en Su presencia maravillosa pasando largos ratos con Él para que pueda moldearnos y forjarnos según Sus designios para nuestra vida; esto, que sólo quien lo ha vivido y experimentado puede realmente comprenderlo, constituye sin lugar a dudas un requisito insustituible para dar forma y real contenido y solvencia a un ministerio espiritual.

Paralelamente, el darnos generosamente al estudio de las Sagradas Escrituras, con una actitud sumisa y dependiente ante su Autor, el Espíritu Santo, con hambre y anhelo santo de sus ricas verdades, su precioso alimento para nuestro hombre interior, sus perlas y joyas que nos ayudarán a enriquecer a otros en el camino - todo esto y mucho más - es otra necesidad clave para que lo que demos tenga verdadero peso y valor.

En Los Hechos, 6: 4, los primeros apóstoles afirmaron el carácter absolutamente prioritario de estas dos cosas: “Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra”. Los dos aspectos – el de la oración y el de la Palabra – se completan y complementan admirablemente. Podemos traer predicaciones derivadas de largas horas de estudio, pero sin el factor esencial del Espíritu que nos envuelve en el buscar con ahinco el rostro del Señor. Quienes tengan “olfato espiritual” no podrán menos que discernir que, a pesar de la sana ortodoxia y correcta aplicación de los versículos o pasajes empleados, faltará ese hábito vivificante, esa frescura y fragancia que sólo se puede transmitir cuando uno se ha introducido en forma viva y directa en un lugar de comunión con Dios, esa fuente única de donde provienen la vida, el verdadero alimento celestial o el bálsamo y consuelo que necesitan quienes nos escuchan.

Inversamente, podremos abocarnos de lleno a la oración y comunión con el Señor, pero sin “comer el libro” como se le exhortó a Ezequiel que hiciera (Ezequiel 2: 8-9). En ese caso, podrá haber inspiración, el frescor y el perfume propios de quienes cultivan su relación personal con Dios, pero faltará a la postre esa solidez y consistencia que a esas virtudes sólo le puede dar el Libro divino con sus verdades cardinales y eternas.

“... Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza. Porque al instante me faltó la fuerza y no me quedó aliento. Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció” (Daniel 10: 16-18).

Aquí tenemos otro aspecto que rara vez se enfatiza pero que es tan importante. Tanto el toque como el trato de Dios en nuestras vidas a menudo nos llevan a esta hermosa paradoja: la de despojarnos completamente de nuestras propias fuerzas y capacidades, para poder así reemplazarlas por la energía y los recursos divinos. En algunas ocasiones podemos ver a personas jóvenes, o no tan jóvenes, sirviendo al Señor con buena disposición y un correcto uso de sus habilidades naturales, pero advirtiendo que están muy “enteros”, es decir, que no han pasado por ese proceso de quebrantamiento en las manos del Maestro que a uno lo reduce totalmente a cero, llevándolo a un punto de muerte, a un vacío absoluto, para dar lugar así al fluir de la gracia y virtud de lo Alto, que es algo tan distinto y superior.

Entre otros, el apóstol Pablo tuvo que aprender este valiosísimo principio, en forma muy dolorosa en su caso para su carne, pero que le reportó maravillosos réditos espirituales. Sobre todo en II Corintios 12: 7-10, pero también en muchos otros pasajes de sus epístolas, nos expone diferentes aspectos del mismo, y lo podemos sintetizar con sus propias palabras al final del versículo 10: “... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

No vamos a detenernos a examinar qué puede haber sido para él ese aguijón en su carne; baste saber que le resultaba muy molesto y doloroso, pero al descubrir que por un lado la gracia del Señor le bastaría para sobrellevarlo, y que por el otro, le traería una mayor medida del poder y la virtud de Cristo, no vaciló en aceptarlo y aun gloriarse en sus debilidades, afrontas, necesidades, angustias y persecuciones.

Todo esto resulta muy impopular hoy en día en buena parte de la Iglesia en general; sin embargo, constituye parte del verdadero camino del siervo de Cristo, quien en

tantas oportunidades nos subrayó la necesidad de que quienes quisieran ser de veras Sus discípulos deberían negarse a sí mismos y abrazar ese principio básico de la Cruz así como Él lo hizo.

Hemos de decir que la forma en que funciona y se verifica esto es distinta en cada caso, porque como bien se sabe Dios tiene Su trato personal e individual con cada uno, según nuestra forma de ser y según Su propósito para con cada uno. Aun en el Antiguo Testamento encontramos ilustres siervos como Abraham, Jacob, Job y otros, que anduvieron este camino cada uno en una manera diferente. Resumiendo, podemos señalar que se trata de padecer la deshonra para luego cosechar la honra, o bien la debilidad en aras del poder de Dios, la muerte (en alguna de sus muchas formas y variedades) para una vida más abundante, el vacío total para una nueva llenura, la pobreza para una mayor riqueza, la pérdida temporal para una ganancia mucho mayor y eterna, y así sucesivamente.

Lo dicho anteriormente en cuanto a la vida de oración, en el sentido de que para poder comprenderla plenamente primero hay que experimentarla, también tiene aplicación aquí en el terreno de la Cruz. Se puede dar un asentimiento mental a estas verdades, pero nunca se las entenderá y conocerá cabalmente sin antes haberlas vivido en forma personal. Por ahora, no más sobre el tema, pues lo tratamos con amplitud en el capítulo XIII.

Antes de dejar el pasaje de Daniel 10: 8-21, sin haberlo agotado ni mucho menos por supuesto, señalamos que en él evidentemente hay algunos puntos oscuros cuya interpretación no resulta ni sencilla ni clara. Creemos que en casos como éste es bueno atenerse a la sana norma que nos dicta Deuteronomio 29: 29: “Las cosas secretas (u ocultas según otras versiones) pertenecen a Jehová nuestro Dios...” Y lo más sensato es dejarlas en manos de Aquél a quien le corresponden, sin entrar en especulaciones en cuanto a su posible significado. Esto en particular en cuanto a la lucha del varón que se le apareció a Daniel y el príncipe Miguel, contra el príncipe de Persia y el de Grecia. Sí hemos de puntualizar que cualquiera haya sido la naturaleza de esta lucha, Daniel como ser humano no tuvo ninguna participación ni se le instó para nada a que tomase parte en ella. Su parte claramente fue la de ayunar y disponer su corazón para entender y humillarse en la presencia de su Dios (10: 2, 3 y 12).

En este ir y venir volvemos al primer capítulo de Jeremías, versículo 10: “Mira que te he puesto en este día... para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar”.

La función de Jeremías, como profeta para las naciones de aquel entonces, y por su ubicación histórica dentro de la época del Antiguo Pacto, era distinta de la del siervo de Dios del Nuevo Pacto. No obstante, otra vez en forma alegórica, pero con total apoyo y confirmación de las Escrituras del Nuevo Testamento, encontramos aquí algo fundamental que nos señala la esencia de lo que es en realidad la vida cristiana y el ministerio. Por un lado arrancar, destruir, derribar primero en uno mismo, y luego en aquellos a quienes uno es enviado o dado por Dios como mensajero y siervo, la pasada manera de vivir, el viejo hombre, las obras de la carne, fortalezas diabólicas erigidas en vidas para otorgarle terreno en una forma u otra, en fin, todo aquello que es carnal, pecaminoso y contrario al camino recto y limpio del Espíritu de Dios.

Por el otro, edificar y plantar, las piedras vivas de la Iglesia, la nueva vida en Cristo y el orden del Espíritu en lugar del de la carne. Las múltiples facetas de esta labor doble demandan aparte del discernimiento que viene de lo Alto, una generosa dosis de

amor, perseverancia, paciencia, comprensión y ternura para consolar y animar a veces, severidad y firmeza para corregir con la verdad, verdadera sabiduría y fe y un cúmulo más de cualidades que nos hacen decir con San Pablo: "... Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" y agregar después que "... nuestra competencia proviene de Dios" (II Corintios 2: 16, y 3: 5).

Como paralelo neotestamentario del primer aspecto, caben muy bien las palabras de I Juan 3: 8: "... Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del Diablo".

En cuanto al segundo, Pablo lo abarca con claro criterio en I Corintios 3: 6-12, donde nos presenta cosas de mucho peso a través del doble prisma de la labranza y el edificio de Dios.

Por ahora, cerramos el capítulo con algunas preguntas que animamos al lector a que conteste por escrito para sí mismo después de buena reflexión:

### **Preguntas:**

- 1) Aun cuando el cometido de Jeremías era muy diferente del nuestro en la actualidad ¿estima que en su llamado y las consideraciones a que nos ha llevado existen elementos valiosos para apropiarse y absorber en su vida personal? En caso afirmativo, especifique cuáles y por qué.
- 2) ¿Ha tenido usted experiencias o toques de Dios que lo han llevado en forma duradera a vivir más cerca de Dios y a buscar Su rostro y Su presencia con ahinco cada día? En caso afirmativo, reséñelo brevemente añadiendo detalles de los beneficios que le quedaron en este último sentido.
- 3) ¿Tiene usted un saludable apetito por la Biblia y le dedica a su lectura más tiempo y esfuerzo que a toda otra lectura y que al escuchar cintas, o ver vídeos cristianos, o de cualquier otra índole?
- 4) Explique en qué manera experimenta usted la Cruz de Cristo en su vida, y cómo ésta le reditúa bendiciones espirituales para usted y para otros.
- 5) ¿Considera que Dios lo ha quebrantado tocando su vida como sólo Él sabe hacerlo, o aún se siente usted bastante "entero"?

### **Oración.**

Señor, muchas gracias por la oportunidad que me das de poder servirte; es un verdadero privilegio y honor.

Ayúdame a sumergirme cada día en oración viva y en el Espíritu delante de Ti; purifícame, moldéame y prepárame para lo que tienes por delante para mí. No permitas que caiga en el error de entrar en un activismo que me lleve a presentarte mis planes y mis programas para que Tú los bendigas. Enséñame a esperar en forma serena y pausada en Ti, para que me puedas hacer entender con el correr del tiempo, cuáles son las obras que has

preparado de antemano para que yo ande en ellas. Y ayúdame a hacerlo con todo tesón y fidelidad. Por amor de tu Hijo Jesús. Amén.

## CAPÍTULO II

### EL ARREPENTIMIENTO

Al igual que la mayoría de los demás siervos y profetas del Señor, Jeremías tuvo que llamar casi de continuo al arrepentimiento al pueblo de Dios.

Desde la caída de Adán y Eva, el arrepentimiento ha sido una necesidad imprescindible y absoluta, y lo encontramos como una de las grandes columnas establecidas por Dios en Su trato con el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento y con la humanidad en general en el régimen presente del Evangelio.

En el pasaje de Lucas 13, versículos 1 al 5, en dos oportunidades Jesús afirmó con todo énfasis. “Os digo: No; *antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.*”

Igualmente encontramos un hincapié muy fuerte por parte de Pablo en su discurso en el Areópago en Atenas cuando dice: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, *ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (Hechos 17:30).

Tanto el día de Pentecostés después de la predicación de Pedro, como en Éfeso bajo el ministerio de Pablo, según consta en Los Hechos 2:37 y 19:18-20, vemos que hubo profunda convicción de pecado seguida de un fuerte y transformador arrepentimiento. Lo mismo puede decirse en general de la mayoría de los despertamientos y avivamientos espirituales más importantes de la historia, y nos encontramos aquí con algo clave que creemos que el cristianismo de hoy día necesita redescubrir.

En efecto: en tantos casos nos enfrentamos con la realidad de que buena parte de los convertidos de la actualidad, se acercan al Señor movidos por crisis tales como haber caído en la drogadicción o el alcoholismo, o padecer traumas emocionales con consecuencias tristes y dolorosas, etc. No cabe duda que la gran misericordia del Señor se manifiesta, al restaurar y rehabilitar vidas golpeadas y aun destruidas por esta clase de problemas. También debe recordarse que es parte del ministerio de la iglesia sanar a los quebrantados de corazón y pregonar libertad a los cautivos, ministerio que comenzó a desarrollar Jesús – ver Lucas 4:16-19 – para que fuese continuado por sus discípulos y por la iglesia en general. Asimismo es verdad que tal como se encuentra la sociedad en estos

tiempos, es bastante raro – quizá la excepción – que se interesen las personas en el Evangelio, sin estar motivadas por hondas crisis de esa índole.

No obstante, en el tratamiento o la consejería que se les brinda, sin dejar de mostrar la tierna compasión de Cristo para con ellas y sus desdichas, debemos procurar que el arrepentimiento y no la autocompasión sea lo que las hace allegarse al Señor.

El hijo pródigo, al volver a su padre, si bien se encontraba con hambre, sin que nadie le diese y seguramente muy maltrecho, no le mencionó nada de esto a su padre, sino que le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lucas 15:21).

La diferencia entre el arrepentimiento y la autocompasión es abismal. El uno nos lleva al Padre, contritos y humillados, despojados de todo sentir que no sea de culpa y de indignidad y esto nos coloca en situación ideal para que nos reciba; en cambio, la autocompasión sutilmente nos hace sentir víctimas inocentes que sufrimos de la maldad de los demás, y de las injusticias de la vida o de la sociedad, y lleva en sí la semilla de achacar a Dios la responsabilidad por nuestros infortunios. Si no se la corta a tiempo, termina por alejarnos de Dios y acarrear otros males gravísimos.

La esencia del mensaje del Evangelio, la constituyen el arrepentimiento y la fe. En Marcos 1: 15, al comenzar Su ministerio después de la tentación, Jesús dijo: “...El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; *arrepentíos y creed en el evangelio*”.

Por su parte, resumiendo su ministerio por tres largos años en Éfeso, Pablo afirma: “...testificando a judíos y a gentiles acerca del *arrepentimiento* para con Dios, y de la *fe* en nuestro Señor Jesucristo”. ( Hechos 20:21).

Será de provecho que examinemos las dos razones de fondo – sencillas y lógicas, pero a la vez profundas – que motivan la necesidad ineludible de estos dos factores.

Para ello tenemos que remontarnos al libro del Génesis, capítulo 3, en el cual se nos narra con precisión la caída de nuestros primeros padres en el pecado. Al preguntarle Dios a Adán en el versículo 11 “¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?”, la respuesta que recibió en el versículo siguiente fue: “... La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo comí”.- En Hebreos 3: 13 se nos puntualiza el endurecimiento que provoca *el engaño del pecado* y efectivamente aquí lo vemos clarísimamente ilustrado. Ya no hay en Adán esa tierna relación con Dios previa a la caída en el pecado – ver capítulo 2:19-20 – sino que con aspereza señala que la mujer que le había dado por compañera era la culpable, y en forma indirecta pero muy real, Él mismo, el Dios que se la había dado. Así, de hecho, se manifiesta la víctima inocente, siendo ella y El los verdaderos culpables.

¿Era verdad esto? Por supuesto que no, pues él tenía a su alcance rechazar lo que Eva le ofrecía y afirmarse en la obediencia al claro mandato divino; nada ni nadie le obligaba a hacer lo contrario y si lo hizo fue por su propia decisión y elección. Así vemos que el pecado en que incurrió en seguida le llevó a un estado de total engaño: creerse la víctima inocente cuando era real y totalmente culpable.

Ahora bien, al venir la palabra esclarecedora de Dios a nuestras vidas trayendo convicción de pecado, ello es para llevarnos al arrepentimiento, que conlleva el reconocernos como culpables y responsables y no víctimas inocentes.

Esto de por sí nos saca del terreno del engaño y la mentira y nos coloca en el de la realidad y la verdad, y es recién ahí que Dios puede empezar a hacer algo con nosotros, en tanto que mientras nos atrincheremos en la creencia engañosa de ser víctimas inocentes, prácticamente hablando Él nada puede hacer con nosotros.

Hagámonos la pregunta: ¿cuál fue el primer pecado? La respuesta que surge de inmediato es la *desobediencia*, lo cual no deja de ser correcto. Sin embargo, se impone ahondar un poco para ver la raíz de esa desobediencia, que fue sin duda creer la mentira de la serpiente y que consistía en que Dios no les había dicho la verdad y de hecho los estaba engañando. Era por cierto una verdadera blasfemia infernal que lo hacía a Dios mentiroso y engañador (Génesis 3:4-5). Así, esa primer desobediencia tenía como raíz no creer lo que Dios había dicho, aceptando que no era cierto y que les estaba privando de algo muy bueno y codiciable.

Esto nos lleva a la conclusión importante que eso – la incredulidad, es decir dudar y desconfiar de la palabra de Dios – *constituye la madre de todo pecado*. Un mal gravísimo, ya que siendo Él, en la persona del Padre, Hijo y Espíritu Santo, el único Ser que puede realmente bendecirnos, salvarnos y acordarnos todo bien, nos separa y divorcia de Él para dejarnos en un precipicio de tinieblas y sin ninguna esperanza firme y valedera.

De ahí la insistencia de Dios en el segundo factor también: la fe, es decir creer no meramente en Él y Su existencia, sino expresamente en la palabra que nos ha hablado y que, en el tiempo presente, viene canalizada a través del evangelio. Así, al ejercitar con nuestro libre albedrío, iluminados por Su luz, un creer sencillo pero vivo y real en Su palabra, por así decirlo desarraigamos de nuestras entrañas ese cáncer horrible de desconfiar y no creer lo que nos dice, y con un giro de ciento ochenta grados nos trasladamos de ese lugar de espaldas a Él, al opuesto de estar de cara a El, delante de Su persona bendita, lo que le permite perdonarnos, salvarnos y empezar a colmarnos de todo bien.

Vemos pues la absoluta lógica y razón que hay detrás de estas dos piedras fundamentales establecidas en Su palabra: con el arrepentimiento, sacarnos del engaño de nuestra falsa inocencia y con la fe, zafarnos de la maldición horrible de desconfiar de Él y hacerlo así mentiroso.

Antes de continuar, una consideración colateral a raíz del relato de la caída consignado en Génesis 3. Se argumenta a veces: ¿Y por haber pecado Adán y Eva en el principio, por qué tenemos que sufrir nosotros las consecuencias? Debemos admitir que no está a nuestro alcance, como seres humanos finitos y muy falibles, dar una respuesta completa a esta pregunta – en el más allá sí lo comprenderemos y sabremos en plenitud –. Pero podemos en cambio puntualizar que, aunque en circunstancias muy distintas, con la palabra de verdad del Evangelio, Dios nos lleva en un sentido muy real a foja nº. 1, es decir a la situación en que se hallaba en un principio el primer Adán. Efectivamente, como él, tenemos por un lado la palabra de Dios, contenida en el mensaje de salvación y vida eterna, y por el otro la palabra de la serpiente que nos llega en muchas formas distintas, pero con el mismo contenido de incitarnos a no creer lo que Dios nos dice. Si optamos por esta última, claro está que nos confirmamos en el camino de pecado, maldición y dolor emprendido por Adán en el principio. Pero, gracias a Dios, por Su infinita misericordia, tenemos la otra opción, la de dar la espalda a todo eso y con claridad y firmeza, de nuestra propia voluntad y elección, creer de corazón y abrazar plenamente la palabra de redención que Él ahora nos hace llegar. Y al hacerlo salimos de la senda del pecado y el mal, y entramos en un

maravilloso reencuentro con Él, a partir de lo cual comienza a restaurarnos con creces todo el bien perdido inicialmente en el huerto del Edén.

Hemos de mirar ahora dos casos salientes de arrepentimiento en las Escrituras: el de David en el Antiguo Testamento y el del hijo pródigo en el Nuevo. Antes de pasar al primero, notemos que el predecesor de David en el reino, Saúl, tuvo en I Samuel 15 un arrepentimiento falso, del cual será provechoso extraer en contraste algunas facetas importantes.

En primer lugar negó haber pecado o desobedecido (versículos 13 y 20); también culpó luego al pueblo de la desobediencia de tomar el botín, cuando él tenía en sus manos el impedirselo, como rey al frente del ejército. Enfrentado con la verdad por el profeta Samuel, reconoce posteriormente haber pecado, pero se refugia en la excusa de haber temido al pueblo y consentido a su voz (vers. 24) y finalmente en el 30 reconoce otra vez haber pecado, pero ruega que se le honre delante de los ancianos de su pueblo y delante de Israel. Es decir, primero niega su culpa, luego la reconoce pero busca atenuantes culpando al pueblo, y por último la vuelve a reconocer, pero pide ser honrado ante los hombres, sin que haya el menor indicio de sentirse culpable ante Dios ni que le pese haberle desobedecido.

El Salmo 51, en el cual encuentran su expresión la oración y el clamor de David, pone de relieve aspectos absolutamente contrarios, que son propios del genuino arrepentimiento. Si comparásemos los pecados de Saúl y David, desde un punto de vista meramente humano, coincidiríamos en que el de David – adulterio y el crimen de ordenar la muerte de Urías heteo – fue mucho peor que la desobediencia de Saúl en dar un cumplimiento parcial al mandato de Dios. Pero el Dios que escudriña los corazones, vio en el de David lo que no había para nada en el de Saúl: esas súplicas y ruegos sinceros, desde lo más profundo del ser, pidiendo misericordia, perdón y restauración.

El salmo en sí podríamos decir que contiene las verdades de mayor peso sobre el arrepentimiento, e incluso nos hace ver como, en vez de ser algo solamente básico para un comienzo de la vida con el Señor como a veces se supone, si se le permite seguir su curso completo, nos lleva a hermosas y gloriosas alturas en la vida espiritual.

Notemos brevemente algunos puntos de importancia:

- 1) Con ese “oh Dios” del versículo 1, David se acoge al Dios que sabe que tiene gran misericordia y multitud de piedades. Ese carácter misericordioso y perdonador del Señor, que él conoce tan bien, le anima a implorarle su piedad y que le borre sus rebeliones.
- 2) En los versículos 2 y 3 vemos un reconocimiento franco y transparente de su propia maldad, pecado y rebeliones, *sin que le acompañe ninguna excusa o atenuante*. Esto es de particular importancia y resulta fundamentalmente distinto de una admisión de falta o pecado, pero con el agregado de expresiones tales como “el diablo me atacó fuertemente”, “fue en un momento de debilidad”, “mi intención era no hacerlo” o “fue un descuido que el enemigo supo aprovechar”. Palabras como éstas denotan un reconocimiento solo a medias y llevan en sí, en mayor o menor medida, la semilla de la autojustificación.
- 3) “Contra Ti, contra Ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de Tus ojos” (vers.

4). Esto constituye, sin duda, *la esencia del verdadero arrepentimiento*: el reconocer haber pecado contra nuestro Dios y haberle ofendido. El daño causado al prójimo y aún a nosotros mismos, como así también todas las demás tristes secuelas que puedan producirse, tienen también desde luego su lugar e importancia; pero han de funcionar y verse en torno a esa verdad céntrica y principal de haber desobedecido y herido al Ser Supremo “en cuya mano está nuestra vida y cuyos son todos nuestros caminos” (Daniel 5: 23).

- 4) “Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado” (vers. 2). “Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve” (vers. 7).

Al redargüir de pecado, el Espíritu Santo trae clara convicción de un estado de suciedad e inmundicia ante el Dios tres veces santo. Pero junto con ello, pone también un hondo anhelo de ser limpios, blancos como la nieve, para así poder estar delante de Él, recuperando la comunión perdida, que en el caso de David era algo tan caro a su corazón, por el amor sincero que tenía para con su Dios. Esta convicción y este hondo anhelo están claramente reflejados en el clamor de sus palabras: “*Lávame más y más... límpiame... purifícame... lávame, y seré más blanco que la nieve*”. El sabe muy bien que su pecado y su necesidad son tales, que solo esos benditos lavajes de Dios, repetidos y en profundidad, con el hisopo sumergido vez tras vez en el lebrillo lleno de la sangre de la víctima inocente y propiciatoria, pueden comunicarle esa bendita blancura que le ha de permitir que su amado Señor lo abrace y consuele otra vez, como lo hacía antes.

¿Que diferencia entre esto y la actitud de Saúl, que lo único que parecía preocuparle, era el ser honrado por los hombres!

- 5) “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio...”(vers. 10). El auténtico arrepentimiento, si ha de seguir su curso completo, siempre nos llevará a la búsqueda sincera y solícita de *un corazón limpio*, que no es lo mismo que *un corazón limpiado*. Pero como esto lo tratamos detalladamente en el capítulo V, lo dejamos por ahora; también pasamos por alto varios matices más contenidos en este riquísimo salmo, para limitarnos a puntualizar dos metas importantes del arrepentimiento, que forman parte de las alturas de la vida espiritual a que nos referimos inmediatamente antes de empezar a examinar el salmo que nos ocupa.

- 6) “Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a Ti” (vers. 13).

¿Tú, David, que te has manchado tan horriblemente? ¿Tú, que has mandado matar tan cruel y deliberadamente al noble e inocente Urías heteo? ¿**Tú** has de enseñar a los transgresores?

Sí, el mismísimo David, pero a la vez en un sentido muy real, otro David muy distinto: el David escarmentado, profundamente arrepentido, perdonado, emblanquecido como la nieve, restaurado plenamente, con un corazón limpio y un espíritu recto renovado dentro de él. Nadie más idóneo y capacitado para eso: para enseñar el camino a los transgresores, a fin de que los pecadores se conviertan.

¿Por qué? Al haber caído tan bajo, y luego hallar el sendero del auténtico

volverse a Dios y alcanzar una restauración total, ahora puede hablar y aconsejar y señalar el camino con verdadero conocimiento de causa, con total propiedad y peso; desde luego no desde un plano de superioridad ni mucho menos de justicia propia, sino de estrecha identificación con los que están en la triste situación en que él también se encontraba, para echarles una mano amorosa y comprensiva de ayuda y levantamiento de cabeza.

Esto nos lleva a una gran verdad que ojalá pueda cundir en muchos corazones: *Dios necesita verdaderos arrepentidos*, hombres y mujeres que saben de veras lo que es estar contritos y humillados ante Él *para poder comunicar esa gracia con efectividad a otros que tanto la necesitan*. Si la Iglesia de Cristo ha de estar capacitada para traer a las almas al verdadero arrepentimiento, ¿cómo habrá de estarlo, sin haberlo ella experimentado primero? *Creemos que esto es algo que a los siervos del Señor nos tendría que dar mucho que pensar*.

Tomando otro rumbo con un importante paréntesis antes de retomar el hilo, no podemos menos que detenernos para formular una advertencia que bien cabe aquí. Efectivamente: el hecho de que a pesar de cometer pecado tan grave, David fue perdonado y restaurado totalmente, a veces puede prestarse para tergiversaciones peligrosas por parte del enemigo. Nos referimos sobretodo a personas creyentes de ambos sexos que puedan estar siendo tentadas en iguales niveles que David o aun en otros distintos, y que al enterarse de cómo él alcanzó arrepentimiento, perdón y liberación, sientan en alguna manera un susurro que les impulse a ir adelante y no resistir la tentación, total ellas también podrán arrepentirse y recuperarse como David. *Nada más engañoso y peligroso*. El verdadero arrepentimiento es una gracia de Dios, inalcanzable con nuestros propios recursos, y en ninguna manera podemos ni debemos dar por sentado que Dios la ha de otorgar, después que hayamos desobedecido grave y deliberadamente, máxime siendo ya personas iluminadas por la luz del Evangelio. El caso de la restauración de David es muy especial y como señalamos con más detalle en el capítulo V, a él su pecado igualmente le acarreó secuelas muy dolorosas el resto de su vida.

Nuestra observación a través de los años, ha sido que quienes después de conocer la verdad se han prestado a los ardides del diablo y sus secuaces para caer en trampas de esa índole de gravedad, en su mayoría han quedado marcados y tristemente disminuidos en su trayectoria; en muchos casos el arrepentimiento y la rehabilitación solo han podido ser a medias y en otros, ni siquiera eso. Desde luego, no queremos ser inmisericordes, y al escribir esto brota desde nuestros corazones una súplica a Dios que cuantos se encuentren en la actualidad en pozos como estos, alcancen misericordia y socorro para volver a Dios en forma total y así lograr una completa restauración. No obstante, el tan conocido refrán: “Vale más prevenir que curar”, aquí sí que tiene absoluta aplicación: quien se sepa tentado, clame al Señor para ser librado y si no puede alcanzar la victoria a solas, busque la ayuda, asesoramiento y oración de un siervo o una sierva capaz de dárselos.

- 7) “Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto u ofrenda del todo quemada” (Versículo 19). El holocausto representa la vida totalmente consagrada a Dios, limpia y totalmente ofrendada sobre el altar y ardiendo con la llama de la santidad y el amor divino. Por todo concepto, supone el destino más alto que podemos dar a nuestras vidas y es algo que se lo debemos doblemente al Señor, por ser Suyos por creación y por redención. También es

algo que se lo debemos al prójimo e igualmente nos lo debemos a nosotros mismos, pues vivir de cualquier otra forma sería privarnos a nosotros mismos de lo mejor a que puede aspirar un ser humano. Y es a esta cumbre, bendita y gloriosa, que el verdadero arrepentimiento nos lleva, cuando nos prestamos a que siga en nosotros su curso completo.

La parábola del hijo pródigo, una de las más hermosas y quizá la más conocida de todas, aparte de darnos una preciosa comprensión de Dios como Padre, nos brinda con las pinceladas geniales del Maestro, un rico bosquejo del arrepentimiento, prolijamente hilvanado de principio a fin.

Después del escarmiento, al comprobar dolorosamente el engaño de ese mundo, al cual él se había ido con tanta ilusión, encontramos los siguientes pasos:

1) **“Y volviendo en sí...”**(Lucas 15:17). Al alejarse de su padre y de su hogar para vivir perdidamente, estaba fuera de sí, es decir que no estaba en sus cabales espiritualmente hablando, pues sin duda había sido una locura apartarse de la única fuente real de luz, amor y verdad para él. Como primer paso, el arrepentimiento le hace volver en sí – valiéndose del escarmiento previo – para recobrar el verdadero uso de razón.

2) **¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan y yo aquí perezco de hambre!** (capítulo 15: 17). Aquí está el reconocimiento franco de su verdadera condición de fracaso y miseria. El orgullo natural del corazón no arrepentido se resiste a admitirlo, y es solo el quebrantamiento con la luz de la verdad que puede vencerlo, para llevar a uno a enfrentar la triste realidad del estado en que se encuentra.

3) **“Me levantaré”** (versículo 18). Esto supone el tácito reconocimiento de estar caído, algo también duro y difícil para el amor propio, acompañado de la firme decisión de levantarse. Notemos bien el contraste entre la autocompasión, que solo nos lleva a lamentarnos de nuestras desdichas, pero dejándonos como en un pozo sin salida, y el genuino arrepentimiento, que nos impulsa a reincorporarnos y reencontrar el camino.

4) **“Iré a mi padre”** (versículo 18). Impartido por la sabia gracia del Espíritu Santo, el arrepentimiento nos lleva al Padre, haciéndonos muy conscientes de que Él y solo Él, nos puede perdonar y restaurar plenamente.

5) **“Y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti”** (versículo 18). Tengamos muy en cuenta que a pesar de estar hambriento, triste y maltrecho, nada de eso le dijo al padre, porque el auténtico arrepentimiento no es lamentar nuestras penas e infortunios, sino ir más allá de eso a la raíz y la causa que los provocaron. Esa raíz y esa causa no son otra cosa que nuestro propio pecado, y el hijo pródigo lo reconoce abierta y totalmente y además – que esto tampoco se nos escape – *sin buscar ni presentar ningún justificativo, excusa ni atenuante.*

Por último, nuestro propio pecado puede haber sido contra otros u otras, pero en primer lugar y por encima de todo, ha sido contra el Padre y el cielo, acerca de lo cual el Espíritu Santo, cuando verdaderamente está obrando en profundo arrepentimiento, no

nos deja en la menor duda.

6) **“Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros”** (versículo 19). El verdadero arrepentimiento también nos infunde una buena dosis de una muy saludable humildad, que nos hace volver a Dios sin ninguna pretensión y dispuestos a tomar el lugar más bajo.

7) **“Y levantándose, vino a su padre...”** (versículo 20). – Lo anterior, todo se lo había propuesto en su corazón y en su mente, pero ahora pasa a hacerlo sin demora. El verdadero arrepentimiento traduce las palabras y buenas intenciones en hechos concretos y lo hace con toda urgencia, sabiendo que el ponerse a cuentas con Dios, y el prójimo cuando quepa, es absolutamente prioritario –.

Aunque el resto de la parábola es de riquísimo contenido también, nos limitamos a dos cosas más:

8) **“...He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos”** (versículo 29). Como complemento muy importante, Jesús nos muestra aquí el contraste del corazón no arrepentido del hijo mayor. Él nunca se había ido al mundo y tenía una gran apariencia de corrección, pero en su interior estaba lleno de su propia justicia y méritos, y sus palabras revelan también una gran amargura y un total desconocimiento del corazón generoso y lleno de bondad de su padre.

#### 9) **Por último, los beneficios y bendiciones del arrepentimiento:**

a) **“Y cuando aun estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”** (vers. 20)

Una maravillosa revelación del Padre, brotada del mismo corazón de Jesús, que lo conocía y lo conoce como ninguno (ver Mateo 11: 27: “...ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo lo quiera revelar”).

Recibir ese abrazo incomparable, el calor de ese cariño indecible del Padre y el beso de su amor santo y puro, misericordioso y perdonador - ¿qué mayor bendición puede haber para el hijo que regresa arrepentido? - ¡Y maravilla de las maravillas, ese abrazo y ese beso se los dio estando el hijo todavía harapiento y sucio!. ¡No esperó a que se diese un buen baño y se pusiese ropa limpia!

b) **“Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido y vestidle... y poned calzado en sus pies”** (versículo 22). Ni siquiera le deja terminar lo que había empezado a decirle, y viéndole andrajoso y descalzo, hace que traigan el mejor vestido y calzado para sus pies, lo que nos habla de la restauración de la dignidad perdida. ¡Cuánto le habrá dolido al padre ver a su hijo en ese estado! el de un triste pordiosero, sucio y andrajoso. Y con qué prisa dispone que eso se remedie totalmente.

c) **“...y poned un anillo en su mano...”** (versículo 22) El hijo también había perdido toda autoridad estando en esas condiciones, no valiendo de nada su palabra ni inspirando el menor respeto su presencia. El anillo simbolizaba la restauración de esa

autoridad perdida, y el padre la dispone también prontamente, como algo que no solamente hace para el hijo, sino que se lo debe a sí mismo como padre.

d) **“Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta”** (versículo 23). Por último, como broche de oro, la fiesta y el banquete, con regocijo, música y danza. Sobre esto comentamos que cuando la alegría y los festejos vienen al principio, o en una etapa muy temprana, generalmente no duran mucho y más tarde se truecan en dolor y congoja. Por el contrario, cuando primero se pone el fundamento del quebrantamiento, el sacrificio y aun las lágrimas, entonces sí se cosechan a su tiempo la satisfacción y el gozo duraderos.

Concluimos el capítulo con un par de consideraciones generales, aunque sin extendernos mayormente sobre ellas.

La primera es que, aun cuando el arrepentimiento es algo que necesitamos todos sin excepción (Lucas 13: 3,5 y Hechos 17: 30), en la sabia economía de Dios no cabe duda de que hay distintos grados y medidas de arrepentimiento. Estos dependen mayormente del trasfondo y pasado de cada uno, del mayor o menor avance en el desarrollo individual y del propósito que Dios tiene para cada uno en particular.

La segunda consiste en que debemos saber valorar el quebrantamiento del Espíritu en nuestras vidas como una constante para renovarnos y mantenernos frescos. El mismo naturalmente será a un nivel más profundo cada vez a medida que progrese en madurez y santidad. Existe siempre el peligro, después de haber alcanzado una altura determinada, de descansar sobre nuestros logros y la apariencia de una imagen recta y correcta ante los demás, sintiéndonos y estando demasiado “enteros”, de manera que inadvertidamente pasamos a una condición en la cual al Espíritu se le hace difícil fluir con frescura y abundancia, por nuestra rigidez y por ese estado de entereza en nosotros. Por el contrario, cuando bajo el persistente trato de Dios, seguimos en una línea viva de ser quebrantados, vaciados o empequeñecidos por Su mano diestra y sabia, encontramos que eso le permite al Espíritu imprimir a nuestra vida y servicio una cada vez más rica renovación, vitalidad y fragancia.

### **Preguntas:**

- 1) ¿En cuántos versículos de la Biblia, en total, se nos exhorta a la autocompasión?
- 2) Con el uso de una buena concordancia, averigüe cuántas veces aparece la palabra *arrepentimiento* y sus derivados en el Antiguo Testamento y en el Nuevo.
- 3) Explique las principales diferencias de fondo entre las dos cosas: la autocompasión y el arrepentimiento.
- 4) ¿Por qué cree Ud. que a Dios le desagrada que cuando le hemos desobedecido y nos volvemos a Él reconociéndolo, le presentemos explicaciones, excusas o atenuantes?

### **Oración:**

Muchas gracias, Padre Celestial, por haberme concedido el don del arrepentimiento. Ayúdame a conservarme pequeño en mis propios ojos y muy sensible en mi conciencia a todo cuanto pueda ser incorrecto delante de Ti. Renuévame siempre la gracia de quebrantarme sinceramente ante Ti cada vez que por torpeza, descuido o lo que fuere, haga, piense o diga algo indebido. Por encima de todo, no permitas que por envanecimiento o por caer en la rutina o en una organización demasiado rígida de mi vida, mi espíritu se seque y llegue a ser, aun sin darme cuenta de ello, pan seco y duro, que no sea de ningún provecho para los demás. Para la gloria del nombre de Jesús. Amén.

## CAPITULO III

### VERDADEROS Y FALSOS PROFETAS

El Señor, a través de los siglos y de la historia, siempre ha tenido sus auténticos voceros, pero al mismo tiempo debemos decir que nunca han faltado los falsos profetas. Esto fue muy evidente en tiempos de Jeremías, pero también lo fue en la época de Elías, Isaías, Ezequiel y muchos otros y lo es en el día de hoy.

En el Antiguo Testamento, la diferencia que más resalta entre los dos, es que los falsos predecían cosas halagüeñas, alimentando al pueblo con “vanas esperanzas, hablando visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová” (Jeremías 23:16). Por el contrario, los genuinos alertaban del juicio y castigo que se avecinaba por la idolatría y pecado del pueblo, instando al profundo arrepentimiento, como única forma de escapar a ese juicio y castigo. Y si se profetizaba paz y prosperidad, esto era solo en función de haberse dado un verdadero arrepentimiento, o en caso contrario, en un futuro no inmediato y una vez que el juicio y castigo hubieran traído el escarmiento que les llevase a un sincero retorno al buen camino.

En el mismo capítulo 23 de Jeremías encontramos varias sentencias divinamente inspiradas, expresadas a través de este gran varón, que hablan de por sí y con muchísima verdad: “A causa de los profetas mi corazón está quebrantado dentro de mí, todos mis huesos tiemblan... delante de Jehová y delante de sus santas palabras” (versículo 9).

“Porque tanto el profeta como el sacerdote son impíos... por tanto, su camino será como resbaladeros en oscuridad” (versículos 11 y 12) “...hicieron errar a mi pueblo” (13) “...fortalecían las manos de los malos, para que ninguno se convirtiese de su maldad” (versículo 14) “...No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, más ellos profetizaban” (versículo 21) “...endulzan sus lenguas y dicen: El ha dicho” (versículo 31) “...hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Jehová” (versículo 32).

Todo el capítulo merece un estudio minucioso, pero extraemos como una conclusión abreviada lo siguiente: que no cumplieran en lo más mínimo con el propósito del profeta, que es advertir al pueblo del peligro y serle de verdadero provecho, al sacarlo de la senda del mal y encaminarlo por la del bien.

“ ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? Dice Jehová. ¿No es mi palabra como el fuego, dice Jehová y como martillo que quebranta la piedra? (versículos 28 y 29).

Aquí tenemos el elemento clave y distintivo, del que es un real siervo del Señor - la verdadera, viva y eficaz palabra de Dios -.

La triple analogía que se nos brinda es muy descriptiva y aleccionadora. La paja, tiene el mismo color que el trigo y puede aparentar serlo, pero en la hora de la comprobación se la encuentra sin sustancia ni nutrición, sin vida e incapaz de reproducir para nada, y sin peso, de tal manera que el viento se la lleva y el fuego la quema no quedando nada de ella. El trigo por el contrario, reúne las condiciones de alimento y nutrición, vida y reproductividad, y en vez de ser llevado por el viento y quemado por el fuego, se lo recoge y preserva en el alfolí divino.

La palabra latente y encendida de Dios, es como fuego purificador que consume la escoria, y enciende la llama de la santidad y el amor en nuestras vidas. Y en su función de martillo, con golpes certeros quebranta el corazón de piedra, llevándonos a humillarnos y volvernos a Dios, y una vez logrado ese primer objetivo, si nos damos a ella cada día, con toques suaves pero constantes, va enderezando nuestras torceduras, forjando y labrándonos en nuestro carácter y conducta, a fin de que respondamos al propósito para el cual fuimos creados.

En el Nuevo Testamento el ministerio profético tiene matices distintos.

“ Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados” (I Corintios 14:31). Aquí lo tenemos en lo que podríamos llamar un nivel primario, que está al alcance de todo creyente, y que responde a los fines de edificación, exhortación y consuelo consignados en el versículo 3 del mismo capítulo. Asimismo entendemos por el versículo 24 y 25, que puede tener la función de revelar lo oculto del corazón, de incrédulos o indoctos (don de ciencia o conocimiento), llevándolos a reconocer que verdaderamente Dios está en medio de su iglesia. Finalmente de los versículos 6 y 30, podemos colegir el contenido de revelación, y por el 31 el de enseñanza, todo esto dentro del marco de la profecía general en la iglesia.

En la experiencia práctica, a veces se entrelaza con otros dones, en una operación doble o triple a través de una expresión profética.

Hace unos buenos años, a una hermana que había sido misionera en la India con su marido, se le había extraído un riñón, y el restante empezaba a funcionar con marcada deficiencia. Así las cosas y con el natural temor por su salud y futuro, asistió a una reunión en la cual se estaban ejercitando los dones del espíritu, enumerados en I de Corintios 12. Durante el curso de esta reunión, un joven de poca experiencia, pero muy fiel, tenía en su corazón unas palabras, que por no comprenderlas, no se atrevía a pronunciarlas. Al término de la reunión, se acercó a la hermana en cuestión, sintiendo que las palabras eran para ella, aunque no entendía para nada su significado. Al final, se atrevió a decírselas y eran: “*lo que está en ti en el singular, hará las veces del plural*”. La hermana, sí las comprendió y ¡vaya si las agradeció!, pues le hablaron profundamente a su gran inquietud y necesidad, con la promesa de que ese único riñón que le quedaba, iba a funcionar tan bien como si tuviera los dos en perfectas condiciones. Pude ver personalmente a la hermana unos buenos años después de este testimonio, constatando su buen estado de salud, lo cual autentica incuestionablemente la veracidad de esa sencilla, pero intrigante y eficaz palabra. Y claro

está, en esas simples palabras, sin el agregado “dice el Señor” o “es palabra de Dios”, que a menudo se oyen, como para avalar lo que se ha dicho, se encontraba una triple combinación de dones, a saber profecía, ciencia o conocimiento y sanidad, hermosamente combinados por el Espíritu Santo.

En un nivel más alto del ministerio profético, se distingue el profeta propiamente dicho. Su función es amplia, abarcando los siguientes aspectos:

1) Al igual que los apóstoles *reciben revelación por el Espíritu*: “...misterio que en otras generaciones, no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu” (Efesios 3: 5). Esta revelación desde luego armoniza con la verdad bíblica, y podemos decir que discurre en un plano diferente del de los profetas y apóstoles de la iglesia primitiva, cuando el canon de las Sagradas Escrituras, no se había completado aún. Su finalidad es la de impartir visión, y enriquecimiento a la iglesia, actuando en forma local y translocal. El uso del adjetivo “santos”, presupone que son siervos cuyas vidas intachables, les confieren autoridad y peso a sus actuaciones, contando con el respeto y la aprobación de cuantos los conocen. El hecho de que ellos, y los apóstoles reciban revelación, no implica que otros ministerios y aún un cristiano normal, no las reciban también, aunque con caracteres diferentes, y con el nivel marcado por la ubicación de cada uno dentro del cuerpo de Cristo.

2) *Fundamentan las iglesias a nivel colectivo y otras vidas en forma personal o individual.*

“...edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas”... (Efesios 2:20). Aquí también debemos hacer una diferenciación entre los de la iglesia primitiva, que en el orden de Dios ocuparon un lugar primario, y el profeta de hoy día. Los primeros, junto con los apóstoles, al impartir verbalmente la doctrina de Cristo, antes de que se completasen las Sagradas Escrituras, pusieron fundamento a la iglesia primitiva, según vemos en el versículo antedicho.

En cuanto al profeta de hoy en día, sin que esto represente una norma invariable, llevado por el Espíritu en el tiempo de Dios a un lugar determinado donde ha surgido una iglesia, por la labor de quienes han tenido gracia para evangelizar, lleva palabra y ministración que por su peso y contundencia, fundamenta sólidamente ese nuevo brote de vida.

Esto lo hemos comprobado muchas veces en la experiencia, con casos de núcleos de creyentes muy fieles y bien dispuestos, pero que han andado faltos de una base firme y sólida en sus vidas, hasta llegar en el tiempo de Dios un siervo con esa gracia de traer palabra clara y viva para cimentarlos y arraigarlos en Cristo, la roca eterna.

Indicios de esto, lo tenemos en el libro de los Hechos, cuando al brotar obras nuevas, en Samaria y Antioquía de Siria, de Jerusalén fueron enviados Pedro y Juan por un lado, y Bernabé por el otro. En ambos casos, la obra incipiente de cada lugar, evidentemente fue consolidada y enriquecida, pero debemos señalar, que en este tipo de ministerio, es preciso evitar tanto lo que pueda ser un espíritu autoritario que busca adueñarse de la situación, como el esgrimir el título, ya sea de apóstol o de profeta. Lo que convalidará al verdadero siervo, será su labor y sus resultados, no su título, y creemos además que una humildad no fingida, trabajando desinteresadamente para el bien de la iglesia en general, y

sin buscar anexar nada a la organización o ministerio al cual se pertenece, es la norma más sana y altruista. Por el contrario, el intentar captarlo para sí, a veces incluso llevando a la ruptura de lazos previos con personas que han sembrado y trabajado arduamente en el lugar, nos resulta un “imperialismo espiritual”, que está totalmente ajeno al espíritu abnegado y noble, que debe impulsar a quienes se sienten verdaderos servidores de Cristo.

### 3) *Consuelan y confirman.*

“ Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron, y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras (gr.: con mucha palabra)” (Hechos 15: 32). Aunque estrechamente vinculada con la anterior, esta faceta, supone llevar a uno o varios peldaños más arriba. El contexto la ejemplifica con claridad: se trataba de una situación de confusión y perplejidad entre los hermanos, a raíz de la infiltración carnal y legalista de los judaizantes. La perturbación causada, seguramente estaba probando a muchos, por este agregado de la ley y la circuncisión, que en realidad venía a socavar los cimientos de la fe y la gracia sobre los cuales habían sido levantados. A esta altura, Judas Barsabás y Silas, varones principales de la iglesia de Jerusalén (15: 22) y definidos como profetas en el versículo ya citado, hicieron su aportación valiosísima trayendo “mucha palabra”, que como hemos visto tuvo el resultado de consolar y confirmar a los hermanos.

Consolar verdaderamente, no es por supuesto, traer meramente palabras de ánimo o bien intencionadas. Cualquier carnal o inmaduro, fácilmente puede dividir, confundir o dañar, mientras que ministrar las consolaciones de Dios, solo lo pueden quienes viven muy cerca de El, y han andado y andan por el camino de la prueba y la tribulación ellos mismos, en una forma u otra. En ese camino, han sabido hallar el bálsamo, la recuperación, y las fuerzas para seguir airosos en la contienda, y movidos por el amor y la comprensión para con los que están atravesando por aflicciones y angustias, constituyen en las manos del Gran Consolador, vasos probados e idóneos para esta tan importante labor, de consolar en forma real y duradera. En II Corintios 1:3-7, Pablo nos da una rica exposición de lo que antecede. Sin entrar a desgranarla, nos ceñimos a decir que solo puede consolar de veras, quien antes ha sido consolado él mismo por el Señor.

Confirmar significa afirmar sólidamente, llevando a un grado de firmeza y estabilidad. Paradójicamente, nuestra confirmación, que es algo progresivo, y que deberá continuar verificándose hasta el final de nuestra carrera (I Corintios 1:8), a menudo, se va incrementando en base a pruebas que hasta parecen que nos hacen tambalear. Sin embargo, la mano diestra y sabia de Aquél que nos está forjando para sus propósitos eternos, aprovecha maravillosamente esas coyunturas para consumir la escoria, purificar nuestras vidas, y sobretodo las intenciones de nuestro corazón. Así en medio del dolor o las presiones que nos asedian, ese espíritu y temple del vencedor, del cual somos depositarios tan afortunados, se levanta potente en nuestro hombre interior, y al unir a El nuestra voluntad para asirnos fuertemente de su palabra y de sus promesas, nos encontramos con que la prueba se supera, y salimos fortalecidos, confirmados a un nivel mayor que antes, y calificados para ser de ayuda eficaz para otros que están siendo probados.

Aún cuando no es nuestro fin extendernos más en el tema por ahora, puntualizamos las siguientes Escrituras, que dan una idea de la importancia capital que Pablo daba a esta labor confirmatoria: “...Y pasó por Siria y Cilicia, *confirmando* a las iglesias” (Hechos 15:41); “Así que las iglesias eran *confirmadas* en la fe, y aumentaban

en número cada día” (16:5) “...Salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, *confirmando* a todos los discípulos” (18: 23).

4) ***Predicen acontecimientos futuros.***- Estos pueden relacionarse con situaciones de peligro de las cuales Dios nos alerta en su amor y su sabiduría, o bien tener otros matices, como promesa de bendición o juicio por desobediencia e infidelidad.

En el abundante material sobre la iglesia primitiva que nos da el libro de los Hechos, solo vemos esta faceta en funcionamiento en dos casos, Hechos 11:27-30 y 21:10-11, ambos a través del reconocido profeta Agabo. *Creemos que la Biblia nos da un índice muy correcto del lugar e importancia que debe darse a cada cosa.*

Si bien el Antiguo Testamento contiene muchísimas predicciones en cuanto al futuro, y en el Nuevo tanto en el Apocalipsis, como en los evangelios y las epístolas, encontramos muchas también, éstas últimas se refieren casi exclusivamente al final de los tiempos, y son pocas las que se vinculan con acontecimientos inmediatos o a un futuro cercano.

Nuestra observación es que cuando en determinados lugares o sectores de la iglesia, se ha sobrepasado ese porcentaje escaso que encontramos en Los Hechos, y han comenzado a abundar esta clase de predicciones de acontecimientos a breve plazo, a la larga los resultados han sido francamente negativos. A veces sucede que por una profecía de esta índole que acierta o se verifica, se va formando un ambiente de continuar en esta línea y luego vienen los desaciertos, las que no se cumplen en absoluto, quedando un sentir de confusión y escepticismo y muchos males peores.

Nos detenemos aquí, para señalar la diferencia entre un falso profeta y una profecía falsa o fallida. Con la mejor intención uno puede profetizar, pensando o sintiendo que está trayendo algo real de parte de Dios, y luego encontrar que no se cumple. Puesto que somos humanos y propensos al error, eso no nos convierte en falsos profetas, pero sí que nos ha de llevar a un serio replanteo para no reincidir. Lo que llama la atención, es que en no pocos casos, ministerios y predicadores, a veces de actuación internacional, se han internado en este terreno pronosticando en el nombre del Señor, acontecimientos militares o políticos, sanidades o avivamientos en determinados países o lugares, que luego han sido rotundamente desmentidos por los hechos. Nos parece que en casos así, corresponde reconocer los errores cometidos y disculparse por ellos, e incluso no volver a abrir la boca en profecía, hasta tanto se sepa con absoluta certeza que se está hablando en forma real de parte de Dios. Lo alarmante es que por lo menos en algunos casos, nada de esto sucede y en cambio, se sigue profetizando sin haber aprendido la lección. Creemos que esto es grave, gravísimo, y por cierto conlleva a convertirse en falso profeta, sobre el cual recae la sentencia de Deuteronomio 18:22 “...Si el profeta hablare en nombre de Jehová y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él”.

También en determinadas partes de la iglesia, a veces se manifiesta con cierta frecuencia, un tipo de profecía predictiva con promesa de bendiciones, particularmente para jóvenes que muestran buenas condiciones, o a veces para personas ya abocadas al ministerio también. Por ejemplo, que una joven que tiene buena voz, va a tener un papel de resonancia internacional en la alabanza, o un joven de buenas actitudes, ha de seguir una trayectoria encumbrada con grandes sanidades y liberaciones y así por el estilo. Igualmente

la observación, objetiva e imparcial, conduce a comprobar que en la gran mayoría de los casos, estos pronósticos no se cumplen.

Aquí, quien esto escribe, se hace un deber reconocer que hace ya unos buenos años, él mismo dio profecías de esta índole, aunque en marcos pequeños o a nivel personal. La intención era buena: la de animar a otros, vaticinándoles cosas buenas de parte del Señor; no obstante en la realidad de los hechos, con el correr del tiempo advirtió, que algunas de ellas – aunque no todas – no tuvieron cumplimiento. Desde luego que esto lo llevó a sopesar seriamente las cosas, y retraerse considerable y a veces totalmente, en el ejercicio de ese tipo de profecías, no queriendo hablar palabras que luego se las llevase el viento.

Aunque la intención puede ser buena, en casos así, los resultados son malos y a veces muy perjudiciales; un joven ganado laboriosamente para el Señor, al recibir algo en esta línea puede pasar fácilmente a engreírse, resultándole ya muy “pequeña” la iglesia en que se encuentra, lo que le impulsará a buscar horizontes más amplios, en su afán de “colaborar” con el cumplimiento de la profecía que ha recibido. En casos extremos, al ver que nada se ha cumplido, puede llevar al escepticismo y hasta apartarse de la fe.

Debemos agregar que en forma muy reciente, hemos tenido noticias de fuentes muy fiables, de verdaderas andanadas de predicciones de esta clase, pronosticando avivamientos y también ministerios resonantes para determinadas personas, y aún para jovencitos y jovencitas. Ante esto, no podemos menos que expresar nuestra inquietud y desaprobación, por entender que hay en todo esto un desequilibrio evidente. En I Tesalonicenses 5: 20/21, Pablo nos exhorta a no menospreciar las profecías y a examinarlo todo y retener lo bueno.

En los párrafos siguientes, hacemos un examen de los resultados que a menudo traen esas predicciones. Aquí señalamos, *como un elemento de juicio muy importante* que de varios movimientos que hemos conocido en las últimas décadas, muy sanos y bendecidos por el Espíritu Santo, ninguno de ellos fue predicho de antemano, e incluso Dios usó en ellos a personas en las cuales nadie antes había fijado los ojos.

La experiencia negativa de hace muchos años, evaluada en forma correctiva a su tiempo, nos ha permitido desarrollar un “olfato” bastante agudo para discernir profecías similares que oímos, o en oportunidades nos llegan a través de terceros. El pronosticar de parte del Señor, cosas que luego no se han de cumplir, aparte del daño que ya se ha comentado previamente, resta credibilidad tanto a la persona que lo hace, como al don mismo. Y en este último sentido, en busca de un sano equilibrio bíblico, debemos decir por otra parte, que el verdadero don genuinamente inspirado por el Espíritu, todavía continúa en plena vigencia hasta el día de hoy. Eso sí, recomendamos a quienes lo ejercitan, – sobretodo en el aspecto predictivo – el mayor recato y mesura, y por encima de todo, un chequeo objetivo con el correr del tiempo, para verificar si ha habido o no un fiel cumplimiento, y en caso negativo, proceder prontamente al replanteo que corresponde.

Debemos de tener en cuenta que hay un atractivo anímico y natural, pero carnal a la hora de la verdad, por saber anticipadamente lo que el futuro nos puede deparar. Si a esto agregamos la posibilidad de que se nos predigan cosas bonitas, y “grandes”, vemos cuan fácilmente un ministerio en esta línea, que comienza en forma pura manifestándose de tanto en tanto, acicateado por uno o más aciertos iniciales, puede irse desviando paulatinamente, hasta prostituirse en una “bola de cristal” de adivinación dentro de la misma iglesia.

Creemos que todo esto se debe también en gran parte a la ignorancia del verdadero significado de la palabra profeta, que casi siempre se entiende por la persona que pronostica el futuro en nombre del Señor. Aunque esta acepción forma parte del sentido de la palabra, su significado completo, es el de quien habla, o trae la auténtica palabra de Dios, que en muchos casos, puede referirse también a nuestro ayer y a nuestro hoy, sin la menor alusión al mañana.

Como bien se sabe, el nombre Jehová es una contracción del verbo ser en el hebreo, que incluye los tres tiempos principales: pasado, presente y futuro. Como regla muy sana, a menudo nos parece bien señalar que el Dios conocido como el gran YO SOY, se interesa más que nada, en lo que somos y hacemos en el presente, sabedor que nuestra obediencia, amor y fidelidad de ahora, habrán de ser la mejor manera de forjarnos y prepararnos para el mañana.

### **5) Llevan nuestras vidas a una mayor rectitud, integridad y santidad.**

Una vez lograda la resonante victoria sobre los falsos profetas en el monte Carmelo, Elías, lejos de caer en una euforia triunfalista, hizo algo muy significativo que suele pasar desapercibido en las predicaciones que se oyen.

“ Entonces Elías les dijo: prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno. Y ellos los prendieron; y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló” (I Reyes 18: 40). Naturalmente que éste era uno de los mandatos de Dios para su pueblo de ese entonces, no de ahora, y generalizando, podemos comentar que en el orden del Antiguo Testamento, muchos de los varones de Dios, eran valientes de la espada que destruían a quienes se alzaban contra Israel.

En el régimen actual del nuevo pacto, el verdadero siervo no empuña la espada como a menudo se dice erróneamente, sino que la lleva en su boca, siendo Jesús el prototipo y ejemplo, según vemos en Apocalipsis 1: 16 y 19: 15. Naturalmente, que no hemos de convertirnos en “carniceros espirituales”, acuchillando carnalmente a las almas, pero si se nos pidiera que opinásemos sobre lo que más se destaca en un verdadero profeta, diríamos lo siguiente: que es un santo varón, que como Elías, Jesucristo, Pablo y muchos más, hace uso muy diestro, por el Espíritu Santo, de la formidable espada de la palabra de verdad, para así degollar y matar cuanto sea falso y carnal en nuestras vidas. Y al hacer esto, nos está haciendo en muchos casos el bien más urgente e importante.

Es probable que el tenor de lo que antecede, nos haga parecer ante algunos en cierta manera como contrarios a los dones espirituales, o por lo menos algunos aspectos de ellos. Para rectificar esa posible impresión, pasamos a narrar dos casos sucedidos ya hace unos buenos años entre el pueblo gitano en España:

Mas o menos en 1983, quien esto escribe pudo conocer en Aragón a un humilde siervo del Señor, entre los muchos con quienes ha podido tener muy buena comunión a través de los años, dentro del movimiento Filadelfia en España. Dicho sea de paso este movimiento, que comenzó hace más de treinta años, supera numéricamente al total de todas las demás denominaciones evangélicas dentro de España, contando actualmente con cerca de cien mil bautizados, y unas seiscientas iglesias diseminadas en casi toda la geografía española.

El siervo en cuestión, conocido por el apodo de “Chacho”, en ese entonces pastoreaba una pequeña iglesia, en la localidad de Caspe, provincia de Zaragoza. Los dos

testimonios que me narró, me resultaron sumamente edificantes. El primero, fue en la ciudad de Huesca donde había estado anteriormente, en una barriada donde imperaba mucha pobreza. Las condiciones de vida eran tan precarias, que a algunos de los niños de pastores anteriores, las ratas les habían mordido y comido parte de la ternilla de sus orejas. En esa barriada vivían un buen número de gitanos todavía inconversos, algunos de ellos muy hostiles al evangelio y personas peligrosas. A esas alturas, un joven familiar de ellos fue enviado de vuelta a su hogar, con una extraña enfermedad que le había producido una hinchazón descomunal en la cabeza. La enfermería había decidido mandarlo a su hogar, pensando que sería mejor que muriera ahí y no en el cuartel. Enterado de esto el Chacho, en comunión con el Señor, entendió que le decía que fuese a orar por la sanidad del joven concripto. Al llegar al lugar, fue increpado bruscamente por un grupo de familiares, con la pregunta tosca y ruda: “¿A qué vienes?”.

“ A orar por ese joven para que Dios lo sane”, fue la serena respuesta.

Seguidamente el grupo le dio la espalda y se puso a deliberar, hasta que uno de ellos en nombre de todos le dijo en tono violento:

“Bueno, reza por él, pero si no se sana te matamos”.

Ante semejante amenaza, el Chacho sintiéndose entre la espada y la pared, con temor y temblor pasó a pedir a Dios por la sanidad del joven y ante el asombro de todos, se vio como en forma casi instantánea, su cabeza se desinfló como un globo hasta recuperar su forma y tamaño normal. La mejoría fue total, y desde ese entonces, esos gitanos tan hostiles, pasaron a tratarlo como a un rey.

Otro caso todavía más maravilloso, acaeció posteriormente en Barcelona, al trasladarse a esa ciudad para hacerse cargo del pastoreo de una de las muchas iglesias de Filadelfia en la zona. A poco de llegar, tuvo un sueño en el que claramente, se veía a sí mismo en un gran mercado bajo techo, con amplias escaleras para subir de la planta baja al primer piso. En el sueño, lo que más le llamó la atención, fue una mujer que empujaba un carrito cargado con muchos pares de calcetines para la venta.

Al día siguiente, consciente de que el sueño venía claramente del Señor, consultó a sus consiervos, que llevaban un buen tiempo en la ciudad, ya que él desconocía ese mercado. Al describírselo a ellos, enseguida lo identificaron y lo llevaron al lugar. Poniéndose de pie en el mismo, bien pronto pudo ubicarse en una situación coincidente con la de su sueño, y en muy poco tiempo ver precisamente a la mujer, conduciendo el carrito con los calcetines, tal y cual como lo había visto en el sueño. De inmediato, se personó a ella y le explicó que en el local donde él pastoreaba se predicaba el evangelio, y que la invitaba a asistir. La mujer aceptó de buen grado y asistió con sus familiares convirtiéndose bien pronto al Señor. No solo eso, sino que unos días más tarde, trajeron una mujer paralítica en silla de ruedas, y uno de los colaboradores, pasó al interior para avisarle a Chacho de la novedad.

En esta ocasión, no había sido advertido para nada por el Señor y su primera reacción fue de rechazo, pensando para sus adentros: “¿ Quién piensan que soy, que me traen esta paralítica?”.

No obstante, recapacitó y pensó que sería más correcto actuar con fe atendiendo al desafío que se le presentaba, y como resultado, la mujer dejó la silla de ruedas y comenzó a andar quedando completamente sanada, sanidad que el mismo Chacho se

encargó de comprobar que todavía perduraba unos pocos años después del evento.

En días en que tanto se busca la publicidad, resulta hermoso constatar como en muchos casos, el Señor obra en forma casi secreta, usando a un humilde y fiel siervo suyo como éste, para hacer cosas realmente maravillosas, pero que pasan desapercibidas para muchos, incluso dentro del pueblo de Dios. También nos resulta muy favorable la evaluación de un sueño como el narrado, confirmado con exactitud por los hechos posteriores, a diferencia de muchos sueños y visiones que hemos oído y que han resultado meras “pompas de jabón”.

No debemos continuar sin antes dejar sentada nuestra gratitud para con dos queridos pastores gitanos, que en una situación difícil para mi esposa y para mí, acudieron en nuestra ayuda. Aunque esto no se relaciona directamente con el don de profecía ni el ministerio profético, viene a colación ya que hemos estado hablando de hermanos gitanos.

Fue en el verano de 1974, hace más de un cuarto de siglo. Viajábamos en una furgoneta VW que nos había sido prestada para el viaje con nuestros cinco hijos y una hermana en Cristo que nos acompañaba. Después de pasar unos días en Alicante, continuamos viaje con destino a la provincia de Málaga y unos kilómetros más allá de la localidad de Lorca tuvimos un percance inesperado.

Después de una lluvia torrencial que había arrastrado barro de los terrenos lindantes sobre la estrecha carretera, el cielo se despejó y el sol ardiente del mediodía lo convirtió en un montículo sólido y peligroso para cualquier vehículo. Conduciendo a una velocidad moderada, de repente advertí el escollo al encontrarnos a poca distancia y sin que mediase ninguna señal o advertencia del peligro que presentaba. Si bien pude aminorar el tren de marcha, no fue suficiente para evitar que la furgoneta diese un salto brusco, aunque sin volcar ni salirnos de la carretera.

Mi esposa viajaba a mi lado, lamentablemente sin haberse colocado el cinturón de seguridad. Como iba dormitando, fue despedida hacia el techo del vehículo y cayó otra vez sobre su asiento en forma muy pesada y dando un grito de agonía que me hizo saber instantáneamente que algo grave le había sucedido.

Nos detuvimos de inmediato junto al camino y como el intenso dolor continuaba y no podía moverse para nada, sin demora llamamos una ambulancia, que la trasladó a una clínica en Lorca. El diagnóstico resultaba alarmante, con una vértebra de la espina dorsal en su parte baja totalmente aplastada, y el temor por mi parte que quedase semi-paralítica el resto de su vida.

Después de disponer que la hermana que nos acompañaba continuase viaje con nuestros cinco hijos, llamé a la hermana en Alicante en cuyo apartamento nos habíamos hospedado, comunicándole lo que había acontecido. Con mucho tino esta hermana llamó por teléfono al pastor de la iglesia Filadelfia en Alicante, que en ese entonces era el hermano Juan Hernández, conocido por el apodo de Tucho, quien nos era muy bien conocido desde antes, y en muchas oportunidades posteriores hemos pasado buenos ratos junto con él y su esposa Mari en hermosa comunión.

En un gesto de amor noble y desinteresado, el Tucho decidió emprender de inmediato el viaje hasta la clínica donde estábamos en Lorca, a bastante más de cien kilómetros de distancia. Para ello se hizo acompañar por un consiervo suyo, Luis Muñoz Moreno, comúnmente conocido por Luis de Baza, por ser oriundo de la localidad que lleva ese nombre en la provincia de Granada.

Este hermano había sido usado por el Señor en un buen número de sanidades en los albores del movimiento de Dios entre el pueblo gitano en España, hacia fines de la década

del 60 y principios de la del 70. A poco de llegar, apoyado por el Tucho, Luis hizo una oración poderosa a favor de mi esposa, la cual hizo estremecer mi espíritu fuertemente.

Como resultado de ella, mi mujer pudo movilizarse por primera vez, aunque todavía con dolor, para ir al servicio por sus propios medios, cosa que antes le había sido imposible.

De ahí en más su mejoría fue tan pronunciada que después de unos pocos días fue dada de alta y pudo viajar a Málaga, desde donde, después de descansar unos días, tomó el avión a Londres y de allí siguió al Norte del país de Gales, donde teníamos nuestra residencia en esos tiempos.

A los pocos días, tras someterla a examen, la doctora me aseguró que no había nada que temer y que la espina dorsal estaba en buenas condiciones. En suma, una sanidad verídica, cuyos beneficios perduran hasta el día de hoy.

Como consecuencia natural, desde esa fecha nos ha unido un vínculo fraternal muy precioso con el hermano Luis, a quien no conocíamos anteriormente, y desde luego también con el Tucho, que ya nos era conocido de antes como dijimos más arriba.

¡En ese día ni siquiera pudimos darles nada para cubrir sus gastos de combustible! Empero nuestra deuda de gratitud al Señor por haberles enviado en nuestro socorro cuando tanto lo necesitábamos, resulta inmensa y como algo que no se olvida nunca.

¡El Señor bendiga mucho a Sus dos preciosos siervos ¡

“De manera que teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe” (Romanos 12: 6).

Aquí, la pluma fecunda de Pablo, nos da una norma muy importante en cuanto a la profecía, que desafortunadamente, muchos parecen no comprender: – la de profetizar según nuestra medida –. “El único poder que tenemos en el ministerio, es el poder de nuestra vida”, fue lo que una vez oí decir a un buen siervo de Dios. Con eso no descartaba en ninguna manera ni el poder de Espíritu Santo, ni del nombre de Jesús, ni de su sangre bendita y eficaz; pero sí subrayaba que cuando se trata de forjar el carácter de otros, o impartirles vida, o alguna virtud espiritual, no podemos llevarlos más lejos, ni más alto de donde hemos llegado nosotros.

De la figura señera del gran Elías, cuando estaba a punto de subir al cielo en un torbellino, aprendemos algo muy instructivo en este aspecto. Efectivamente, al decirle a Eliseo que pidiera lo que quisiera antes de ser llevado, fue sorprendido por la pronta respuesta: “Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí” (II Reyes 2: 9). De encontrarse en el lugar de Elías, cualquier neófito habría respondido muy ufano: “por supuesto que la tendrás: toma, recíbela” o palabras semejantes. Pero ello, no habría tenido ninguna validez, sencillamente por la insolvencia espiritual de nuestro supuesto neófito, por más buena voluntad que pudiera tener.

En cambio Elías, buen conocedor de los principios sobre los cuales se desliza la verdadera profecía, le contestó con mucho tino y sabiduría: “... Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; más si no, no” (II Reyes 2:10). Era como decirle, “yo solo mido un metro, y tu me estás pidiendo dos. Eso no está a mi alcance dártelo; solo el Señor que tiene medida infinita, puede dártelo; a ver si El te lo concede”. Por lo que sigue del relato, notamos que Eliseo efectivamente vio a Elías ascender, y consecuentemente recibió la doble porción pedida, pero hemos de notar la sabia y acertada actitud de Elías, que fue virtualmente, de remitir a Eliseo al Señor.

Hace no muchos años se nos invitó a escuchar la ministración de un joven de aproximadamente 28 años de edad, soltero, que en su niñez había sido abandonado cruelmente por sus padres, y que había tenido una clara y limpia conversión. Como resultado de ésta y su crecimiento posterior, las heridas de su niñez habían quedado bien sanadas y servía al Señor con entusiasmo.

En su ministración, que era en un auditorio no muy grande, pero sí variado en cuanto a las edades y necesidades de cada uno, dio una serie de exhortaciones y consejos, muchos de ellos, con miras a sanar la relación matrimonial de algunas parejas presentes. Eran buenos consejos y palabras correctas, posiblemente aprendidas de algún libro sobre el tema, o tal vez de la Escritura misma. Pero por el hecho de proceder de quien no tenía la menor experiencia en ese terreno, por ser soltero, como se ha dicho, uno quedó con la sensación de que carecía de peso y poder comunicativo.

No obstante, con anterioridad había dado una palabra de ciencia, en el sentido de que había en la reunión un niño muy triste, que sus padres – creemos recordar – habían abandonado, y que el Señor lo llamaba para recibirlo como su hijo, quitarle la tristeza y restaurarlo. Esa palabra sí tuvo solvencia espiritual, y bien pronto un niño en esas condiciones respondió, y fue ministrado y bendecido.

Lo anterior, nos muestra con claridad las dos caras de la moneda: el ministrar fuera de nuestra medida, y el hacerlo dentro de ella.

No se nos debe quedar en el tintero, señalar que la verdadera profecía, no necesita ser precedida, o concluida con las palabras: “así dice el Señor” o “es palabra de Dios”, o expresiones afines, y que tampoco es necesario usar la primera persona en el singular. Esto último supone, que nos estamos poniendo en el lugar de Dios al hablar, cosa que es absoluta verdad cuando lo hacemos en el Espíritu, pero que conlleva una enorme responsabilidad, de la cual debemos ser plenamente conscientes.

Puesto que en esencia, la profecía es el hablar la palabra divina, sin acepción necesariamente de tiempo futuro, ella puede venir muchas veces a través de la predicación, de la enseñanza, de la oración, o aún en una conversación informal, pero en el espíritu.

Hace unos buenos años, un siervo de Dios visitaba a una iglesia en la ciudad de Pontevedra, en Galicia. Después de la reunión y una cena familiar, comenzaron a venir varios hermanos para disfrutar de comunión, y el pastor pidió al siervo que orase individualmente por cada hermano; eran catorce en total. El siervo no sabía nada de la vida particular de cada uno, y sencillamente se puso en las manos del Espíritu pidiendo en cada caso lo que le venía al corazón. Al terminar y despedirse el pastor le dijo al siervo: “ *fueron catorce dianas*”, con lo cual denotaba que cada oración, había respondido con exactitud a la necesidad individual de cada uno. Lo que debemos notar, es que aquí el siervo no se dispuso conscientemente a profetizar en lo más mínimo, pero al reposar sobre él y su vida el espíritu profético, éste discurrió con fluidez a través de sus oraciones.

En otra oportunidad y en un lugar distinto, el mismo siervo, fue invitado a comer después de la reunión de domingo a la mañana, por un matrimonio que tenía dos o tres criaturas muy jóvenes. Durante la sobremesa preguntó al marido en forma muy sencilla, si había considerado entregarse en forma más activa al servicio del Señor. La respuesta que le dio, aunque cortés, fue negativa y nada más se dijo entonces sobre el tema. Pero al volver a ver al siervo de Dios unos meses más tarde, le manifestó que esa pregunta le había calado profundamente y que le hizo ponerse a buscar el rostro del Señor hasta que no pudo menos

que consagrarse de lleno a Él y comenzar a servirle asiduamente. Poco tiempo después, la pequeña familia se trasladó a una provincia lejana, y al visitarla, en varias oportunidades, el siervo al que nos referimos pudo ver con satisfacción como ese hermano ahora se desempeñaba como anciano, junto al pastor de una buena iglesia, trabajando activamente con los jóvenes también.

En suma, el varón o la mujer sobre quien reposa el espíritu profético, no necesita colocarse la indumentaria o asumir el lenguaje o acento del profeta. Por otra parte, quienes procuran hacer esto último, sin tener el verdadero espíritu profético, están equivocadamente tratando de ser lo que Dios no los ha hecho.

Concluimos con las siguientes preguntas.

### **Preguntas:**

- 1) ¿Cuál era la diferencia entre los falsos y verdaderos profetas en el Antiguo Testamento?
- 2) ¿Qué es lo que convalida o no, a quien profetiza en forma predictiva? ¿Puede citar una o más Escrituras que aporten sobre el tema?
- 3) Consigne los aspectos en que puede profetizar cualquier cristiano, dentro del ámbito de la iglesia.
- 4) Consigne los aspectos, en que se desenvuelve el ministerio del profeta propiamente dicho, por orden de importancia, según su criterio.

### **Oración.**

Eterno Padre, perdónanos por las veces que pretendimos pronunciar proféticamente, cosas que luego comprendimos que no venían de Ti. Quisimos hacer bien a otros, pero sin quererlo, hicimos daño a algunos. Sana ese daño por amor a tu Hijo Jesucristo. Gracias por esa palabra tuya, que es tan viva y penetrante, y nos ha ayudado a entender que lo que decíamos, venía de nuestra propia vida natural, y como tal no podía menos que llevar, y dejar el sello de nuestro egoísmo en una forma u otra.

Ayúdanos a entresacar lo precioso de lo vil, para así ser como tu boca al hablar. Preferimos unos granitos de trigo puro, a una apariencia de grandeza, que luego ha de resultar paja que ha de ser quemada, sin quedar nada más que cenizas. En el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

## CAPÍTULO IV

### **EL NUEVO PACTO- La ley escrita en el corazón.**

El título de este capítulo, el Nuevo Pacto, engloba las verdades más importantes y gloriosas del cristianismo. En general, donde quiera que uno las proclama, siempre se encuentra un asentimiento mental, y una acogida favorable, siendo como es, un tema clarísimo, clásico y de indiscutible asidero bíblico. No obstante, a la hora de abrazar y absorber profundamente sus verdades e incluso comprenderlas con la claridad y precisión necesarias para retransmitirlas a otros, hemos hallado en general, una reticencia que hasta cierto punto nos resulta intrigante, siendo como es algo vital, para la consolidación del creyente individualmente, y de las iglesias en forma colectiva.

Por eso, al extendernos sobre el tema en éste y los siguientes capítulos, nos anima el propósito, con la gracia que viene de lo alto, de desarrollarlo con la mayor sencillez y claridad posible. Al mismo tiempo, exhortamos al lector a una consideración consciente y detenida de lo que ha de seguir en las próximas páginas, entendiendo como se debe entender, que en el Nuevo Pacto, sellado con la sangre del Hijo de Dios, están las verdades fundamentales del cristianismo. Desatenderlas ó sustituirlas por otros aspectos, diríamos, accesorios o complementarios de la vida espiritual, solo puede acarrear evidente perjuicio, en cuanto a calidad y firmeza.

“ El pecado de Judá escrito está con cincel de hierro y con punta de diamante; esculpido está en la tabla de su corazón...” (Jeremías 17: 1).

Judá, que constituía el reino del sur, después de la división que ocurrió a causa de

la apostasía de Salomón en la etapa postrera de su vida, en tiempo de Jeremías representaba el último baluarte del testimonio de Dios, a través de Israel. Reyes muy dignos como Josafat, Ezequías y Josías, habían llevado al pueblo en sus respectivos reinados, al arrepentimiento y a volverse a Jehová. Sin embargo, otros reinados pésimos, como el de Manasés sobretodo, y Acab, Amón y otros, tuvieron tan graves repercusiones sobre el pueblo en general, que en varias oportunidades, el Señor le dijo a Jeremías que no orase por ese pueblo – su obstinación en seguir la idolatría y el mal era tal, que El no oiría, viéndolos como incurables.

A esas alturas, encontramos la sentencia tan categórica que hemos citado arriba: el pecado escrito con cincel de hierro, y con punta de diamante, esculpido en la tabla del corazón. Había habido rebeldía idolátrica y toda suerte de iniquidad e injusticia, y como consecuencia el pueblo de Judá – como queda dicho anteriormente, lo mejor dentro de Israel – llevaba el pecado en la sangre y en los huesos, como solemos decir, brotándole espontánea y abundantemente como si se tratase de una fuente, de la que continuamente manaban aguas contaminadas y hasta putrefactas.

Más tarde en el capítulo 31, versículos 31 al 34, aparece una promesa futura - la del Nuevo Pacto - como elemento clave que todo cristiano debiera entender claramente, y apropiarse en forma personal, si es que su vida ha de cimentarse con verdadera solidez.

Antes de pasar a desgranar en algo este pasaje, debemos señalar que en el libro de Hebreos, que es el que mejor nos presenta las diferencias y contrastes entre los dos pactos, se lo cita en dos oportunidades, una en forma completa en el capítulo 8: 8 a 12; y otra parcialmente, en el capítulo 10 versículos 16 y 17. Esto no hace sino corroborar su importancia capital.

“ No como el pacto que hice con sus padres, *el día que tomé su mano* para sacarlos de la tierra de Egipto...” (Jer. 31:32). A menudo se entonan canciones o coros, con palabras tales como “tomado de la mano, voy con Jesús...” que involucran una abierta contradicción de la verdad cardinal y básica del Nuevo Pacto. Se podrá argumentar, que es sólo una forma alegórica de expresarse, pero en todo caso la alegoría es muy inexacta e incorrecta y cantarla y repetirla, no puede sino crear un criterio borroso y erróneo. Creemos que es mucho más sano, dar a nuestras canciones el verdadero contenido del régimen nuevo en que nos encontramos, desechando frases o expresiones que podrán tener un atractivo sentimental o anímico, pero que en realidad son ajenas a la esencia de la revelación de Dios para el ser humano en la dispensación actual.

“ Pero este es el pacto que haré... Daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón” (31:33). Aquí vemos un énfasis muy fuerte: no lo uno, tomarlo de la mano, es decir, exteriormente, sino lo otro, tomarlos de la mente y del corazón, dando y escribiendo en ellos la ley de Dios. En otras palabras, se trata de una obra interior, en la misma fuente de la vida, por medio de la cual el Espíritu Santo la regenera, purifica, transforma, o santifica – úsese el vocablo que cada uno prefiera, con tal que se entienda bien, que nada tiene que ver con parchar o remendar – y que es mucho más que lavar: se trata de transformar en profundidad el corazón y la mente.

Sobre esto, volveremos *in extensum* más adelante, pero recordemos ahora todos los privilegios que tuvo Israel: las plagas sobre Egipto que le permitieron entrar en una liberación portentosa, que culminó con el cruce del mar Rojo; el milagro del maná cada mañana, las aguas amargas de Mara, endulzadas al echarles Moisés un árbol; la peña de

Horeb golpeada, para dar de beber a toda una nación etc., etc.

Al llegar al capítulo 19 del libro de Exodo, con la manifestación temible y terrible del poder y la santidad de Dios en el Sinaí, encontramos que todo el pueblo le responde a una a Moisés diciendo: *...Todo lo que Jehová ha dicho haremos...* (Exodo 19:8). Fue una promesa que duró treinta y nueve días, y al día siguiente, el cuadragésimo, todo se desplomó, y quedó hecho añicos, con la horrible aberración de hacerse un becerro de oro, proclamándolo como: “tus dioses, Israel que te sacaron de Egipto”.

Durante ese interín, estando Moisés en comunión en la cumbre del Sinaí, Jehová había escrito en las tablas de piedra los diez mandamientos, de los cuales el primero era: *“no tendrás dioses ajenos delante de mí”*. Y he aquí, lo primero que hacen es romperlo terminante y vergonzosamente. ¿Por qué? Por ser un pueblo idólatra y rebelde, sin duda, pero como razón de fondo, hemos de decir, que se debió a que esa ley, grabada sobre las tablas de piedra, con la misma escritura de Dios, no estaba escrita en sus corazones, ni mucho menos. Así, a la hora de la verdad, a pesar del sano temor que infundían los truenos, el fuego, el humo, la voz tronante de Dios, y a pesar, también, de su formal promesa de hacer todo lo que Jehová había dicho, algo los traicionó interiormente y obraron en sentido totalmente contrario.

Esto nos ayuda a entender mejor, el profundo contenido de las palabras: “daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón”. El gran Psicólogo Eterno – si se nos permite la expresión – veía con toda la claridad, que los milagros y las grandes bendiciones materiales no bastaban; había que llegar a algo drástico y radical cambiando y regenerando la misma esencia del corazón humano.

Nadie con un mínimo conocimiento de las Escrituras, hará otra cosa que dar una total aprobación a lo anterior, y quizá no faltará quienes comenten: “pero si es resabido, ¿quién no sabe eso? ”, casi opinando, que lo presentamos como quien acaba de descubrir la pólvora.

Verdad que es muy conocido, algo antiguo que no aporta nada nuevo o novedoso (y aclaramos que esto último no es nuestra intención en absoluto; por el contrario reiteramos lo dicho en la introducción: lo que nos ocupa y concierne, es presentar las genuinas sendas antiguas e invariables del gran libro de Dios). Pero en la experiencia práctica de la iglesia, cuántas y cuántas veces nos encontramos con la cruda realidad de que personas que han hecho profesión de fe, pasado por las aguas del bautismo, y en muchos casos activas en el servicio cristiano, incluso a veces con un ministerio público, todavía arrastran problemas internos de moralidad, ya sean en el aspecto sexual, en el manejo de las finanzas o generalizando, en la pasada manera de vivir, mundana y turbia. Por supuesto que no podemos ni debemos erigirnos en jueces de nadie, pero como norma general, esto no puede sino poner de relieve con toda claridad que algo falla en la base – podrá haber habido conversión a nivel mental, buena enseñanza doctrinal, tal vez talentos y dones musicales, administrativos o de otra índole, pero esa obra fundamental de una verdadera purificación interna, de un real nuevo nacimiento, no se ha logrado. Y por más atractivos que sean los dones y las habilidades desplegadas, se corre el peligro de que se repita lo de tantas veces: caídas estrepitosas que dejan las secuelas más hondas y tristes; incluso desvirtuando ante el mundo que nos observa, la imagen limpia y noble que debe dar el evangelio, y quedando el trabajo tesorero de años destrozado y perdido.

Por eso sostenemos que más importante que formar grupos capaces en la

alabanza, creyentes que diezmen y ofrenden regularmente, etc. (sin desmedro del valor intrínseco de estas cosas); más importante, decimos, es llevarlos a ese lugar de limpieza interior en la vida, donde esas tendencias pecaminosas, han sido efectivamente tratadas por el poder del Espíritu Santo, de la palabra de Dios y de la cruz de Cristo.

Desde luego, que por la gran falibilidad del ser humano, podrán todavía darse casos tristes y negativos, pero si ponemos las bases firmes y sólidas que Dios nos da, la norma será una vida y conducta límpida y clara, y la efectividad del testimonio de la iglesia seguramente que será mucho mayor.

La Escritura, nos da esta misma verdad bajo varios prismas distintos, entre los cuales distinguimos:

- 1) la ley de Dios escrita en el corazón;
- 2) el nuevo corazón;
- 3) el corazón limpio o puro;
- 4) la circuncisión;
- 5) la muerte del viejo hombre por la cruz de Cristo.

En el resto del capítulo, nos extenderemos un poco más sobre el primero y en los subsiguientes, pasaremos a tratar los otros cuatro.

Generalizando, podemos decir que la ley de Dios dada en el viejo Testamento, contenía tres partes principales, a saber:

1- La parte contenida en mandamientos en cuanto a higiene, el orden de acampar y de marchar, etc., que se puede denominar la ley social.

2- La ley ritual o ceremonial, con las fiestas, ofrendas, sacrificios, libaciones y abluciones.

3- La ley moral, que con sus diversos mandamientos es un reflejo del carácter divino, en cuanto a justicia, verdad, amor y misericordia.

La primera de ellas no tiene hoy día mayor aplicación práctica, por no mediar las condiciones de entonces – una nación que peregrinaba por el desierto –; la segunda ha quedado claramente abrogada, según vemos en Hebreos 7:18: “Queda pues abrogado el mandamiento anterior, a causa de su debilidad e ineficacia” y 8:13: “Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer”. Y finalmente 9: 9 y 10: “Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas”.

En cambio, la tercera sí queda en pie, según consta claramente en Romanos 3:31 “¿Luego por la fe, invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley” y capítulo 8: 4: “Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu”. En ambos casos, claro está, se refiere a la ley moral.

Debemos comprender que en el mandamiento de amar a Dios con todo nuestro ser, y al prójimo como a nosotros mismos, tenemos una exhortación de Dios a vivir en la esfera del amor, que es donde Él se encuentra y se desenvuelve. Igualmente “No dirás falso testimonio” nos llama a andar en la verdad siempre, siendo ella también el ámbito donde lo encontraremos, pues Él ha sido, es y será eternamente un Dios de absoluta y total verdad. En suma, que la ley moral no es otra cosa que una enunciación práctica del carácter de Dios, y viviendo en ella, andaremos cabalmente unidos a Su persona. Desde luego que por el contrario, albergando el odio, el resentimiento o la mentira, estaremos separados de Él, y aunque no lo sepamos o comprendamos, nos hallaremos dentro del ámbito de Satanás, que es un personaje lleno de odio, y rencor y además el padre de la mentira.

Al ser tentado Jesús en el desierto, como bien sabemos en las tres ocasiones que se nos consignan, Él incluyó enfáticamente las dos palabras “*escrito está*” en sus respuestas. Con ellas en primer lugar, Él mostraba su absoluta fe y confianza en la palabra eterna e invencible, a la par que le hacía entender claramente a Satanás, que como tentador, nada podría contra esa Escritura del que, al final de cuentas, era su propio Dios, y su creador. Sobre esto, más en seguida. Pero antes, notar que Jesús en ninguna manera recurrió al diálogo, a buscar hacer entender al diablo su error, cambiarle la óptica, a encontrar su “verdadera o propia identidad” o tantos otros argumentos de orden humanista, psicológico o psiquiátrico\*, que hoy día tanto se entremezclan en la ministración, y que deben llevar a un cristianismo diluido, o aún tergiversado. El se ciñó a la senda antigua – sencilla y poderosa como ninguna – de esgrimir el arma contundente e irresistible de la formidable Palabra de Dios.

Pero, retomando el hilo, al responderle Jesús en esa forma, no era una mera repetición de lo que estaba escrito. En el Salmo 40: 8, leemos: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, **Y TU LEY ESTA EN MEDIO DE MI CORAZÓN**”. Esa ley, escrita en la Biblia, estaba escrita también, bien dentro de Su corazón, la fuente de la cual manaba, y mana Su vida preciosa. En esa forma, el intento satánico de seducirlo, se veía totalmente frustrado, y por más que con su ojo de lince buscase la grieta y el punto flojo por donde filtrarse, no lo hallaba para nada, por esa total coincidencia entre lo escrito en la ley, y lo que estaba escrito en Su corazón.

Recordamos como hace muchos años oíamos el consejo de que en la hora de la tentación, se la debía resistir en la misma forma en que Jesús lo hizo, citando con toda fuerza determinado versículo, que cuadrara dentro del caso. Sonaba bien, pero qué desilusión nos llevamos, al comprobar que algo dentro nos traicionaba, y el mal en que no queríamos caer, nos vencía igualmente. Tuvimos que aprender por vía del dolor y del fracaso, la importantísima lección de que la ley y la palabra escrita en la Biblia, debe estar escrita también sobre las tablas de nuestro corazón. Sólo así, con esta bendita coincidencia de las dos cosas, se puede salir airoso en la contienda.

También recordamos el consejo que se nos daba de memorizar las Escrituras, recordando con la mayor exactitud posible, versículos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Muy bueno y sano por cierto, pero, sin despreciarlo en lo más mínimo, esto es leche espiritual, insuficiente para el día de la batalla. La vianda firme, consiste en que la verdad de la ley de Dios, se inscriba en las tablas de carne de nuestro corazón, por el

---

\* Por supuesto que nos referimos a determinados aspectos de la psicología y la psiquiatría, que van claramente en contra de lineamientos básicos de la palabra de Dios.  
© R P Hussey, Sep 1999

Espíritu del Dios viviente (II Corintios 3: 3; Hebreos 8: 10 y 10: 16).

¿Cómo se logra esto? Desde luego que no disponemos de una receta fija y universal, pero en cambio sí podemos señalar líneas generales. En primer lugar, una vida de comunión con el Señor, en la que permitimos que su luz y verdad escudriñen lo más íntimo de nuestra vida. El Espíritu Santo, así nos hará conscientes de puntos débiles, restos de la pasada manera de vivir, que en una forma u otra se manifiesten en nosotros a menudo, o esporádicamente, de mayor o de menor gravedad, pero pecaminosos al fin. Acercándonos a diario y con ahinco al Señor, aprenderemos a odiar el pecado como Dios lo odia, a renunciar a él, a echar mano de la gracia divina, para que quede arrancado de nuestro ser. Al mismo tiempo al disponer nuestro corazón ante el trono de la gracia, en actitud de fe y espera confiada en Dios, hemos de darle al Espíritu Santo la oportunidad de ir inscribiendo en él, esas leyes que son un reflejo del carácter de Dios y de la persona de Cristo.

Esto sí le dará a nuestra vida cristiana verdadera solidez y solvencia espiritual, sacándonos de las formas exteriores del Viejo Pacto, para introducirnos en lo que en Hebreos 8: 6, se define con tanto acierto como: “UN MEJOR PACTO ESTABLECIDO SOBRE MEJORES PROMESAS”.

También debemos puntualizar, que esto que venimos diciendo, coincide con el orden divino, a saber: primero viene la palabra oral o hablada, y luego esa misma palabra pasa a ser escrita.

“Estas palabras habló Jehová... y no añadió más. Y las escribió en dos tablas de piedra...” (Deuteronomio 5:22).

En general, el orden humano es a la inversa; por ejemplo, ya sea el político, como el conferenciante en general, primero escriben su discurso o conferencia y después la leen. Esto persigue como fin presentar algo pulido, bien hilvanado y exento de errores. Dios no necesita preparar de antemano, pues habla con absoluta exactitud y no tiene que añadir, quitar o retocar. Y su orden inverso obedece además a dos poderosas razones:

1) “Y dijo Dios: sea la luz, y fue la luz” (Génesis 1:3). La primer palabra hablada por Dios que se nos consigna en los albores de la creación, muchos siglos después pasa a ser escrita fehacientemente por Moisés. La razón es hartamente evidente: para evitar tergiversaciones o desvíos de la palabra original.

2) En el Nuevo Pacto, viene a nosotros primeramente la palabra hablada, aún cuando en algunos casos, pueda venir por la vía de la lectura de lo que está escrito en la misma Biblia, o algún libro o tratado por el cual se recibe el conocimiento de la verdad del evangelio. Esto último, no quita que sea la palabra *hablada* a nuestras vidas, y si le damos cabida en nuestros corazones, y somos consecuentes en nuestro andar con el Señor, el Espíritu Santo la irá escribiendo en nuestros corazones y mentes. Así lograremos la feliz coincidencia, ya señalada más arriba, y que constituye una de las diferencias substanciales entre el régimen del Antiguo Testamento y el del Nuevo. Usando otra expresión muy corriente, la palabra de la ley, como expresión del carácter divino, se hará carne en nosotros.

Extendiéndonos un poco más sobre este orden – primero lo hablado, después lo escrito – creemos que es lo más indicado para siervos de Dios, siempre que se trate de temas normativos de la vida cristiana, a diferencia de libros narrativos, o de alguna otra índole. Nos explicamos: en más de una oportunidad, hemos visto libros escritos por autores

cristianos más bien jóvenes, con una de estas tres particularidades: falta de profundidad y sustancia por la ausencia de una etapa de maduración, o bien una rectificación posterior por haberse cambiado o evolucionado en cuanto a la postura o apreciaciones previas, o peor todavía, una contradicción de lo escrito por una trayectoria posterior incoherente, o hasta de pésimo testimonio.

Por todo esto, estimamos que lo más sabio y acertado es hablar y vivir la palabra por unos buenos años primero, dejando que ella se arraigue y confirme en nuestro interior, a la par que dando al tiempo la oportunidad para corregir los desequilibrios más o menos pronunciados en que, en la fase temprana y media de nuestra experiencia, es común caer en una forma u otra. Así ese acopio de verdades y tesoros recogidos, acrisolado también por las pruebas y el transcurso de los años, y sobre todo, respaldado por una trayectoria clara y consecuente de toda una vida – no unos pocos años – ese acopio, decimos, habrá de resultar añejo y realmente convincente.

Concluimos, resumiendo con la repetición de estas dos breves citas de Hebreos 8:

“...mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas...”(v. 6).

“...Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (versículo 10).

### **Preguntas:**

- 1) ¿Considera usted que la ley de Dios, como expresión de su carácter, está dada en su mente y escrita en su corazón?
- 2) Si considera que en algunos aspectos, todavía no lo está. ¿Se propone usted buscarlo hasta conseguirlo?
- 3) ¿Ha logrado distinguir bien, cuáles son esos aspectos, para enfocarlos frontalmente en su búsqueda?

### **Oración.**

Padre mío, quiero que tu ley, ya dada en mi mente, esté escrita con cada vez mayor nitidez en mi corazón. Mi deseo más profundo es amarte espontáneamente, con un cariño tierno y una confianza implícita en Tu bondad y fidelidad. Perdóname por las veces que he dudado, o me he quejado de Tu trato conmigo, o de las circunstancias que me has permitido atravesar. Llévame progresivamente por tu Espíritu, a un nivel mayor de unidad contigo en lo más hondo de mi ser. Amén.

## CAPITULO V – EL NUEVO PACTO

### **El corazón nuevo y el corazón limpio o purificado.**

Siempre dentro del ámbito del Nuevo Pacto, profetizado en el pasaje clave de Jeremías 31: 31 al 34, nos valemos ahora de otras Escrituras para abarcar nuevos aspectos de este gran tema.

#### ***1) El corazón nuevo.***

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos...”(Ezequiel 36: 26,27).

Deseando dar a las Escrituras el trato sumamente respetuoso que se merecen, hemos de señalar en primer lugar, que este pasaje y todo el contexto del capítulo, van dirigidos al pueblo de Israel en una gran restauración futura que se le promete. No obstante, contiene ingredientes básicos del Nuevo Pacto ratificados en el Nuevo Testamento, sino en términos idénticos, sí con frases o expresiones que en esencia son equivalentes. Veamos:

“...si alguno está en Cristo, nueva criatura es...”(II Corintios 5: 17).

“...habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo...” (Colosenses 3: 9,10).

“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación”(Gálatas 6: 15)

Aunque como decimos, no se usan las mismas palabras – el nuevo corazón – el valor o significado de estas tres citas es equivalente y a continuación de la última, en Gálatas 6: 16, Pablo agrega: “Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos y al Israel de Dios”. Esto nos recuerda que en esta época, los que somos de la fe somos hijos de Abraham (Gálatas 3:7) y por tanto el Israel espiritual.

En el versículo citado de Ezequiel, 36: 26, encontramos el contraste entre el corazón de piedra y el corazón de carne – duro y frío el uno, tierno y cálido el otro. Esto no es ni más ni menos que lo que se experimenta en el verdadero renacimiento: un cambio o trasplante del corazón, por medio del cual, el viejo, endurecido y enfriado por el mal, es reemplazado por el nuevo, que tiene las virtudes de ser sensible y tierno para con Dios y Su palabra y de albergar el verdadero calor del amor divino, que lleva dentro de sí.

Nuestra experiencia pasada, nos recuerda lo triste y grave, que era tener un corazón en ese estado de piedra durísimo y totalmente insensible. Oíamos la palabra de Dios, con nuestra mente entendíamos que era algo noble y sublime, pero el corazón no respondía para nada. ¡Qué dicha la nuestra ese día en que la gracia divina hizo algo en nuestro interior que lo transformó totalmente, para que empezásemos a responder tierna y cálidamente a esa palabra, y así sentirnos y sabernos unidos al Ser Divino en una manera nueva, viva y entrañable!.

“Aún seré solicitado por la casa de Israel para hacerles esto” (36:37). Querido lector, ¿has experimentado tú este bendito trasplante de corazón? Si a ti esto en realidad nunca te ha sucedido, con amor te animo a que busques al Señor de lleno y le pidas en forma solícita y con fe sencilla y viva que Él te de este nuevo corazón, y seguramente El te lo dará – es Su promesa expresa.

Los versículos del Nuevo Testamento que corresponden a esta verdad, nos dan otras facetas de la misma. En Efesios 4: 24, vemos que el nuevo hombre es creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Se trata pues de algo creado por Dios y no del resultado de nuestros ejercicios espirituales, esfuerzos por pulirnos o mejorarnos ni nada de esa índole. Como creación de Dios, responde a Su manera de ser en la gama de todo lo que es justo, santo y verdadero.

“y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10). El mismo principio, con el agregado de la conformidad a la imagen del Creador y la capacidad intrínseca de irse renovando progresivamente hasta la experiencia de llegar a la perfección de la plenitud.

En cuanto a la primera de estas dos cosas, no debemos pasar por alto que esa conformidad a la imagen del Creador, responde precisamente al propósito creativo original formulado en Génesis 1: 26: “...Hagamos el hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...”.

Para eso fuimos fundamentalmente creados: para ser a imagen y semejanza de Dios. La caída del género humano en el pecado con todas sus consecuencias, ha dejado un vacío profundo en el interior, que se trata de llenar y satisfacer con tantas y tantas cosas, que nunca alcanzan a hacerlo. Es sólo cuando el Espíritu Santo hace en nosotros esta obra de regeneración integral, de darnos un nuevo corazón que responde a esa imagen y semejanza divina, que en nuestro interior disfrutamos la íntima satisfacción de comenzar a ser el

hombre o la mujer que Dios ha querido siempre que seamos.

La nueva criatura (II Corintios 5: 17) y la nueva creación en Cristo Jesús (Gálatas 6: 15), nos enfatizan el aspecto de algo totalmente nuevo, sin historia pasada, a diferencia de una reforma, un ajuste en la personalidad, un cambio de actitud o tantas otras variedades del esfuerzo o cultivo propio. Nada de esto último alcanza: - es solamente la obra preciosa del Santo Espíritu, lo que nos brinda esa bendita experiencia de ser nuevas criaturas en Cristo Jesús, con el pasado que queda atrás y una vida nueva que se nos presenta por delante, con todos sus hermosos horizontes. Sobre esto, ver los cinco párrafos finales del capítulo, antes de preguntas y oración.

## **2) *El corazón limpio o purificado.***

“ Crea en mí, oh Dios un corazón limpio y renueva un espíritu recto (o firme o constante) dentro de mí” (Salmo 51: 10).

El Salmo 51 es un pasaje clásico del Antiguo Testamento, en cuanto al genuino arrepentimiento. En el capítulo II ya lo hemos examinado en parte. En él vemos a David derramando su alma ante el Señor con una profundidad y sinceridad ejemplares; todo el Salmo es digno del estudio más detenido y exhaustivo. En él encontramos un alma acongojada y agobiada por la culpabilidad de su pecado y el suplicio de la pérdida de la comunión con el Dios al cual tanto amaba. Pero en vez de quedarse en ese lugar tan angustioso, clama y suplica en niveles progresivos en busca del perdón, la limpieza interior, la recuperación de esa comunión y del gozo, hasta finalmente llegar a la meta de la ofrenda del todo quemada – es decir la vida que una vez restaurada, sólo ha de tener una razón de ser: la de arder sobre el altar de la entrega absoluta, tierna y eternamente agradecida al Dios bueno y perdonador, que tuvo de ella tanta misericordia -. Sin querer detallar ni ahondar más en esto, pasamos a ocuparnos del versículo 10, citado más arriba.

Después de rogar a su Dios que lo lave más y más hasta dejarlo más blanco que la nieve, y le restaure el gozo y la alegría, David prorrumpe en la oración ya citada: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu recto (firme o constante), dentro de mí”.

Su triste caída moral, tiene varias razones a tenerse en cuenta. Era el tiempo de ir los reyes a la guerra, pero él se quedó en Jerusalén, diríamos durmiéndose en los muchos laureles conquistados, abandonando de hecho la disciplina del combate. También notamos que el momento en que fue tentado y cayó, fue a continuación de levantarse de su lecho al caer la tarde, lo que nos sugiere una comida suntuosa y abundante seguida de una siesta prolongada. Todo esto nos presenta una lección muy clara sobre la necesidad de velar siempre, y nunca tomarnos libertades indebidas, sabiendo que tenemos un adversario muy astuto y engañoso, que como león rugiente anda alrededor, buscando a quien devorar.

No obstante, aquí se hace necesario ahondar más y ver que David, advertido de que en esa hora crucial, algo en su corazón le había traicionado profundamente para llevarlo a semejante aberración, lleva su petición un peldaño más arriba, para suplicar al Creador Supremo, que cree dentro de él un corazón limpio. Esto se ha de distinguir y diferenciar de un corazón limpiado, pero que seguiría propenso a volver a ensuciarse. Nos extendemos aquí con ciertas consideraciones que creemos de importancia, antes de seguir con la oración de David. A veces nuestro concepto de la vida cristiana puede asemejarse, como más de una vez hemos señalado en nuestra prédica oral, al ejemplo del limpiaparabrisas de nuestro

coche, siguiendo a un camión un día de lluvia por un camino polvoriento. A menudo a cada movimiento de las gomas del dispositivo, se oye un chillido agudo que parece repetir las palabras: ¡LIMPIO! – ¡SUCIO! – ¡LIMPIO! – ¡SUCIO! como una demostración gráfica de una dualidad muy impropia. Si bien siempre nos restará largo trecho, antes de alcanzar la perfección absoluta y final, en nombre de la verdad, no neguemos el valor de la obra del Calvario, del poder de la sangre de Cristo y la eficacia de la ministración del Espíritu, en restauramos la dignidad de sabernos y sentirnos limpios delante de Dios y de los hombres.

“...Estos son los que ...han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la Sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14). En estos dos términos – lavado y emblanquecido – encontramos una ilustración muy certera de lo que es el corazón limpio a diferencia del corazón limpiado. Podemos tomar una prenda de color marrón terroso – simbolizando al corazón natural dado al pecado – y que por estar sucia, la sometemos a un buen lavado que le quita las manchas y el mal olor. Pero con ese lavado ¿la habremos emblanquecido? Por supuesto que no; para ello habrá que sumergirla, usando el símil del sistema rudimentario de antaño, en un caldero de tintura blanca a alta temperatura y dejar que ésta impregne repetidas veces cada fibra de la trama. Así el tono marrón terroso desaparecerá y en su lugar quedará totalmente emblanquecida. En términos teológicos, lo que a menudo se define como justificación, con perdón y justicia *imputada*, a diferencia de santificación que conlleva la justicia y la santidad *impartidas*.

En una línea paralela, no pocas veces oímos las palabras de Jeremías 17: 9 “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso...”, citadas como para justificar muchos desvíos y carnalidades dentro de la iglesia y como si fuese casi una condición normal del corazón del cristiano. Esto supone un claro desconocimiento de la diferencia de lo que está dentro del antiguo pacto y lo que corresponde al nuevo. Debemos aprender a trazar bien la palabra de verdad y tener bien presente que el régimen del Espíritu y de la gracia, tienen algo mucho mejor para nosotros: no un corazón engañoso y perverso, sino uno nuevo, limpio y puro.

Después de esta larga digresión, volvemos a David. Al pedir en la forma ya señalada, *está anhelando un corazón que en su esencia sea limpio y puro, de tal manera que en la hora de la tentación, en vez de ser proclive a la seducción y al atractivo del pecado, le brote un rechazo categórico y agregaríamos, un odio santo a ese pecado, dándole la espalda en la forma más terminante y abrazándose por elección espontánea y absoluta al gran Dios de su vida.* Eso es lo que entendemos por un corazón limpio o puro.

En ese sentido, y por ese deseo profundo de su parte de lograr una inmunidad, un seguro, si cabe el vocablo, para no reincidir jamás, David formula esta doble petición: un corazón limpio y la renovación de un espíritu recto, o bien firme o constante según otras versiones, dentro de él. La parte primera, ya la hemos definido en el párrafo anterior. En cuanto a la segunda, debemos comprender que el pecado siempre deja hondas secuelas, y una de ellas es debilitar el espíritu y la confianza, lo que nos explica la preocupación de David por su restauración en esto también.

Creemos que en su infinita misericordia Dios le concedió esa doble petición, si bien por la gravedad extrema de su falta, le tocó llevar un castigo punitivo y correctivo por el resto de su vida, y su figura brillante y ejemplar hasta entonces, quedó en algo empañada, con pérdida de autoridad y los muchos quebrantos que debió sobrellevar.

Con ser triste y dolorosa la caída de David, debemos estarle muy agradecidos al

Señor por haberla consignado tan fielmente en la Biblia. Ella y su restauración y trayectoria posterior, tienen un contenido altamente aleccionador que todo hijo de Dios debiera aprovechar y asimilar, a la par que tomar como una clara y solemne advertencia.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”  
(Mateo 5: 8).

“Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones” (Hechos 15: 8 y 9).

Aquí tenemos dos escrituras claves del Nuevo Testamento sobre el corazón limpio o purificado. La primera corresponde al Sermón del Monte, en el cual Jesús le da cabida entre las grandes bienaventuranzas, con el galardón de ver a Dios para los que lo posean.

En cuanto a la segunda, que brotó de los labios del apóstol Pedro, debemos comprender el tiempo y las circunstancias que la rodearon, para una apreciación correcta de su tremendo peso e importancia.

Se habían reunido en Jerusalén los apóstoles y ancianos para tratar el preocupante problema causado por los judaizantes. Al tomar la palabra Pedro, comienza por señalar que hacía ya *algún tiempo* que los gentiles, en la casa de Cornelio, según consta en los Hechos 10, habían oído por su boca la palabra del evangelio y creído. Aquí está el respaldo de un buen lapso de tiempo, que debemos siempre contrastar con lo muy reciente y de lo cual no podemos tomar conclusiones, hasta tanto no se asiente el polvo y podamos ver lo que verdaderamente ha quedado.

Además resulta muy obvio que está comparando la experiencia de la casa de Cornelio, que fue el primer derramamiento sobre los gentiles, con la del principio en el día de Pentecostés sobre los ciento veinte discípulos judíos, que estaban en el aposento alto. Pedro podría haber señalado muchos otros puntos de coincidencia de las dos grandes ocasiones, como el que en ambas todos hablasen en lenguas, o bien todos alabaran y magnificaran a Dios, que en las dos reinaba una sagrada y preciosa presencia de Dios, o que todos podían sentirse llenos de amor y profundamente unidos y hermanados, o en otro plano, que ambas fueron seguidas de un hermoso servicio de bautismo en agua, etc., etc.

No negamos ni el valor ni la importancia de ninguna de estas manifestaciones; muy por el contrario, las atesoramos todas como muy maravillosas y deseables. No obstante, no se nos debe escapar que bajo la inspiración divina, Pedro no escogió ninguna de ellas, sino otras dos que debemos por lo tanto considerar como absolutamente prioritarias y fundamentales:

a) “DÁNDOLES EL ESPIRITU SANTO LO MISMO QUE A NOSOTROS”.

b) “NINGUNA DIFERENCIA HIZO ENTRE NOSOTROS Y ELLOS, PURIFICANDO POR LA FE SUS CORAZONES”.

Un cristianismo, sin que el Espíritu Santo sea claramente dado, siempre ha de resultar incompleto y muy limitado y estrecho. Por esto no queremos decir que siempre se

han de dar inicialmente las mismas señales, pues la historia confirma que en muchísimas oportunidades, ilustres siervos de Dios lo han recibido en formas muy dispares. Lo que sí hubo y siempre ha de haber, es esa inspiración, unción, frescura, virtud celestial, o lo que se le quiera llamar, que muestra inconfundiblemente que el bendito Consolador, está sobre la vida y servicio de un hijo de Dios. Sobre esto, el Espíritu Santo, no nos extendemos, pues estamos en el tema del segundo aspecto, el del corazón purificado.

Estas palabras de Pedro, nos subrayan que ese cristianismo primitivo, del primer siglo, iba acompañado de una clara obra de purificación en la vida y el corazón. Así sucedió el día de Pentecostés, así también en la casa de Cornelio. Concluimos pues, que es evidente que los derramamientos del Espíritu Santo en el libro de los Hechos, aparte de las manifestaciones corrientes y bien conocidas del don de lenguas y profecía, entrañable unidad entre los hermanos y gran fervor y gracia sobre todos, etc., traían aparejado un fuerte contenido de santificación en la vida de los cristianos.

En esta línea acotamos, que a menudo al oír expresiones sobre la necesidad del retorno al cristianismo de la iglesia primitiva, uno descubre que ellas se centran mayormente en la restauración de los ministerios apostólicos y proféticos. No cuestionamos en absoluto la vigencia actual de estos dos ministerios; sin embargo, sería de desear la misma, o aún una mayor inquietud sobre la necesidad de un cristianismo que produzca verdaderos santos, no de determinada postura teológica sino de calidad de vida y conducta. Es decir, personas que, sin dejar de tener sus pies bien puestos sobre la tierra, por su conducta limpia e irreprochable, adornan la sana doctrina, y destilan algo de esa blancura inmaculada del Dios tres veces Santo.

Si pasamos a las epístolas, notamos una fuerte y reiterada insistencia en el mismo sentido. Veamos algunas citas de los escritos paulinos: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, *perfeccionando la santidad* en el temor de Dios” (II corintios 7: 1). Una exhortación muy terminante: en el terreno de la limpieza en el vivir, hemos de buscar ser verdaderos perfeccionistas!

“Pues el propósito de este mandamiento, es el amor nacido de *corazón limpio*, y de buena conciencia, y de fe no fingida,” (I Timoteo 1:5).

“Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de *corazón limpio* invocan al Señor. (II Timoteo 2:22). Hemos de abrazar esas cuatro virtudes cardinales, acompañando en la carrera a otros, que con limpio corazón persiguen la misma meta.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo...”. (I de Tesalonicenses 5:23). Exhortación en forma de oración que viene solventada por el ejemplo dado por Pablo y sus consiervos, según vemos en la misma epístola en el capítulo 2, versículo 10: “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán *santa, justa e irrepreensiblemente* nos comportamos con vosotros los creyentes”.

Lo mismo encontramos en los escritos de Pedro: “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos *en toda vuestra manera de vivir*” y “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la

verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, *de corazón puro*” (I de Pedro 1:15 y 22).

“...Vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado” (I Pedro 4:1).

Juan por su parte nos dice: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” y “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (I Juan 3:3 y 9).

Así hemos extraído de la pluma de los tres apóstoles más insignes del Nuevo Testamento, la enseñanza sobre el corazón limpio o puro, proclamada por Jesús mismo en el Sermón del Monte como ya vimos. Aún cuando la terminología puede variar, la verdad esencial es la misma, y llama la atención el fuerte hincapié con que los cuatro la sustentan – algo que tenemos que agregar con cierto pesar, que raras veces lo encontramos hoy día.

Pasamos ahora a una reflexión final, que denota una preocupación de la que creemos que ningún verdadero siervo del Señor puede desentenderse ligeramente. En la parte atinente al corazón nuevo, en párrafos tales como el que comenta II de Corintios 5:17 y Gálatas 6: 15 bajo el prisma de la nueva creación en Cristo Jesús, la primera reacción del lector será la de entender que ahí estamos encauzados en el plano elemental o básico de la conversión, sencillamente puntualizando cosas que son hartamente sabidas. Esto es verdad, pero con ellas va la inquietante preocupación, que en tantas y tantas de las conversiones que vemos hoy en día, estas señales de genuina novedad de vida, y profunda purificación interior, apenas si aparecen. Y sin querer entrar en un plano polémico, o indebidamente crítico, en muchos casos vemos que los convertidos de la actualidad, aún después de años de lo que se acepta como vida cristiana, incluso desempeñando cargos en las iglesias y ejercitando dones y a veces ministerios públicos, adolecen de esas dos deficiencias ya señaladas en forma que nos parece debería ser alarmante, pero que en muchas partes al parecer pasa desapercibida o se acepta como normal. Verdad que en la iglesia primitiva, también se daban casos como éste, pero hemos de comprender que en un grado mucho, pero mucho menor.

Cerramos expresando la firme convicción, que una de las aportaciones más valiosas al cristianismo actual, sería la de ministrar por la virtud del espíritu, estas verdades de auténtica vida nueva en Cristo. Las mismas conllevan un corte radical con todo lo mundano y torcido, y todo vínculo pasado con el ocultismo\* al par que un aborrecimiento sincero del pecado, que resulte en vidas íntegras delante de Dios y de los hombres.

Comprendemos que en la inmensa mayoría de los casos, todo esto no puede darse en el momento mismo de la conversión, ni mucho menos, pero debería ser una meta prioritaria en la formación y discipulado de cada creyente el llevarlos desde un principio a buscar esos niveles que como hemos visto, se encuentran reflejados con tanta insistencia y firmeza en los escritos del Nuevo Testamento en particular.

El desatender a esto – tenemos que señalarlo con toda franqueza – solo puede llevar a los resultados pobres, decepcionantes, y a veces hasta trágicos, que en no pocas oportunidades se ha tenido que enfrentar.

---

\* Sobre este último particular, nos extendemos en forma más explícita en el capítulo XII.

Que el Señor levante en esta generación, una legión de santos siervos y siervas, capaces de engendrar y forjar por su gracia, vidas de real pureza y rectitud, un ejército uniformado de blanco que responda al carácter y la estampa noble, valiente y santísima de Jesucristo nuestro ejemplo supremo y perfecto.

**Preguntas:**

- 1) ¿Comprende usted bien la diferencia entre un corazón limpiado y un corazón limpio?
- 2) ¿Considera que el Espíritu Santo ha hecho en usted la obra de darle un corazón limpio, según lo definido anteriormente?

**Oración:**

Señor, quiero ser así bien dentro de mi corazón – amando lo bueno, noble, y verdadero – odiando lo torcido y sucio. Ayúdame a empaparme a diario en tu blancura santa y cristalina de tal manera que al menor asomo de la tentación, se levante en mí una repulsa absoluta, un no rotundo que me haga darle totalmente la espalda, al par que me abrace a Ti, con todo mi ser, pues eres Dios mío lo más precioso, amado y sublime en mi vida. Amén.

## **CAPÍTULO VI- EL NUEVO PACTO**

### **La circuncisión.**

Como Jesús le señaló a la multitud de judíos hostiles en Juan 7: 22, la circuncisión no vino a través de Moisés, sino de los patriarcas, específicamente de Abraham, que la recibió del Señor como señal del pacto, según consta en Génesis, capítulo 17. Todo hijo varón debía ser circuncidado al octavo día, aún cuando cayese en sábado, como señal de que estaba dentro del pacto y con el privilegio de gozar de todas las bendiciones que el mismo establecía. Tal era la importancia que Jehová le acordaba al guardarlo, que el varón incircunciso debía ser cortado de su pueblo por haber violado el pacto (Génesis 17: 14). Por otra parte, debemos notar que con cierta frecuencia la circuncisión se usaba como uno de los nombres dados a Israel, el pueblo de Dios (Hechos 10: 45; Romanos 4: 12 y 15: 8 etc.).

Resulta bien sabido que muchos pasajes del Antiguo Testamento, nos hablan alegóricamente a través de lo externo, de lo interno y eterno del Nuevo. La circuncisión no es por cierto ninguna excepción a esta regla, sino que por el contrario, nos lleva en forma clara y con matices muy ricos, a la verdad neotestamentaria del tema, mayormente o casi exclusivamente, a través de la pluma de San Pablo.

Antes de analizar su verdadero significado en cuanto a la vida cristiana a través del simbolismo y la confirmación bíblica de las epístolas paulinas, miremos los principales versículos que encontramos en estas últimas.

“Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo

interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres sino de Dios” (Romanos 2: 28 y 29).

“Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe...” (Romanos 4: 11).

“Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Filipenses 3: 3).

“En Él también fuisteis circuncidados con circuncisión, no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo” (Colosenses 2: 11).

El pacto abrahámico, como se lo suele llamar, constituye un elemento clave dentro del armazón de la gran revelación divina. Como tal reviste enorme importancia, y una idea de esto nos la da el hecho de que Dios quiso darle un triple sello. Efectivamente, en Génesis 15: 18 vemos que, “En aquel día hizo Jehová un pacto con Abraham” y sin entrar en ninguna consideración detallada, hemos de señalar que en esencia hubo en esa oportunidad el sello doble del sacrificio en *los animales* que debió ofrecer al Señor (15: 9), y *del fuego* en el “horno humeando y una antorcha de fuego” que pasaba por entre los animales divididos (15:17).

Pero es como si el Señor no se diese por satisfecho con ello, y dos capítulos más adelante, en el 17, lo ratifica, lo amplía y corrobora con la introducción de un tercer sello, el de *la sangre* por la vía de esta extraña operación: la circuncisión. Entendemos que la misma, desde el punto de vista fisiológico y médico, tiene decididamente su razón de ser, y evidentes beneficios, pero no nos corresponde explayarnos sobre ese aspecto. Sí hemos de enfatizar la profunda sabiduría de nuestro Dios en hacerlo de esta forma, tan distinta de la que cualquier ser humano hubiera concebido o elegido.

En efecto, cabe pensar que cualquiera de nosotros, en un plano natural, hubiese pensado en algo muy diferente: somos tan dados al sentimentalismo, a la emotividad sensiblera, que tal vez se nos habría ocurrido una poesía bonita, un cuadro en colores de algún paisaje bello o una melodía alusiva, sonora, y vibrante. ¡Pero nada de eso con el eterno Dios! En cambio, una operación sangrienta y dolorosa y no en el hombro, la cadera, o la espalda, sino en el miembro viril – aquello que desde el nacimiento al varón lo señala como tal: varón. Tampoco hemos de pensar que era un tajo ligero y superficial que sanaba en pocas horas con solo ponerle una tirita; por el contrario, traía considerable dolor que iba en aumento hasta alcanzar su mayor punto al tercer día, cuando un adulto circuncidado se encontraba prácticamente imposibilitado de toda actividad o tarea física.

¿Por qué esta operación tan extraña? Nadie como nuestro Dios para ver y apreciar las cosas, con su lógica diáfana y sencilla, a la par que penetrante y profunda. El sexo, dado para la reproducción del género humano, como así también para el consuelo, deleite y unificación en el amor del varón y la mujer, fue sin duda algo hermoso, sabio y hasta diríamos sublime, dado por el creador a su criatura predilecta, el ser humano. Al abrirse Adán y Eva a la serpiente, con la consiguiente caída en el pecado, ese enemigo astuto y malvado, invadió con su ponzoña horrorosa todos los niveles de la vida humana – el espiritual, anímico, emocional, mental y físico-. Y quizá donde su odio infernal más se

derramó, fue en eso tan sabio y maravilloso que constituye el sexo, buscando envilecerlo a ultranza, con las perversiones que han supuesto y suponen hasta el presente un horrible drama en el planeta tierra, manchado y flagelado a la enésima potencia por sus diversas variantes, a saber: la fornicación, el adulterio, la homosexualidad, el lesbianismo y otras que preferimos no mencionar.

La circuncisión señala en primer lugar a eso, pero por extensión abarca también en forma genérica toda codicia indebida, lascivia y deseo inmoderado. Vemos aquí, el contraste total entre el diablo y Dios: el primero, ofrece cuanto deleite y placer uno quiera, para satisfacer los instintos más bajos y ruines, y así arrastrar a las almas a la destrucción y perdición eterna. Nuestro Dios en cambio no vacila en hacernos doler, sangrar y llorar, con tal de quitar ese tumor maligno, esa plaga horrible y convertirnos en hombres dignos que saben guardar su vaso en santidad.

Eso lo definimos como personas que, espiritualmente hablando, han sido quirúrgicamente intervenidas, pero no dejando por eso en ninguna manera de ser hombres, varones de verdad, más con esa salvedad, expresa y terminante, de que aquello con que se nació, expresado a través del miembro viril, y también de los ojos, la mente y el corazón, se ha de guardar como un sagrado depósito, para el Dios que lo dio en primer lugar, y también para la ayuda idónea con la cual, con su sabia bondad, nos quiso bendecir.

¡Cuánta falta hace hoy día, que el mensaje de esta verdad de la circuncisión, sea plenamente absorbido y se proclame a viva voz y con el acento más firme y solemne! ¡Cuántas caídas morales, con sus trágicas secuelas de toda índole, se podrían así evitar!

Pero sigamos desarrollando el tema: en Romanos 2: 29, se nos dice que “La circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra” y en Colosenses 2: 11, como ya vimos “Fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal en la circuncisión de Cristo”.

Esto nos confirma con claridad incuestionable la alegoría precisa de la circuncisión del pacto abrahámico. “La circuncisión de Cristo” nos lleva claramente a la cruz del Calvario, donde esos misterios insondables y esos tesoros infinitos de gracia, sabiduría y poder brotan como de una fuente inagotable y eterna.

Allí, estrechamente relacionado con el capítulo siguiente, vemos que, además de tantas otras cosas que quedaron cumplidas y selladas, se encuentra ésta, la de la cirugía divina, el bisturí del Gólgota, no hecho de mano sino por la obra del Espíritu Santo, que con una incisión precisa, un tajo certero y único “echa de nosotros el cuerpo pecaminoso carnal”. Esto es sin duda, ni cuestionamiento verdadero, lo que nos está diciendo Pablo a través de estas dos escrituras inspiradas.

Pero en la práctica ¿Cómo funciona esto? En la misma epístola a los Colosenses, capítulo 3: 5, leemos: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría”.

Por nuestra clara comprensión mental, por el ejercicio decidido de nuestra voluntad que mana de un muy saludable odio a esas cosas y por una apropiación personal concreta por la fe, logramos que lo que ya ha sido hecho a favor nuestro en el Calvario, se encarne realmente en nuestras vidas.

Debemos notar el lenguaje drástico de la Escritura: no dice “tened a raya”, “procurad dominar”, “manteneos por encima de esas cosas”, sino HACED MORIR. En

Romanos 8:13, encontramos la misma expresión, con el agregado de que se debe hacer por el Espíritu – no que el Espíritu debe hacerlo Él, sino nosotros por el Espíritu: “...más si por el Espíritu, *hacéis morir* las obras de la carne, viviréis”.

Para algunos, esto podrá parecer a primera vista, demasiado radical, hasta rayando en extremismo peligroso, pero creemos que un razonamiento pragmático y sencillo servirá para disipar toda duda.

Tomemos el caso por ejemplo de dos vicios muy corrientes: el tabaco y el alcohol ¿Acaso no hemos visto en muchísimos casos como personas fuertemente aprisionadas en ellos, han sido limpia y totalmente liberadas?. Y no solo eso, sino que toda atracción hacia el vicio en sí, ha desaparecido por completo y hasta se lo detesta, de tal manera que podemos decir que por el Espíritu lo han hecho morir en forma efectiva. Y si esto es verdad y es posible – como incuestionablemente lo es – en el terreno del tabaco y el alcohol, seguramente que lo será también en el de la lascivia, la lujuria, la avaricia y toda otra obra de la carne.

En otras palabras, estamos afirmando que por la virtud de la gracia en nuestras vidas, se puede llegar a ese punto drástico y radical de hacer morir esas cosas y vivir en verdadera limpieza, y no solo eso, sino que se nos exhorta claramente en las Escrituras a hacerlo. Es decir, que se puede y se debe ser libre de esas viejas tendencias carnales, mundanas y torcidas, cualquiera sea su índole.

Naturalmente, que llegado a ese punto de hacer morir esas obras de la carne, siempre será necesario un andar prudente, cuidando de no tomarse libertades impropias que pueden resultar peligrosas; en ninguna forma estamos hablando de una posición extrema de ya *no poder* pecar. Pero con esa salvedad, esa expresión “*haced morir*”, la equiparamos con lo que Jesús dijo en Juan 8: 34 y 36 “... De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, (tiempo de verbo presente continuo, literalmente “está haciendo pecado”) esclavo es del pecado...” “Así que, si el Hijo os libertare, *seréis verdaderamente libres*”.

Que esto venga como agua de manantial, fresca y cristalina, a nuestros corazones, como un evangelio bendito, una nueva gratísima y maravillosa. La tiranía del pecado ha sido rota en todas sus formas y matices por el colosal vencedor del Calvario, y sus siervos y siervas, plenamente liberados y restaurados, podemos vivir por su gracia en la dignidad de la rectitud y santidad delante de nuestro Dios y de nuestros semejantes.

En lugar de las acostumbradas preguntas, concluimos el capítulo con unos párrafos dirigidos expresamente a esos consiervos y hermanos en Cristo anónimos, que leyendo estas líneas, son conscientes de un problema de este tipo no totalmente superado. Lo hacemos con amor y respeto, y también creemos que con la debida mansedumbre identificándonos con ellos bajo el común denominador de pecadores rescatados del fango y la miseria, en una forma u otra, por la misericordia infinita de nuestro Dios.

Como ya hemos dicho, la circuncisión se extiende para abarcar en forma genérica, a todo lo que sea lujuria, codicia carnal y lascivia. No obstante, por la misma naturaleza del simbolismo que trae, no cabe duda que está enfocada en forma primaria y prioritaria a esos excesos y desvíos en el aspecto sexual. Y nos dirigimos, en esa actitud del párrafo precedente, a quienes saben, casi seguramente en forma secreta, tener problemas en ese sentido: la mirada, que se escapa casi sin que se pueda evitar, o instintos latentes que llevan a hacer pensar en, y sentir por, otra u otras mujeres; o quizás síntomas aún más graves, que no viene al caso enumerar.

Lo corriente es que mientras el estado de ánimo sea bueno y la actividad de la vida cristiana y aún el ministerio vayan bien encaminados, se mantengan a raya las tendencias antedichas, y el problema se vaya superando. Pero por otra parte, al venir esos ratos de debilidad, eso que comúnmente llamamos los “bajones”, el peligro aflora, como un enemigo que está al acecho para dar un zarpazo mortal.

Por supuesto que en una situación así, no es ni sabio, ni prudente desentenderse de la verdad de las cosas, pues hay mucho, mucho que perder: el matrimonio, el hogar, los hijos, el testimonio y el ministerio, para quien lo tenga, y mucho más también; está todo en juego y con peligro de mancharse y romperse.

Por eso – reiterando nuestra actitud de amor, respeto y humildad – ofrecemos esta consejería, que puede quedar tan estrictamente privada, que nadie más que el lector interesado y el Señor se enteren; ni siquiera, el autor de estas líneas.

Se trata de entendérselas con Jesús, que para este caso, se presenta como el cirujano espiritual por excelencia. Él sabe que es necesario operar, puesto que ni los paños tibios, ni los ungüentos, ni pomadas valen para el caso. Pero, necesita tu consentimiento absoluto, que te lleve a someterte totalmente a Él, así como el paciente a ser intervenido, se pone incondicional y confiadamente en manos de quien lo va a operar.

Así como antes de casi todas las operaciones, es preciso que el paciente se someta a una preparación previa, así tendrás que hacer tú. ¿Cómo? En primer lugar, enfrentando la verdad cruda, de que en esos síntomas tienes un brote maligno, que es un enemigo declarado de tu alma, y que es muy urgente e importante que sea quitado. En segundo lugar, por la búsqueda del rostro de tu Dios y de la comunión con Él y con la ayuda del Espíritu Santo, alcanzar el punto que lo aborreces, y no quieres vivir un día más con esa plaga en tu ser. Aquí no podemos menos que enfatizar fuertemente el ejercicio decidido y concreto de la voluntad, pues se puede estar en una dualidad en la cual se clama al Señor por liberación, pero sutilmente escondido en el corazón, sigue habiendo un deseo o atracción hacia esa seducción, que impedirá que el Espíritu de verdad pueda actuar.

Llegado a ese punto, de saber que de veras lo odias y no lo quieres más en tu vida – insistimos que en esto hay que ser radical y total – puedes pasar al tercer punto, el de la fe. Para ello, te tendemos el puente de estas palabras de la misma boca de Jesús:

“Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada” (Mateo 15:13).

Confiando totalmente en Él, entrégale en forma absoluta, esa planta mala que no plantó el Padre celestial en tu vida, pidiéndole con fe sencilla que sea desarraigada según su propia palabra, y sin buscar señales, emotividad o ninguna otra manifestación externa, recibe su preciosa palabra: “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29).

Y ahora, con una mirada nueva, comienza a ver a tu querida esposa, más hermosa, y encantadora que nunca, ámala como Él te manda en Su palabra que la ames, y vive y disfruta a su lado en la dicha del amor puro y fiel.

### **Oración:**

Gracias Señor Jesús, que todo ese Edén perdido en ese primer Adán, lo recuperamos con creces en Ti, el último Adán. Depositamos a tus pies, todo resto de

perversión, infidelidad o impureza y recibimos en cambio de Ti mismo, esa nobleza, lealtad y rectitud que nos ofreces a cambio, para vivir de hoy en adelante en amor, libertad y limpieza delante de Ti. Para la gloria de Tu Nombre. Amén

## **CAPÍTULO VII – EL NUEVO PACTO**

### **La muerte del Viejo Hombre. Crucificado con Cristo**

Aunque el tema de este capítulo en esencia abarca la misma verdad que el anterior, sobre la circuncisión, sin embargo aquí se lo presenta a través de otro prisma, también claramente bíblico, y que nos ayuda a ahondar nuestra comprensión al par que ampliar nuestros horizontes.

Lo que comúnmente se llama “la naturaleza caída” (y a veces “adánica”) en el Nuevo Testamento recibe varios nombres distintos, a saber:

- 1.- La carne.- Romanos 8:1,4,5 etc.; Gálatas 5:17 y muchos versículos más.
- 2.- El viejo hombre.- Romanos 6:6; Efesios 4:22 y Colosenses 3:9.
- 3.- El cuerpo de pecado.- Romanos 6:6.
- 4.- El cuerpo de muerte.- Romanos 7:24.
- 5.- El cuerpo pecaminoso carnal.- Colosenses 2:11.

Resulta importante diferenciar entre esto – la naturaleza carnal, para darle otro nombre genérico – y nuestro yo. Esto último, tomado con prescindencia del pecado en sí, supone nuestra personalidad, estilo e idiosincrasia particular, con todo lo cual hemos sido creados por Dios y para Él. Siempre y cuando la voluntad de Dios y el bien del prójimo se le antepongan, ese yo no tiene por qué ser pecaminoso ni inaceptable, antes bien, en su lugar correcto será siempre esa expresión única en toda la historia y todo el universo, de algo precioso creado por el Señor para Su propio deleite y satisfacción. El problema se presenta cuando el yo no guarda ese lugar de supeditarse a Dios y al bien de nuestros

semejantes, pues entonces sí sus actuaciones se vuelven carnales y pecaminosas. En ese sentido debemos recordar que Jesús, en varias ocasiones, al hablar de la necesidad de tomar la cruz para seguirle, añadió “niéguese a sí mismo” (Mateo 16:24; Marcos 8:34; Lucas 9:23). Esto es muy distinto de hacer morir, exterminar o aún anular, pues nuestro yo, en lo que supone la personalidad, el estilo y la idiosincrasia, según ya se ha dicho, no ha sido creado para eso, sino para darle el correcto funcionamiento que hará de nuestras vidas aquello que Dios ha deseado y planificado que sean.

La carne, por otra parte, es nuestra naturaleza corrompida, heredada de nuestros padres terrenales, y en última instancia, de Adán y Eva, que se abrieron a la ponzoña de la serpiente en el huerto del Edén. La misma tiende al pecado y al mal invariablemente, aún cuando a veces presente apariencia de bondad, piedad o justicia. Dios reconoce en ella un engendro verdaderamente satánico y por consiguiente no tiene para ella ningún plan ni futuro, sino que por el contrario le ha pronunciado una sentencia de muerte categórica y final en el Calvario.

“Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6).

Pablo presenta esto como una verdad concreta y absoluta, sobre la cual hay que obrar en un sentido doble:

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús ” y “ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6: 11 y 13).

Por una parte, contarnos como muertos al pecado y no presentarle más nuestras facultades, ya sea mentales, emocionales o físicas, para servirle como lo hacíamos antes; por la otra, considerarnos vivos a Dios en Cristo Jesús – con las mismas manos, pies, ojos, mente y corazón – pero ahora para servirle a Él como vivos de entre los muertos, en justicia y limpieza. Hacia el final del capítulo, en el versículo 22, se nos da el corolario de esto, que es vivir libertados del pecado para ser hechos siervos de Dios, teniendo como fruto la santificación y como fin la vida eterna, todo en escala progresiva, sencilla y lógica.

En Gálatas 5:24 encontramos el mismo principio visto también desde la perspectiva de nuestra apropiación práctica de lo hecho a favor nuestro por Jesucristo en la cruz: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”. Es decir, que el planteo es equivalente al que vimos con respecto a la circuncisión en el capítulo anterior: por un lado lo hecho eternamente a nuestro favor en el madero y por el otro nuestra alineación total con ello a través de nuestra voluntad, rechazo del mal y fe real en aquello ya hecho a favor nuestro.

Para mayor abundamiento, es la misma forma en que funciona al venir uno al Señor en primera instancia, en el plano elemental del perdón de nuestros pecados. Efectivamente, el castigo de ellos ya fue llevado en ese sacrificio único y suficiente consumado en el Gólgota, pero para entrar a disfrutar de sus beneficios de perdón, reconciliación y justificación, fue necesario que por nuestra voluntad y fe echásemos mano en forma personal y concreta de todo ello. Con el agregado, por supuesto, que el no hacer esto último, habría supuesto el privarnos totalmente de dichos beneficios.

La mente natural tiene dificultades en comprender y aceptar todo esto, que en los términos de Isaías 28: 21 resulta “... su obra, su extraña obra, y ... su operación, su extraña operación”.

Mis pecados, cometidos apenas hace unos años, en este siglo XX ¿Y ya fueron llevados por Jesús sobre sus hombros, hace casi 2000 años? Mi naturaleza pecaminosa – mi viejo hombre – nacido hace unos pocos años ¿Y ya crucificado juntamente con Cristo, casi 2000 años antes de haber nacido? ¿Y todo esto en Jerusalén, donde muchos de nosotros nunca hemos puesto los pies! De veras nuestra lógica humana y finita lo encuentra difícil de encajar.

No obstante, creemos que hay una explicación que aún siendo espiritual, resulta clara y sencilla de entender.

El problema nuestro para comprenderlo es el de vivir en dos limitaciones definidas, que son las de espacio y tiempo. Efectivamente, no podemos estar simultáneamente en Barcelona, Madrid o Buenos Aires, por un lado y a la vez en Jerusalén. Tampoco podemos desplazarnos hacia atrás ni hacia adelante en función de tiempo, pues vivimos en el presente, en el ahora.

Dios por el contrario, siendo Espíritu y eterno, no está condicionado por ninguno de estos dos factores. Él es omnipresente, es decir que está en todas partes al mismo tiempo, y a la vez mora en la eternidad, tanto pasada como futura, al par que en el presente, aún cuando esto último nos cueste captarlo con nitidez.

Ahora bien, la obra de Jesucristo y su sacrificio fueron efectuados por Él por una parte en carne viva, afrontando todo el peso y la agonía que supuso para Él. Pero por otra parte, se ofreció por el Espíritu Eterno, según Hebreos 9: 14, y esa obra y ese sacrificio – y esto lo debemos tener presente y entender con toda claridad – FUERON HECHOS EN EL ESPÍRITU. Por consiguiente, no están condicionados por ninguna de esas dos limitaciones, de manera que al haber de nuestra parte una respuesta favorable, alineándonos firme y decididamente con lo hecho por Jesús en el Calvario, esa obra y esa operación transponen los límites de espacio y de tiempo – y así el Espíritu Santo las trae a nuestra vida y experiencia en el lugar donde nos encontramos y en el punto de tiempo en que vivimos –.

En este tema, como en muchos otros, existe siempre la posibilidad de que se lo comprenda como un dogma, una doctrina a la cual se le da plena aprobación, pero sin ese hálito vivificante del Espíritu que lo haga funcionar en forma efectiva. Por eso debemos puntualizar la necesidad de un trato personal de Dios con cada uno, haciéndonos dar cuenta plenamente de nuestra corrupción y miseria, no ya como pecadores que necesitan convertirse, sino como cristianos que tienen tanto que andar todavía para llegar al verdadero camino del Espíritu y la santidad. Solo así, profundamente quebrantados por Él, podremos buscarle con absoluta urgencia y sinceridad, y posibilitarle en esa forma que haga esa obra tan necesaria en nuestras vidas.

“Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29: 13).

El autor no puede sino concluir contando algo de su experiencia en este sentido. Naturalmente, lo hace consciente de que el trato de Dios con uno mismo no tiene necesariamente por qué ser igual con otros, si bien hay aspectos fundamentales que en una

forma u otra habrán de darse en todos los casos.

Unos buenos años atrás, llevando un buen tiempo como creyente y estando ya en cierta medida en el ministerio, aunque no a pleno tiempo, el Espíritu Santo comenzó a quebrantarme, a desenterrar cosas de mi pasado, a hacerme ver mi naturaleza carnal en toda su horrible bajeza. Fue un proceso que se prolongó por varios meses y resultó tan demoledor y desgarrante, que llegué a un punto de sentirme con asco y náuseas al ver a mi viejo hombre en su horrorosa realidad – con vanidad, rebeldía e inmundicia en una proyección que jamás me había imaginado –. En un momento dado no pude menos que echarme sobre la alfombra de mi oficina – fue en la ciudad de Manchester un sábado por la mañana – y extenderme totalmente en forma horizontal, en actitud de identificación en la manera más tangible y real, con la muerte y sepultura de Cristo. Viendo y entendiendo ahora de verdad lo que había sido mi viejo hombre – vergonzoso, ruin y vil a más no poder – no pude menos que desear con todo mi ser su muerte y sepultura total, comprendiendo como nunca antes cuan sabia y acertada había sido la sentencia de muerte que Dios le había dictado en el Calvario. Para algo tan malvado y corrompido, era la única solución y desde luego supuso una bendita liberación. Aunque de ahí en más he tenido, con el correr de los años, que confirmar muchas veces ese abrazar de la cruz de Cristo, aquella experiencia bajo la mano poderosa de Dios marcó un hito importante en mi vida y ha dejado huellas indelebles de bendición y ensanchamiento.

### **Oración:**

Amado Señor, desengáñanos si aun albergamos sentimientos o ideas de justicia, integridad y bondad como de nosotros mismos. Guárdanos también del lazo de querer crear una imagen importante y hermosa de nuestra persona ante los demás. Así como lo hiciste con Job, tómanos con tu mano diestra y sabia; trata con nuestra vanidad, torceduras y caminos engañosos de tal manera, que como Job lleguemos a aborrecernos a nosotros mismos y a morir a tus pies, profundamente arrepentidos. Y como lo hiciste con Job, levántanos a una nueva vida, brotada de Ti mismo, en la que seguramente nos darás todo ese bien que tienes reservado para nosotros en tu corazón. Amén.

## CAPITULO VIII – EL NUEVO PACTO

### “ Ahora somos hijos de Dios” - I Juan 3:2.

Una de las mayores glorias del Nuevo Pacto es que nos constituye en hijos de Dios, con todo el incalculable bien que esto supone.

Antes de entrar de lleno en la consideración de esta bendita y riquísima verdad, notemos que en la Escritura se reconocen tres escalas distintas de hijos:

1.- **Por creación:** “¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?” - (Malaquías 2:10) - “Jesús... hijo, según se creía, de José, hijo de Elí”...“hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios”, (Lucas 3:23 y 38)\*.

En este primer nivel, según se desprende claramente de los versículos citados, hay un reconocimiento de la paternidad de Dios sobre todo ser humano por creación. Naturalmente que al testificar a personas inconversas, si surgiere el tema en la conversación, sería más sabio usar la palabra criatura en lugar de hijo, ya que esta última podría comunicar la idea equivocada de ya estar bien con Dios, sin la necesidad del arrepentimiento y la conversión. No obstante, para los fines nuestros en este contexto, esta primera escala debe quedar bien establecida y comprendida.

---

\*Si bien en Lucas 3:38 la palabra hijo debiera estar en bastardilla por no figurar en el original griego, en el versículo 23, de donde comienza la genealogía, sí que la encontramos la primera vez, lo cual la convalida en forma tácita para todo el resto del pasaje.

2.- **Por adopción:** “...israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas” (Romanos 9:4).

Cuando un matrimonio adopta un hijo, le da techo, comida, educación, su propio apellido o apellidos, y también normalmente todo el cariño y buen ejemplo de que son capaces. Pero hay una cosa que a ese hijo no le podrán dar y es la vida en sí, pues ya la ha recibido de sus verdaderos padres.

Algunas veces, la adopción trae resultados felices, con hijos adoptivos que llegan a ser personas correctas e incluso hombres de bien humanamente hablando. No obstante, en un buen número de casos, aún después de una siembra de amor y tierno cuidado por unos buenos años, al llegar a la adolescencia o juventud, el hijo adoptivo sale siendo mentiroso o se inclina por malas compañías, para seguir así una trayectoria que trae mucho dolor y tristeza a la pareja que con tanta bondad y altruismo lo había adoptado.

¿Cómo se explica esto? La razón clarísima es que esa criatura llevaba en la sangre, del engendro de sus verdaderos padres, algo decididamente proclive al mal y que, a la hora de la verdad, ha sido más fuerte que todo el tierno cuidado y buen consejo recibido por años. En otras palabras, el factor genético o hereditario, que juega en muchos casos un papel preponderante.

Esto fue en realidad lo que pasó con el pueblo de Israel, adoptado por el Señor y cuya historia constituye una lección importantísima en este sentido que no se nos debe pasar por alto.

Efectivamente, en el orden del Antiguo Testamento, Israel fue adoptado por Dios, enseñado en sus caminos, recibió la ley mosaica con todos sus sabios preceptos y además disfrutó de la provisión y protección divina y tuvo el privilegio de experimentar muchos y portentosos milagros. No obstante, exceptuando honrosas excepciones, el hilo histórico nos da una triste secuela de idolatría y desobediencia, hasta el punto de tener que ser llevados al cautiverio, siendo el templo quemado y destruido por las huestes de Nabucodonosor, como juicio y castigo del Señor.

Si bien es cierto que hubo un retorno de un remanente en tiempos de Zorobabel, de Esdras y Nehemías, la rebeldía e infidelidad persistieron posteriormente y muy significativamente, vemos que la última palabra con que termina el libro de Malaquías, al final del Antiguo Testamento, es maldición.

Queda por supuesto una promesa de una gloriosa restauración futura, pero entre tanto, la gran mayoría hoy día se encuentran dispersados por muchas partes del mundo, rechazando a Cristo, y en muchos casos, totalmente entregados al materialismo.

3.- **Por renacimiento:** En Juan 3: 16, ese versículo tan bien conocido, que a veces se lo llama el Evangelio en miniatura, Jesús se nombra a Sí mismo como el HIJO UNIGENITO de Dios. Como sabemos, esta palabra es una contracción de dos: “uni”, usada en lugar de único y “génito” o engendrado. Esto nos presenta la verdad fundamental y que debemos tener muy clara, que hasta entonces, si bien Dios tenía muchos hijos por creación y muchos también por adopción externa, tenía *un solo* hijo propio, engendrado de Sus mismas entrañas – Jesucristo, el Hijo Eterno, con el nombre tan apropiado de Hijo Unigénito que Él mismo se da.

Posteriormente, en Romanos 8: 29, bajo la inspiración del Espíritu Santo, Pablo lo llama: "...el PRIMOGÉNITO entre muchos hermanos". Este vocablo lo presenta no ya como el único, sino como el primero entre muchos otros. Desde luego que esto no lo disminuye en lo más mínimo, antes bien lo ensalza aún más, porque es por Su gracia y Su obra maravillosa que esos muchos otros pueden ser ahora lo que Él fue y será eternamente – HIJO PROPIO, ENGENDRADO DEL SER DIVINO.

Y lo que queda así establecido es que, después del Calvario y venido Pentecostés, aparece esta *tercer escala* de hijos no creados, no adoptivos o si lo son, no por adopción externa en todo caso, sino por renacimiento, un segundo nacimiento, no de carne ni sangre, sino de Dios, que los hace hijos propios de El y participantes de la naturaleza divina.

Vemos en todo esto, dicho sea de paso, un orden progresivo ascendente: primero el hombre creado por Dios del polvo de la tierra, su pieza predilecta de la creación, si cabe la expresión, como un ser maravillosamente dotado en todo lo que representa el organismo físico, mental y emocional del ser humano. En segundo lugar esa adopción del pueblo de Israel y las glorias y profundidades de Su sabiduría y misericordia, a la par que de Su santidad y severidad, en el trato con él a través de los siglos. Por último, por medio del indecible sacrificio del Calvario y por la resurrección y Pentecostés, Dios despliega toda esa misma gama pero a un nivel mucho más alto, engendrando y reproduciendo hijos de verdad, propios de El, con el tesoro incalculable de Su misma naturaleza y carácter, aunque contenido dentro del vaso de barro que todavía seguimos siendo.

En la primera página del Génesis, capítulo 1: 11 leemos: "Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto *según su género*, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así"

Esto nos da un principio absolutamente básico y de importancia muy grande para la comprensión de muchos aspectos de la vida, tanto natural como espiritual. Lo podemos sintetizar diciendo que *cada cosa reproduce según su género o especie*, y esto que primero aparece en el reino vegetal, Dios luego lo traslada al reino animal, al género humano y finalmente al reino espiritual, también en armoniosa escala ascendente.

Apliquemos el principio a dos grandes varones del Antiguo Testamento: Moisés y Elías. Con ser tantas cosas – legislador, intercesor, líder, etc.– Moisés fue por encima de todo *siervo del Señor*: "No así a *mi siervo Moisés*, que es fiel en toda mi casa" (Números 12:7) y "...Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, *como siervo...*" (Hebreos 3: 5). (Ente paréntesis, digamos que ser verdadero siervo de Dios es una dignísima honra; pero aquí lo que se contrasta es la superioridad digamos del rango y la posición de Jesús, como Hijo sobre Su propia casa).

Ahora bien, bajo su sombra y tutela, Moisés reprodujo a Josué, hijo de Nun, guerrero colosal, líder ejemplar también, pero a la hora de la verdad, llamado también por la Escritura "...Josué hijo de Nun, *siervo de Jehová...*" (Josué 24:29) es decir, lo mismo que en esencia fue Moisés.

El caso de Elías es todavía más claro: como profeta ilustrísimo del Señor, formó y reprodujo otro gran profeta del Señor, en la persona de Eliseo su sucesor.

Esto nos ayudará a comprender ahora, que siendo Jesucristo el Hijo Unigénito de Dios – el único como queda dicho más arriba – Él, y solamente Él, podía darnos esta gloria de *ser hijos de Dios engendrados*, pues resulta a todas luces evidente que nadie puede

dar a otro lo que no es ni lo que no tiene.

Siguiendo la simple analogía, por ser Sumo Sacerdote, Él nos ha podido hacer sacerdotes para Dios y, por ser Rey de Reyes, nos ha podido constituir a nosotros en reyes para Dios. Y para el tema que estamos tratando, por ser Hijo Eterno, engendrado de la misma sustancia del Ser Divino, Él puede conferirnos esa altísima honra de ser nosotros también hijos propios, engendrados – no tan solo creados, ni adoptados externamente – pues nos ha reproducido según su especie y género, según la norma clave de Génesis capítulo 1 que ya señalamos.

Pero esta reproducción no ha sido algo fácil ni mucho menos ligero o superficial. “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24).

En el símil empleado por el mismo Jesús, Él, como el grano de trigo precioso y perfecto, tuvo que abrazar la muerte, ¡y qué muerte! y ser sepultado, para así poder levantarse en resurrección. De esta manera siguiendo la figura por El utilizada, pasó a ser la nueva planta de trigo, fecunda como ninguna, que ha podido llevar ese fruto abundante y maravilloso: millones y millones de hombres y mujeres que hemos dejado de ser cizaña engañosa, para ser depositarios en vez, por el engendro de Su vida en nosotros, de trigo precioso y perfecto a semejanza de Él.

Como Pablo tan bien dice: “...tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (II de Corintios 4: 7).

En verdad, se trata de un depósito sagrado y glorioso. Dentro de nuestro ser, ¡con lo mucho que todavía tenemos que andar y aprender, mora sin embargo nada menos que un engendro de la vida divina, con todo su potencial de eternidad, incorruptibilidad, santidad, amor y todas las demás cualidades y virtudes de Dios mismo! ¡Cuán altamente agraciados y bienaventurados somos como depositarios de semejante gracia! ¡Y cómo la comprensión y valoración plena de todo esto, debiera revolucionar nuestras vidas, ampliar nuestros horizontes y ensanchar nuestros espíritus!

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: “ ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15). “...a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4: 5 y 6).

En primer lugar debemos insistir en que la adopción del Nuevo Testamento no es como la del Antiguo, a nivel externo, ni tampoco algo meramente legal; se basa en el renacimiento y el ser participantes de la naturaleza divina, lo que, como ya se ha dicho, nos hace hijos propios y de verdad. Y dicho sea de paso, esta es una de las diferencias fundamentales entre los dos testamentos: en el Antiguo, el obrar de Dios es mayormente a nivel externo, mientras que en el Nuevo se desenvuelve en lo más profundo del ser.

En segundo lugar, en los dos versículos que hemos citado aparecen las palabras ¡Abba, Padre!, que solo figuran en una tercera Escritura, Marcos 14:36, en este caso pronunciadas por Jesús mismo. Abba es un vocablo siríaco que no tiene traducción precisa a nuestro idioma y que denota tierno y reverencial amor filial. Buscando una definición espiritual, diríamos que es un acercarse en esa forma a un Padre del cual sabemos que hemos nacido y al cual pertenecemos de verdad.

Más de una vez hemos recomendado como un muy saludable ejercicio espiritual dirigirnos a nuestro Padre con estas dos palabras: ¡Abba, Padre! escuchándonos a nosotros mismos con atención, pero sin dejar de centrarnos en El. Puede que al principio suenen un poco vacías o carentes de vida, pero debemos insistir en buscar la ayuda del Espíritu hasta que notemos que nos salgan con toda claridad y limpieza, brotando de lo más íntimo del ser. Notemos que en un versículo Pablo dice: "...clamamos" (nosotros), y en otro, "...el Espíritu de Su Hijo, el cual clama". En esto vemos la compenetración correcta de las dos partes, nuestra voluntad y cooperación consciente en darnos a ese clamor, y la operación de la virtud del Espíritu, que le otorga sustancia y vida.

En el Nuevo Testamento, en el original griego encontramos tres palabras distintas con acepción de hijos:

- 1.- I Corintios 3:1; Hebreos 5:13; I Pedro 2:2, – bebés o criaturas en la tierna infancia;
- 2.- Romanos 8:16; I Juan 3:1, etc. – niños.
- 3.- Romanos 8:14; Efesios 1:5, etc. – hijos, con mayoría de edad y plenamente responsables.

Las tres llevan el sentido de la tercer escala que hemos visto, es decir hijos por renacimiento, y reflejan los distintos estados de desarrollo espiritual.

Naturalmente que el aspecto del crecimiento y progreso es muy vasto e importante; muchos son los factores que intervienen, y entrar en un desarrollo detallado y minucioso de todos ellos sería muy extenso, y no está en nuestro ánimo el hacerlo ahora, a pesar de que esto pueda hacer parecer incompleto el trato que damos al tema. No obstante, de momento nos damos por satisfechos con lo expuesto hasta aquí y resumimos sintéticamente:

UN VERDADERO HIJO NO SE CREA NI SE ADOPTA (exteriormente o en forma meramente legal) SINO QUE NACE, Y ESTO DEL ESPÍRITU Y DE LO ALTO.

### **Preguntas:**

- 1) ¿Por qué cree Ud. que dijo Jesús que con no haber otro mayor que Juan el Bautista entre los nacidos de mujer, el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él? (Lucas 7:28).
- 2) ¿Es Ud. consciente del clamor del Espíritu ¡Abba, Padre! brotando de lo hondo de su corazón, al ponerse en comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo?
- 3) ¿Ha practicado Ud. alguna vez el ejercicio espiritual de pronunciar ese clamor, escuchando con atención hasta que le salga límpido y vivo, de la profundidad de su ser?

### **Oración:**

Te doy infinitas gracias, Padre celestial, por el inmenso honor y privilegio de ser un hijo tuyo, nacido de lo alto por tu Espíritu, y por saberme, por tu gracia indecible, un hijo bien nacido. Ayúdame a madurar de tal manera que en todo mi vivir yo te satisfaga a Tí.

¡Abba, Padre! quiero ser un hijo fiel que refleje la nobleza, mansedumbre y amor de mi maravilloso hermano mayor Jesucristo. Amén.

## **CAPÍTULO IX – EL NUEVO PACTO**

### **“ Mi sangre del Nuevo Pacto ”**

Aquí tocamos un tema supremamente sagrado: el de la sangre que corría en las venas del Santo Hijo de Dios, derramada para nuestra eterna redención. Lo hacemos con temor y temblor y con la oración sincera de que se nos conceda gracia de lo alto, para poder expresar debidamente algunas de sus glorias sublimes.

En varias de las grandes verdades de la revelación divina, encontramos que hay aspectos básicos o elementales que podríamos definir como leche espiritual, y que por otra parte al avanzar y ahondar descubrimos otros de mayor profundidad y de singular riqueza, que corresponde denominar como el alimento sólido o la vianda firme, según el lenguaje de Hebreos 5:14 y I Corintios 3:2.

Esto sucede en forma evidente con respecto a la sangre del Cordero. Veamos los dos más elementales:

**1.-** “... al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5); “...la sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado” (I Juan 1:7).

Esto es algo que todo nuevo convertido aprende desde un principio pero con ser leche espiritual, no deja por eso de ser una verdad maravillosa y por la que estaremos entrañablemente agradecidos al Bendito Cordero por toda la eternidad.

2.- “Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (I Pedro 1: 18-19).

Para nuestro rescate Dios hubo de pagar un precio muy alto. Podemos decir con toda propiedad que en ese sentido le hemos resultado el artículo – valga la palabra para el caso – más caro del universo entero. En efecto, por ninguna otra cosa de toda la creación conocida, ha tenido que pagar semejante precio al pagado por cada uno de nosotros: la sangre preciosa de Su Hijo Amado.

Para avanzar tenemos ahora que considerar dos citas de la ley mosaica:

“Porque la vida de la carne en la sangre está...”(Levítico 17:11).

“...porque la sangre es la vida...” (Deuteronomio 12:23).

En distintas formas estos dos versículos nos dicen la misma cosa: – que la vida de una persona está en su sangre y que la sangre es la vida. Esto es algo que la ciencia médica ha comprobado hasta la enésima potencia y todos sabemos que con el análisis de una pequeña cantidad de nuestra sangre se descubren o diagnostican, casi diríamos una infinidad de cosas con respecto a nuestro estado físico y también anímico: todo está reflejado en nuestra sangre.

Lo que acabamos de señalar constituye una clave fundamental, tanto para lo elemental que ya hemos visto, como para casi todo lo que tratamos a continuación:

3.- **La sangre en cuanto a la conciencia.** Sabemos bien lo que es la conciencia, pero a la hora de explicarlo, digamos a un niño, tal vez no acertaríamos a hacerlo con claridad. Creemos que una definición sencilla y satisfactoria es decir que es un JUEZ MORAL INTERNO que Dios ha puesto en cada uno de nosotros.

Aun en esto vemos otro rasgo más de la gran sabiduría de Dios. ¿Has pensado alguna vez, querido lector, en qué hubiera sido de nosotros, si al crearnos – con hacer nuestro complejísimo y maravilloso organismo físico y anímico – se habría olvidado o habría omitido este detalle de darnos a cada uno una conciencia? Pero Él se acordó bien de hacerlo y ¡cuán agradecidos le debemos estar por ello!

La conciencia está para actuar como árbitro que nos señala lo que está bien y lo que está mal, idealmente para que escojamos lo primero y desechemos lo segundo. No es infalible y su mayor o menor corrección y exactitud en nuestra vida como hijos de Dios, dependen del trato que le demos y de que nos empapemos o no a diario con la lectura de la palabra divina, que es la antorcha con la cual el Espíritu Santo nos ilumina.

La conciencia tiene su asiento en el corazón según se nos confirma en Hebreos 10:22, pero con una percusión paralela e instantánea en la mente, según se desprende de Romanos 2:15 y cosa que por otra parte, cada uno de nosotros puede comprobar en su funcionamiento cotidiano. Esto constituye una muestra más de la grandeza del Creador, al cual no se le ha pasado por alto absolutamente nada. En efecto: esta compenetración estrecha de los dictados de nuestra conciencia en lo hondo del corazón, con una clara comprensión mental a la vez, es en realidad imprescindible para que nuestra voluntad actúe, perfectamente informada y alertada por esas dos facultades principalísimas de nuestra

persona.

“Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16). Pablo, veterano y sabio ministro del Evangelio, nos señala aquí su constante preocupación y esmero en este terreno, porque sabía muy bien – como debemos saberlo todos nosotros – que para servir adecuadamente al Señor y a nuestros semejantes, es fundamentalmente importante disfrutar de un estado de conciencia plenamente satisfactorio. Quien predica, enseña o aconseja sin contar con ello, mal puede hacerlo.

Ahora bien – pasamos al Señor Jesús, nuestro modelo en esto como en todo lo demás – ¿Podemos concebirlo en algún momento de Su vida con la conciencia reprochándole por una mala acción, una desobediencia al Padre o siquiera una palabra fuera de lugar, de tal manera que se sintiese incómodo, con una nube sobre Su espíritu, o fuera de comunión con Su Amado Padre? Nunca jamás. Por el contrario, al final de cada día, al recostar Su cabeza bendita – aunque fuese debajo de un árbol y sin ni siquiera una almohada – Su conciencia le daba una total aprobación, transmitiéndole sin palabras el mensaje que podríamos redactar así: “Bien hecho, varón noble y santo; hoy has hecho cuanto el Padre deseaba de Ti, sin faltar ni sobrar nada; y sabe que de lo alto se te contempla con el más profundo contentamiento”.

En realidad, este dichoso estado de la conciencia de Jesús, era totalmente imprescindible para el buen éxito de todo Su ministerio terrenal y Su obra expiatoria en la cruz, y sin él nada de todo lo que logró por nosotros habría sido posible.

Pero retomemos ahora, a la luz de lo que hemos venido diciendo, el hilo de la sangre en cuanto a la conciencia:

Al venir como pecadores arrepentidos, abrumados por la culpabilidad, el Espíritu Santo es plenamente consciente de nuestra necesidad vital, en esa área, la de la conciencia. Y así, aplica la sangre con su virtud maravillosa. ¿En qué forma? Recordamos el principio fundamental ya puntualizado: “La vida está en la sangre”. Esa vida de Jesús, más blanca que la nieve, está contenida y casi diríamos impresa, en cada gota de Su sangre; al mismo tiempo, ese estado tan dichoso de Su conciencia – plenamente satisfecha y sin el menor vestigio de culpabilidad – también lo está. De manera que al rociarnos en el corazón con ella, el Espíritu Santo nos comunica esa doble virtud: la de Su vida blanquísima y la de Su conciencia en esa condición tan dichosa que ya hemos definido.

Notemos el contraste entre el antiguo régimen del sacerdocio levítico y el nuevo de la gracia: Por una parte: “...según el cual se presentan ofrendas y sacrificios *que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia*, al que practica ese culto” (Hechos 9:9). Y por la otra: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, *limpiará vuestras conciencias* de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (Hebreos 9: 14) y “... acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, *purificados los corazones de mala conciencia...*” (Hebreos 10:22).

Debemos enfatizar que estos dos últimos versículos, que nos hablan de limpieza y purificación, no suponen en ninguna forma algo ligero y superficial, como a veces se oye decir: “tengo la conciencia tranquila” o expresiones semejantes. Muy por el contrario, representan algo profundo y real que imparte verdadera paz e íntima satisfacción al saber que ahora todo está bien y podemos mirar a Dios y a nuestros semejantes, sin jactancia ni orgullo por supuesto, pero con dignidad y confianza al sabernos y sentirnos limpios de

verdad.

Esto contrasta marcadamente con el orden anterior, en que los sacerdotes podían acercarse con la sangre de toros y machos cabríos, y sentirse sin embargo acusados por su conciencia por pecados y maldades que esos sacrificios no podían borrar de sus memorias ni conciencias.

Debemos decir en conclusión que se sobreentiende que para seguir experimentando ese dichoso estado de profunda paz y satisfacción íntima en la conciencia, es menester andar en forma consecuente ante el Señor, y al menor desvío o falta, rápidamente ponerse a cuentas con Él.

¡Gracias, Cordero Inmolado, por esa sangre que tanto bien ha hecho a nuestras conciencias! ¡De no ser así, cuán horroroso habría sido vivir toda la vida con una conciencia que nos acusase y reprochase a diario!

#### **4.- La sangre rociada que habla.**

“...os habéis acercado... a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial... a Jesús el mediador del nuevo pacto y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel...” (Hebreos 12: 22 y 24).

“...elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (I Pedro 1: 2).

El primer pasaje nos hace saber que en la Jerusalén celestial, junto con lo demás que se consigna, se encuentra – y se encontrará siempre – la sangre rociada, cosa que por otra parte vemos confirmada en Hebreos 9:12, aunque allí se la exprese en forma un poco distinta.

Al leer y oír acerca de las bendiciones y deleites de la ciudad del Dios vivo, quizá alguno podría preguntarse: ¿Y si allí sucediese lo mismo que en el Edén, donde todo era deleitoso y perfecto, pero vino la serpiente y lo estropeó y envenenó?

La respuesta es terminante y categórica: eso nunca podrá volver a pasar, pues allí está y estará siempre la sangre del Hijo de Dios, como garantía eterna y absoluta en tal sentido.

¿En qué forma la sangre supone esa garantía? Otra vez debemos aplicar el principio clave, ya varias veces repetido, de que LA VIDA ESTÁ EN LA SANGRE.

¿Qué vida? La del mismo Hijo de Dios, que al hacerse hombre, debió enfrentar todas las tentaciones, artimañas y ataques de Satanás y su reino de maldad. Podemos estar seguros que ese enemigo declarado no escatimó esfuerzos ni medios en su intento de encontrar una grieta o punto débil en el Maestro, a fin de infundirle temor, depresión, mentira, autocompasión o cualquier otra forma de pecado. Gloriosamente, en la arena de esa lucha tan cruenta que duró hasta el último momento en la cruz, nuestro maravilloso Jesús, aunque le costó el precio de Su vida misma, no cedió ni un ápice de terreno al diablo; por el contrario, se comprobó como totalmente impenetrable e invulnerable a todos sus ataques. Y así esa bendita *sangre de Su vida* – no en el sentido literal de las gotas que fueron cayendo al pie del madero, sino su vida, virtud y poder – está y estará siempre en la Jerusalén celestial como una barrera infranqueable, como seguro total contra la infiltración del pecado o las tinieblas en cualquiera de sus formas.

Vemos que se la llama la sangre rociada. Esto en contraste con las aguas del Espíritu – ríos de agua viva – o bien el derramamiento del Espíritu que nos habla de raudales, denotando las inagotables fuentes de Dios. La palabra rociada por el contrario supone pequeñas gotas para mostrar el inestimable valor y eficacia de esa sangre – sólo una minúscula gota de ella aplicada por el Santo Espíritu, encierra una virtud incalculable de gracia redentora, purificadora y transformadora –. Acotemos de paso que en ningún caso en el Nuevo Testamento tenemos constancia de un ser humano que efectúa el rociado. En el régimen levítico sí lo había – el sacerdote rociaba el altar y otras partes del santuario con la sangre de becerros y machos cabríos –. Creemos que la conclusión es muy clara: esa sangre es demasiado sagrada para que ser humano alguno la maneje o administre; es solo prerrogativa del Santísimo Espíritu Eterno el hacerlo, y por otra parte es una operación interna, espiritual e invisible, aunque muy real y efectiva, y no hay en ella ningún ritual ni manejo externo.

Y el texto continúa diciendo: “la sangre rociada *que habla*”. En los descubrimientos de laboratorio de las últimas décadas han surgido muchísimas cosas nuevas en cuanto al flujo sanguíneo del ser humano, que revelan que dentro de él hay un mundo maravilloso de actividad constante. Partículas de las más minúsculas entran y salen, suben y bajan, van y vienen. Muchos de estos movimientos, los hombres de ciencia han podido llegar a comprender su razón de ser; muchos otros, sin embargo, deben reconocer que todavía no entienden el fin que persiguen. Y amén de todo esto – por lo menos que lo sepamos – hasta ahora ningún libro de hematología ha hecho referencia a este hecho singular que la maravillosa palabra de Dios nos señala – *que la sangre habla* –.

Fijaos el encanto y la sabiduría de las sendas antiguas, que ya en los albores de la historia, hace muchos, muchos siglos, en la primer referencia que hace la Biblia a la sangre, aparece esto tan sorprendente:

“Y él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra? (Génesis 4: 10).

Después de asesinar a su hermano Abel, Caín seguramente lo enterró y cubrió su sangre con tierra, pensando para sus adentros que todo quedaba cubierto y escondido. Pero el Señor le hace saber que esa sangre de la vida de Abel, tenía una voz con la cual clamaba fuertemente y Él, el Ser Supremo, con una acústica agudísima y perfecta, la estaba oyendo con toda claridad.

¿Qué clamaba la sangre de Abel? Sería algo así: “Soy la sangre de la vida de Abel, que en la plenitud de su hombría y sus fuerzas ha sido brutalmente asesinado. Levanto mi clamor para que se haga justicia y esta cuenta quede saldada.”

Nuestro versículo de Hebreos – capítulo 12: 24 – nos dice que la sangre rociada, *habla mejor* que la de Abel.

¿Y qué nos dice? Antes de entrar a responder, anticipamos que también en este tema hay dos aspectos distintos – uno lo llamamos leche espiritual (siempre con la debida valoración de su importancia) y el otro, alimento sólido.

El primero se desprende de las palabras de Jesús en Lucas 23: 34: “Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. No una voz o clamor de justicia y venganza, sino de perdón misericordioso y gratuito. ¡Cuán inmensamente agradecidos le estamos y le estaremos a nuestro Amado Señor por toda la eternidad, por esa bondad y

clemencia infinita!

Pero la sangre rociada habla más, mucho más. Analicemos ahora I Pedro 1: 2: se refiere a elegidos según la presciencia de Dios, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Cristo. Evidentemente esto va mucho más allá del perdón de pecados, pues se trata de quienes están en proceso de santificación y para obediencia. Debemos volver a nuestro principio clave: LA VIDA ESTÁ EN LA SANGRE.

Esas gotas de sangre rociada son de inestimable valor que va mucho más allá de la limpieza del pecado y perdón. Son semillas de la misma vida del Ser a que pertenecen, con todo su bendito potencial a reproducirse en los corazones rociados.

Esto lo debemos hilar no solamente con Hebreos 12: 24 "... la sangre que habla" sino también con Apocalipsis 1: 5 y 6 y 5: 9-10 donde vemos que es con su sangre no solo que nos ha lavado y redimido, sino que también nos ha hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios – Él, el Rey de Reyes y el Sumo Sacerdote eterno, como ya hemos visto en el capítulo anterior, reproduciendo en nosotros reyes y sacerdotes, con el agregado como vemos ahora, de hacerlo CON SU SANGRE.

Así esa sangre rociada en nuestros corazones es la semilla reproductora de su vida.

Charles Wesley, en uno de los muchos himnos inmortales que compuso, nos aporta algo de mucho valor en este punto. Transcribimos una estrofa en inglés, en beneficio de aquéllos que tienen algún conocimiento del idioma:

"Life his healing blood imparts,  
Sprinkled on our peaceful hearts.  
Abel's blood for vengeance cried  
Jesus' speaks us justified  
Speaks and calls for better things  
Makes us prophets, priests and kings  
Asks that we with him may reign  
Earth and heaven say, Amen.

Esto no da para una traducción poética, o por lo menos ella está fuera del alcance de nuestras posibilidades en ese terreno, pero damos el significado en castellano, en forma más o menos literal.

Su sangre sanadora vida imparte,  
Rociada sobre nuestros quedos corazones.  
La sangre de Abel clamaba venganza,  
La de Jesús nos pronuncia (o declara) justificados,  
Habla y reclama mejores cosas,  
Nos hace profetas, sacerdotes y reyes;  
Pide que con Él reinemos nosotros:  
La tierra y el cielo dicen, Amén.

En esto tenemos una clave importante del hablar de la sangre. Hemos de entenderlo en el sentido de pronunciarnos o declararnos, y así constituirnos, en todo aquello

que Dios se ha propuesto que seamos en la gloriosa economía de Su gracia.

Por tanto, no es por supuesto sangre rociada al azar, ni tampoco al solo fin de limpiarnos y perdonarnos, aun con lo maravilloso que es esto. Al ser la semilla de Su vida, es rociada por el Espíritu Santo sobre los corazones de quienes somos los escogidos según la presciencia de Dios, para reproducir en nosotros todas las virtudes de la vida y persona de Jesús.

Así, siendo la sangre de la vida del Cordero de Dios, manso y humilde, habla y declara con el ser rociada en nuestros corazones, que nosotros que hemos sido soberbios y envanecidos, hemos de ser mansos y humildes de verdad como Él; siendo la sangre del blanquísimo y purísimo Hijo de Dios, nos pronuncia llamados a ser santos y puros como Él; siendo del Rey de Reyes y sumo sacerdote eterno, nos declara igualmente reyes y sacerdotes para nuestro Dios; siendo la sangre del gran Vencedor, igualmente nos pronuncia vencedores en la lid – y en suma, todo ese cúmulo de virtudes y glorias que se encuentran en Él, brotando de nuevo en nosotros, merced al principio de reproducción según la especie y género – pero, al nivel más elevado y sublime que se puede concebir.

Que el Señor nos dé oídos para oír ese bendito hablar de la sangre rociada, para así poder apropiarlo por fe y que se vaya gestando en nosotros todo lo que conlleva.

**5.- La sangre bebida.** “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él” (Juan 6: 54-56).

Estas palabras de Jesús le resultaron muy duras para aceptar a muchos de sus discípulos y como consecuencia de ello volvieron atrás, y ya no andaban con Él. Notemos que, *al parecer*, contradecían en la forma más abierta y flagrante la prohibición de comer o beber sangre, contenida en la ley mosaica y que era tan terminante que el que lo hiciera debía ser cortado de entre su pueblo, es decir llevar la pena de muerte (Levítico 17: 10-14).

Hemos de entender, por supuesto, que Jesús no quería decir que en forma absolutamente literal se debía comer su carne y beber su sangre, según vemos con toda claridad por el versículo 63 del mismo pasaje: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”

Efectivamente, planteándolo en un sentido gráfico y práctico: Si a cada uno de nosotros al tomar el pan o la copa de la comunión, – con toda reverencia lo decimos – nos tocase por ejemplo un trozo de un brazo o el hombro o el codo de Jesús, y al mismo tiempo unas gotas de su sangre extraídas de sus venas, ¿seríamos acaso por comerlos o beberlas, más espirituales, más humildes o más santos? Es claro que no; aceptar que lo seríamos, representaría un razonamiento totalmente carnal, completamente ajeno al espíritu de lo que Jesús está diciendo y con visos de superstición; algo así como, si encontrásemos una sandalia de San Pablo en excavaciones en Roma o Atenas y la guardásemos como fuente de bendición.

Por este versículo 63 comprendemos sin lugar a dudas que se trata de la virtud y la vida que se encuentran en Su persona. Dejando la carne de lado, por estar en el tema de la sangre, volvemos a las palabras claves ya varias veces repetidas: “LA VIDA ESTA EN LA SANGRE”.

Podemos pues ubicarnos imaginariamente en un laboratorio y usando el microscopio de la palabra de Dios, examinar una gota de esa bendita sangre. Encontramos que la persona a la cual pertenece, nunca tuvo miedo, pues la observación más minuciosa la muestra carente de todo vestigio de temor. Miramos a ver si se descubre algún indicio de amargura, carácter depresivo o acomplejado, o bien autocompasión, pero la respuesta otra vez resulta totalmente negativa. Tampoco aparecen señales de ninguna enfermedad, física ni psicosomática. Continuando nuestra búsqueda indagamos por el lado del odio, rencor o de la cobardía, pero lejos de presentarse el menor síntoma, aparecen en cambio señales en sentido diametralmente opuesto – la gota nos indica que se trata de alguien que a todo lo largo de su vida hizo gala del amor más noble, la bondad más pura y magnánima y la valentía más firme y esforzada. Todavía proseguimos la investigación, ahora en busca de algún rastro que indique momentos de claudicación en medio de la adversidad, engreimiento o soberbia al tiempo de la fama; o bien de perder los estribos, o entrar en euforias o histerismos. Otra vez la respuesta de la gota es absolutamente negativa y por el contrario nos indica que solo hay presencia de los rasgos típicos de total firmeza en las buenas y en las malas, auténtica humildad en la hora del éxito, tratándose de alguien que siempre actuó con completo dominio propio, su espíritu, alma y cuerpo demostrando en todo momento un equilibrio perfecto y siendo siempre dueño absoluto de la situación.

Podríamos seguir por largo rato, pero a los fines nuestros, lo que precede nos basta; a la luz de ello, podemos entender mejor ahora las palabras “MI SANGRE ES VERDADERA BEBIDA”. Ella encierra en sí todas estas cualidades y propiedades que hacen a una personalidad ideal – el tipo de hombre o de mujer, la persona que cada uno de nosotros, con verdadera y noble aspiración cristiana, quisiéramos ser –.

Si se tratase de beber o comer la sangre ya sea de otro ser humano o de un animal, nos encontraríamos con un total rechazo; algo instintivo nos dice que no, que eso huele a canibalismo y que no podemos ni debemos hacerlo. Pero al entender que en este caso se trata de la sangre de la vida de ese personaje sin igual, sin enfermedad, mancha ni contaminación alguna, sino cargada de las propiedades y virtudes de Su vida admirable – en este caso sí, pues se desvanece todo rechazo o reserva, sabiendo que es la verdadera bebida recetada por Dios el Padre en Su palabra santa para cada uno de nosotros.

Otra vez debemos remontarnos al primer libro de la Biblia, esta vez en busca de la segunda mención de la sangre, que encierra una perla antigua, muy antigua.

“Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano” (Génesis 4:11).

Nos encontramos en ese nadir tan bajo y triste de nuestro planeta, creado junto con el resto del universo a la perfección más maravillosa, convirtiéndose en el escenario donde se perpetra el primer asesinato de la historia humana. Podríamos pensar que el Creador Supremo, ante la evidencia de maldad tan vil y ruin, daría muestras de desaliento y aun desconcierto. Pero nada de eso: con su estricto sentido de justicia procede a pasar Su sentencia sobre Caín, pero en la primera parte, citada más arriba, usa un lenguaje tan sorprendente que no podemos menos que pasar a analizarlo detenidamente: “...maldito seas tú de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano”.

Con los ojos del Espíritu y la iluminación que nos ha traído el régimen de la gracia, aquí no podemos menos que ver al Dios que declara el fin desde el principio, señalándonos con un genial giro profético, el zenit al cual ha de llevar al ser humano caído

desde ese nadir tan triste que ya puntualizamos. Lo podríamos expresar así:

Tú y yo, formados del polvo de la tierra, hemos de bendecir, agradecer y alabar a Dios al abrir nuestra boca para recibir – no de la mano de un asesino, sino del mismísimo Espíritu Santo – la sangre de nuestro bendito Hermano Mayor Jesucristo.

Con esta clara y verdadera comprensión y con fe real y viva, hemos de beber esa sangre representada por la copa de la comunión, no solo al participar de la Santa Cena, sino en nuestro vivir y andar diario delante de Él.

Tengamos ojos para ver, oídos para oír y un corazón sediento para beber a menudo de esa verdadera bebida. Después de hacerlo en la debida forma, no hemos de preocuparnos, sino descansar, en la seguridad de que con el correr de los días, las semanas y los meses, han de ir brotando en nuestras vidas cualidades y beneficios nuevos, y ¡sabremos bien de dónde han venido!.

#### **6.- El arma invencible y devastadora.**

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre de Cordero” (Apocalipsis 12: 10).

Hace muchos años, el descubrimiento de la pólvora marcó un jalón grande en el horrible derrotero de la creación de armas de guerra para la matanza del semejante. Por mucho tiempo reinaba el criterio de que a mayor masa o volumen, mayor el poder destructivo del proyectil, fuese bomba, torpedo o disparo de cañón.

Pero durante la 2ª Guerra Mundial, en trabajos de laboratorio se descubrió un principio inverso realmente sorprendente y totalmente desconocido hasta entonces. Expresándolo en los términos más sencillos, ese principio consiste en la desintegración del núcleo, que es el centro del átomo, que como se sabe constituye la expresión o grado más reducido e ínfimo de la materia. Con esta desintegración se encontró la forma de desencadenar un poder explosivo mucho mayor que cualquiera conocido anteriormente, lo cual resultó en la producción de las armas atómicas o nucleares. El uso de ellas fue tan contundente y demoledor que puso fin a esa guerra al rendirse el Japón en 1945.

Esta explicación es desde luego muy rudimentaria y los hombres de ciencia podrían matizar mucho sobre el particular, que es por supuesto mucho más complejo. No obstante, a los fines nuestros resulta adecuada, y antes de proseguir queremos puntualizar que desde luego como cristianos, no podemos ni debemos aprobar, ni mucho menos celebrar, ningún descubrimiento que tienda a facilitar o incrementar el exterminio de nuestros semejantes, cualquiera sea su raza, credo religioso o condición social.

Pero usamos la analogía para reflejar nuestra convicción de que, en medio de los misterios insondables del Gólgota, había algo de esto en la concepción genial de Dios, el Ser Supremo creador de los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay, incluso de la molécula, el núcleo y los átomos.

En la encarnación, lo vemos al Hijo de Dios, eterno, omnisciente y omnipresente, comenzar un proceso de empequeñecimiento que lo condiciona como un ser humano, a solo poder estar en un lugar a la vez y en un momento de tiempo.

Al llegar a la etapa final, desde Getsemaní hasta ser aprisionado, acusado y condenado, difícilmente haya probado bocado y tal vez ni siquiera llegó a dársele de

beber un vaso de agua. Además de ello, su agonía en el jardín – con el intenso sudor como gotas de sangre que caían en tierra y la falta casi total de sueño – nos hace pensar con fundamento que en ese trayecto debe haber perdido varios kilos de peso, encontrándose en un estado de debilidad que fue en aumento a medida que marchaba hacia el Calvario. Pero ahora es crucificado por los soldados romanos y por el espacio aproximado de seis horas, sus dos manos y sus dos pies horadados, dejan caer segundo a segundo gotas de esa sangre de Su vida. Y junto con todo lo demás que está aconteciendo en ese abismo inagotable de las glorias del Calvario, vemos como el Eterno Hijo de Dios Omnipresente y Omnipotente, se va desintegrando al ir derramando las gotas de la sangre de Su vida, en forma que nos atrevemos a llamar *los átomos de Dios*. Puesto que es ésa la sangre de Su vida, la vemos como la desintegración de Su ser a su expresión más minúscula.

Satanás y sus huestes de odio y maldad, creyendo haber triunfado al hacerlo llevar a la crucifixión y muerte, nada entienden de todo esto, ni de cómo se han prestado, aunque involuntariamente y queriendo hacer lo contrario, a los propósitos eternos de redención escondidos en el corazón de Dios. Pues es ese poder formidable – el de la omnipotencia del Todopoderoso – elevada a su más alto nivel en la forma que acabamos de esbozar, que resulta en el final de los tiempos el arma invencible y devastadora, ante la cual la serpiente antigua y sus ejércitos infernales, se baten en retirada y derrota total, presos de desconcierto, pánico y terror.

En el pasaje que abarca desde el versículo 7 al 11 de Apocalipsis 12, se nos habla de una gran batalla librada en el cielo entre Miguel y sus ángeles y el dragón y los suyos. El tiempo en que sucedió no se precisa, pero podemos deducir que fue en el siglo primero de nuestra era, con posterioridad al Calvario. Evidentemente hasta entonces, merced a la caída en el pecado del género humano, el diablo con sus huestes tenían un fuerte punto de apoyo en las regiones celestes, desde donde acusaban a los hermanos delante de Dios día y noche (12:10).

Pero ahora, esa fortaleza en que se atrincheraban se desmorona por completo, en razón de que la sangre del Cordero ha hecho expiación total y final por el pecado y lo ha borrado y quitado para siempre; y por ser además la sangre de la vida de ese Cordero, que en la confrontación con el diablo y todos sus poderes venció en la forma más categórica y terminante, resulta ahora el arma demoledora con la cual ese enemigo tenaz y horrible queda vencido y desalojado para siempre: “... ni se halló ya lugar para ellos en el cielo” (12: 8).

En seguida una gran voz proclama en el cielo: “Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (12:10).

Esa voz acusadora ha sido silenciada para siempre y en el versículo 11, leemos lo siguiente:

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”.

Ellos aquí se refiere al antecedente, los hermanos que antes eran acusados día y noche. Este versículo se toma a menudo en forma ligera y parcial o incompleta. En primer lugar debemos notar que “le han vencido por medio de la sangre del Cordero”, no significa

una mera invocación de esa sangre; resulta evidente que su poder emblanquecedor y vivificante debe estar funcionando en quien lo hace, pues hacerlo con la vida manchada y sin la apropiación correcta de su virtud purificadora y victoriosa, de muy poco podrá valer.

Notemos también el resto del versículo: en segundo lugar la palabra del testimonio – quien invoca esa sangre debe poder testificar con convicción y verdad que está viviendo en la virtud de ella, rociada en su corazón, y apropiarla en su andar diario. Al reconocer en un corazón y una vida la presencia real de la sangre del Cordero, el diablo bien sabe que contra ella nada puede, y aunque a regañadientes, debe forzosamente retirarse. Por último, no debemos omitir la parte final: “... menospreciaron sus vidas hasta la muerte”, que nos señala con claridad que en el caso particular se refería a mártires. No a todos nos toca el alto honor de dar nuestras vidas por el Señor; si se llegase al punto de tener que jugar por Él, que haya en nuestros corazones la gracia de lo alto para serle fieles hasta la muerte. Pero, mientras no se dé esto, se encuentra a nuestro alcance y debemos hacerlo: el menospreciar nuestra propia vida pecaminosa y egoísta hasta la muerte y abrazar para ella la sentencia de la co-crucifixión con Cristo tratada en detalle en el capítulo VII.

Para concluir este punto, debemos poner de relieve que en muchos casos, hay quienes entran en lucha con el enemigo tomándose solamente la primer parte del versículo y no dándose las otras dos condiciones recién expuestas. Al hacerlo entran en un plano de mucha desventaja y con el riesgo evidente de salir de la contienda mal parados.

**7.-La sangre del pacto eterno.** “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda buena obra para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo: al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Hebreos 13:20-21).

El autor de Hebreos, en varias ocasiones anteriores se ha referido a la sangre en términos distintos: 10:29 “la sangre del pacto”; 9:12 “su propia sangre”; 12:24 “la sangre rociada que habla mejor”. Ahora, hacia el final de la epístola, introduce esta frase muy significativa, que solo aparece en toda la Biblia en esta única ocasión: “la sangre del pacto eterno”.

En los evangelios de Mateo y Marcos, Jesús la llama “mi sangre del nuevo pacto”, tal cual hemos titulado este capítulo. El nuevo nombre nos lleva un paso más adelante en la revelación progresiva de las Escrituras. En efecto: Hebreos 8:13 señala: “Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer”.

Todo el contenido de los capítulos 7 a 10:22 expone en forma magistral y con muchísima riqueza y abundancia, la superioridad indiscutible del nuevo régimen sobre el antiguo, que estaba basado en el sacerdocio levítico y la ley mosaica. Ahora, coronando esa exposición tan eminente, casi al final de la carta se le pasa a llamar “el pacto eterno”. Su excelencia, fiabilidad y firmeza son tan absolutas que aquí no cabe ni la más remota suposición que en un tiempo futuro, en situaciones o circunstancias distintas, haga falta otro pacto suplementario diferente – Su vigencia seguirá por los siglos de los siglos – y el mismo Jehová, el Eterno, se ha puesto bajo juramento irrevocable en tal sentido:

“Juró Jehová y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Salmo 110:4 y Hebreos 7:21). Por cierto que Dios no jura en vano y todo

esto debe incrementar nuestra fe y confianza en la total solidez de la redención y el régimen de la gracia, de los cuales Jesús con su sangre es el fiador eterno, inmutable y perfecto.

Como recogiendo todos los hilos previos, el escritor de Hebreos lo engloba en su totalidad con estas palabras: “Y el Dios de paz ... por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda buena obra para que hagáis Su voluntad ...”.

Una forma muy elocuente sin duda de ratificar la completa eficacia del poder y la virtud de esa sangre para todo nuestro vivir. Es la sangre de la vida de ese Varón Perfecto que en todo siempre hizo la voluntad del Padre, y la misma impartida por el Espíritu Santo, nos comunica la gracia diaria para que, gota a gota, día a día, vayamos siendo transformados a Su imagen gloriosa.

Salgamos pues de la estrechez de solo visualizar y proclamar el poder de la sangre para limpiarnos de nuestros pecados, bien que como ya hemos dicho, esto no deja de resultar maravilloso. Como hemos visto, la bendita sangre del Cordero tiene mucho, mucho más para darnos. Ampliemos nuestros horizontes, ensanchemos nuestros espíritus y apropiemos con corazones sinceros en plena certidumbre de fe, la plenitud de las riquezas que encierra para nosotros.

### **Preguntas:**

- 1) ¿Cuáles son los versículos claves en cuanto a la virtud y el poder de la sangre?
- 2) ¿Por qué?
- 3) ¿Ha bebido Ud. conscientemente de la sangre de Jesucristo, según Él enseñó en Juan 6:53-56?
- 4) ¿Cree que esto solo se refiere a tomar la Santa Cena?
- 5) ¿Qué resultados esperaría Ud. de beber con fe su sangre?

### **Oración:**

Te doy muchas gracias, mi Padre Amado, por la bebida verdadera que es la sangre de Tu Hijo en la Cruz. Te doy gracias a Ti, Señor Jesús, por consumir un sacrificio tan perfecto para mi bien eterno. Mientras otros tal vez desprecien y rechacen esa sangre, hoy yo me postro a los pies de Tu cruz, como lo hice por primera vez hace ya algún tiempo. Iluminado por la verdad de Tu palabra y con sed y fe en el poder de tu sangre bendita, abro mi boca y mi corazón para recibirla de mano del Espíritu Santo. Confío en su poder para reproducir en mí aquellas cualidades de tu vida que tú ves que tanto necesito. Creo de corazón que muy pronto he de ver buenas señales de ellas aflorando en mí. Amén.

## CAPÍTULO X

### La clave de la fe.

“...pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (Hebreos 4:2).

Este versículo, junto con muchos otros, nos enfatiza la importancia capital de recibir la palabra con fe. De otro modo no nos traerá ningún beneficio y nos acarreará en cambio mayor responsabilidad al presentarnos ante el tribunal de Cristo.

La fe es un principio y factor que empezó a funcionar en época muy temprana de la historia, siendo Abel el primer héroe de la fe mencionado en la larga lista de Hebreos 11. No obstante, resulta significativo que la palabrita fe apenas si aparece en todo el Antiguo Testamento, mientras que en el Nuevo la tenemos más de 240 veces como sustantivo y muchas más si se cuenta su uso como verbo, derivado de la misma raíz en griego.

También es digno de señalar que Zacarías, el padre de Juan el Bautista, el mayor exponente del Antiguo Testamento según nos dice Jesús en Lucas 7:28, al recibir el anuncio de parte del ángel Gabriel, *dudó en su corazón* por lo cual quedó mudo hasta el día en que Juan fue circuncidado (Lucas 1: 20, 59-64). Por el contrario, de María que concibió y dio a luz al Señor Jesús, el mediador del Nuevo Pacto, leemos: “*Y bienaventurada la que creyó*” (Lucas 1:45). Si bien en la antigua dispensación hubo un buen número de varones y mujeres de fe, estos dos contrastes no dejan de ser sintomáticos, en que nos puntualizan también en

este terreno de la fe, la diferencia entre los dos regímenes.

Por más que sea algo muy conocido y repetido, consignamos algunas escrituras que enfatizan fuertemente la importancia insustituible de la fe:

“... sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6)

“... el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17, Gálatas 3:11 y Hebreos 10:38).

“... y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23).

También debemos tener presente que en Su ministerio público hubo dos cosas que el Señor fustigó con su prédica por encima de todo lo demás: la hipocresía de los escribas y fariseos y la incredulidad.

La palabra fe es muy corta, apenas dos letras, y ni siquiera lleva acento. Algo que nos sugiere quizá, que en este tema no se habrá de abundar con muchas palabras y consideraciones, sino más bien ser concisos e ir al grano. Es por eso que este capítulo será uno de los más breves, pero va acompañado de la oración sincera que el Espíritu de fe (II Corintios 4:13) le insuffle un rico contenido de esa sustancia espiritual, sin la cual es imposible agradar a Dios, como ya se ha señalado.

Para los fines que perseguimos, creemos que la escritura que más se presta es Hebreos 10:22, en su primera parte:

“Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe...”

Tenemos en primer lugar el ingrediente de un corazón sincero, con todo lo que ello supone: primeramente un trato personal de Dios con nuestra vida, en virtud del cual la doblez, el engreimiento, la soberbia, el protagonismo y tantas otras motivaciones engañosas, han quedado atrás en forma bien concreta. Y en segundo lugar, dentro de ese marco de auténtica transparencia, una comprensión clara y humilde de la necesidad personal de aquello que se busca y pide, acompañada de un anhelo profundo de lograrlo, sabiendo que está dentro de la voluntad de Dios para nosotros.

Con un corazón en esas condiciones, podemos avanzar a lo que sigue, es decir “en plena certidumbre de fe”. Anclamos nuestra fe en la palabra de Dios que nos declara que lo que buscamos, anhelamos y pedimos, es claramente lo que Él desea darnos; y la robustecemos con la convicción de que su trato previo con nosotros ha sido encaminado precisamente a ese fin, a saber, hacernos plenamente conscientes de nuestra necesidad, y hacernos llegar a ese punto en que estamos preparados y bien dispuestos para recibir de Él la respuesta, que habrá de solventarla plenamente. Y llegado ese punto, recibir con la sencillez de un niño lo que hemos pedido, y nada más!

Mirando retrospectivamente a algunas de las más importantes verdades y metas que hemos presentado anteriormente – la circuncisión del corazón, el corazón limpio o purificado, los beneficios de la sangre rociada que habla y de la sangre bebida – caben unas reflexiones finales, que conceptuamos servirán para orientar mejor en cuanto al logro y afianzamiento de las mismas.

Tanto por el testimonio de las Escrituras, como por la experiencia de muchos siervos y siervas del Señor a través de los siglos, resulta evidente que el obrar de Dios en el terreno espiritual, se desenvuelve en dos líneas: la instantánea, en la cual algo se cristaliza en un día o una hora de tiempo puntual, y la gradual o progresiva, en la que se

lo alcanza a través de un proceso que puede durar meses y aun años, según el caso.

Lo acaecido el día de Pentecostés, según se nos narra en los Hechos capítulo 2, y en la casa de Cornelio en el capítulo 10, pertenece indudablemente a la primera de las dos líneas. Sin embargo, aún así cabe puntualizar que en ambos casos hubo un período de preparación previa; los discípulos llevaban diez días perseverando unánimes en la oración y antes de eso, estuvieron unos tres años bajo la tutela del Señor Jesús, absorbiendo muchísimo de su prédica y ejemplo. En cuanto a Cornelio, también se trataba de una tierra preparada y abonada durante muchos años, con su búsqueda sincera y perseverante de Dios.

Examinando cuidadosamente las epístolas del Nuevo Testamento, advertimos que buena parte del desarrollo posterior de la vida cristiana corresponde a la segunda alternativa, es decir la gradual o progresiva. No creemos necesario detallar más sobre el particular, pues es algo evidente y que por otra parte se encuentra ampliamente confirmado por la experiencia de muchísimos siervos de Dios a lo largo de la historia.

Los dos aspectos tienen su valor e importancia. Lo instantáneo, que uno puede ubicar en un día o momento determinado, marca un jalón en nuestra marcha y queda como un recuerdo imborrable que fortalece nuestra fe. Lo progresivo, con ser lento y laborioso, tiene la virtud de inculcarnos un cúmulo de lecciones, que de otra manera, tal vez nunca hubiésemos aprendido.

Aun en la conversión, que sin lugar a dudas se consuma en un día definido y concreto, tenemos casos fehacientes de buenos siervos de Dios, evidentemente renacidos, que no han podido precisar el día o la ocasión exacta en que la experimentaron. Indudablemente, hubo un momento en que el hecho de su conversión quedó consumado, pero por ser parte de un trato de Dios gradual y minucioso, no lo han podido identificar en forma expresa, aunque posteriormente se han sabido renacidos sin la menor duda.

Lo mismo sucede, posiblemente en una proporción mucho mayor, en el tipo de metas como las que hemos ya señalado, es decir la circuncisión, el corazón limpio o purificado, etc. u otras que se suelen identificar como el cruce del Jordán al Canaán espiritual, o bien entrar en el reposo del perfecto amor o en la vida más abundante, y que señalan niveles que superan la mediocridad tan generalizada en muchas partes.

El error tan corriente y en que muchos caen, es el de buscar en oración una meta determinada, y después de hacerlo fijarse en qué o cómo se sienten, o si han experimentado algún síntoma de bendición. Si no ha habido nada de eso, se desaniman, empiezan a pensar que “no ha pasado nada” y al poco abandonan la búsqueda, resignándose a continuar en sus vidas de la misma manera. O bien, si han experimentado alguna manifestación, se apoyan en ella y se sienten optimistas, pero al aparecer posteriormente alguna expresión de sus antiguos problemas, igualmente claudican y terminan desmoralizados, pensando tal vez que eso no es para ellos.

La primera equivocación que hay que corregir es la de poner la fe en lo que se siente después de pedir, pues es eso lo que se está haciendo al ponerlo por árbitro: “no sentí nada, luego no pasó nada”, o bien “sentí esto o aquello, luego Dios me tocó y recibí”. Pablo nos dice: “...porque por fe andamos, no por vista (II Corintios 5:7) y a vista, debemos añadir todo sentimiento de nuestros sentidos naturales. "La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). La fe es un sentido espiritual que

se ancla en la palabra viva y expresa de Dios, independientemente de lo que nos digan nuestras emociones o cualquier otro sentido natural o apariencia.

Así, al venir ante el Trono de la Gracia en respuesta a una palabra que ha llegado con claridad a nuestros espíritus, debemos hacerlo con absoluta confianza –“en plena certidumbre de fe”– en esa palabra y el Dios que la ha hablado, sin permitir que lo que sentimos o dejemos de sentir afecte para nada esa postura de absoluta certeza.

Hecho esto, puede darse que con el correr de las próximas horas o días ya veamos y tengamos evidencias concretas de que nuestra oración ha sido en verdad contestada. Esto correspondería a la primera de las dos alternativas señaladas, la instantánea, lo cual bastaría para llenarnos de gozo, pero con una salvedad importante, a tenerse muy en cuenta: si con el correr del tiempo se sufre algún traspie o tropezón, no volvernos atrás pensando que después de todo seguimos igual que antes. Por el contrario, el espíritu de lucha y perseverancia debe levantarse en nosotros, para reincorporarnos, recuperar el terreno perdido y proseguir con firmeza hasta consolidarnos plenamente en el logro alcanzado. Y todo esto conducirá a un saludable ejercicio de fe, paciencia, perseverancia y espíritu de superación, que fortalecerá nuestro carácter y nos capacitará más tarde para aconsejar y ayudar mejor a quienes encontremos en situaciones similares.

Pero también puede presentarse la segunda alternativa, la de un proceso gradual. Esta se reconoce por un cierto avance hacia la meta propuesta, pero acompañada de claros indicios de que todavía buena parte de los problemas subsisten, o bien, planteado en otros términos, que aún nos queda mucho que andar. Aquí es cuando se hace imprescindible perseverar igualmente, aferrándonos con fe a las promesas de Dios y al mismo tiempo sometiéndonos sumisamente a Su trato con nosotros.

El hacer lo contrario, “tirando la toalla” y abandonando nuestra búsqueda, supondría una actitud inconsecuente, que no respondería en realidad al requisito de un corazón sincero, plenamente centrado en alcanzar lo que sabemos que es la voluntad del Señor para nuestras vidas.

Aunque esta segunda forma es más laboriosa y difícil, debemos descansar en la seguridad de que es Su mano sabia y buena que lo dispone así para nuestro bien. En el trayecto a recorrer aprenderemos verdades y principios que quizá de ninguna otra forma habríamos comprendido. A menudo resultará que al seguir luchando y perseverando, esos valores celestiales en que nos hemos empeñado, se irán forjando en nuestro hombre interior casi insensiblemente, al punto que pasado un tiempo, caeremos en la feliz cuenta de que lo hemos alcanzado de verdad y sin enterarnos del día o el momento exacto en que pasó.

Como hemos visto, los dos caminos pues tienen sus ventajas y virtudes. En cuanto al primero – el de la vía instantánea – hemos de notar un peligro en el que hay que cuidar mucho de no caer: el de la excesiva confianza, alimentada por la forma quizá fácil y rápida en que se ha llegado. Esto puede fácilmente llevarnos a “bajar la guardia” y tomarnos libertades indebidas, precipitando una caída de la cual costará recuperarse.

Reconociendo la soberanía y sabiduría de Dios en cuanto a la forma de obrar en cada caso, nuestra apreciación personal es que si bien preferiríamos que quienes responden al desafío de la palabra hablada o escrita reciban la bendición buscada en

plenitud y de inmediato, no siempre ha de ser así. En algunos casos, por no estar debidamente preparados para ello; en otros, por saber el Señor que será mejor y más seguro para ellos en la vía progresiva. Pero de lo que sí podemos estar segurísimos, es que cuando un corazón y una voluntad se han centrado firme y sumisamente en alcanzar Sus más altos designios para la vida, el Dios que escudriña los corazones se encargará sin lugar a dudas de que así sea. Amén.

### **Oración:**

Mi Padre celestial, no quiero ejercitarme en cosas demasiado grandes para mí. Hoy mi corazón solo quiere que en mi pequeña vida se pueda cumplir plenamente Tu propósito para mí, nada más pero tampoco nada menos. Sé que dentro de ese propósito está el que yo tenga la bienaventuranza de un limpio corazón y sea un verdadero hijo del amor. Centro mi voluntad y mi fe en estas dos cosas y sé que Tú ya me las estás dando y las habrás de perfeccionar día a día, para el día de Cristo. Amén.

## CAPITULO XI

### Tabla comparativa del Antigo y Nuevo Pacto

Como un elemento que puede resultar provechoso, e incluso estimular el estudio del tema en detalle y en profundidad, consignamos a continuación una tabla comparativa de los dos pactos, mostrando los contrastes y diferencias que más se destacan.

<u>Antigo Pacto</u>	<u>Nuevo Pacto</u>
---------------------	--------------------

- 1) Siervos – Hebreos 3:5
- 2) Ley escrita sobre tablas de piedra – II Corintios 3:3.
- 3) “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso...” – Jeremías 17:9.
- 4) “ El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl...”- I Samuel 16:14
- 5) “ A éstos se les reveló que **no para sí mismos, sino para nosotros**, administraban las cosas que ahora os son anunciadas... I Pedro 1:12
- 6) “**Sacerdocio levítico**” (orden de Aarón o aarónico) Hebreos 7:11.
- a) Con pecado propio - Heb. 5:3
- b) Sin juramento – Heb. 7:21.
- c) Por descendencia carnal – Heb. 7:16 “débiles hombres” – Heb. 7:28<sup>a</sup>
- d) Muchos sacrificios que eran ineficaces – Heb. 10:1
- e) Dado por viejo y abrogado a causa de su debilidad e ineficacia para remediar la profunda necesidad del hombre. Heb. 8:13 y 7:18.
- f) Con sangre de animales que no podía quitar el pecado – Heb. 10:4
- g) Memoria de los pecados cada año – Heb. 10:3
- h) Conciencia de pecado – Heb. 10:2 y 9:9
- i) Santuario terrenal, hecho de manos de esta creación – Heb. 9:11 y 24

- 1) Hijo – Heb. 3:6 e hijos – Gál. 4:7
- 2) Sobre tablas de carne del corazón – II Corintios 3:3; Heb. 8:10
- 3) “...ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones” – Hechos 15:9
- 4) “ Y yo rogaré al Padre, y os dará otro **Consolador, para que esté con vosotros para siempre**”, Juan 14:16
- 5) ...preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser **participantes de la naturaleza divina** II Pedro 1:4
- 6) **Sumo sacerdocio de Cristo** – Heb. 8:1, según el orden de Melquisedec – Heb. 7:11
- a) Sin pecado propio – Heb. 4:15
- b) Con juramento – Heb. 7:20-21
- c) Sacerdocio eterno e inmutable – Heb. 7:24
- d) Una sola ofrenda, absoluta y eternamente eficaz – Heb. 10:14
- e) Firmemente establecido por Dios para siempre – Heb. 7:21 y Salmo 110:4
- f) Con la sangre de Cristo y Su sacrificio, que quita el pecado de en medio – Heb. 9:26
- g) Pecado olvidado para siempre – “nunca más me acordaré de sus pecados” – Heb. 8:12
- h) Corazones purificados de mala conciencia –Heb. 10:22 y conciencias limpiadas por la sangre de Cristo – Heb. 9:14
- i) Santuario en el cielo y verdadero tabernáculo, hecho por el Señor y no el hombre. Heb. 8:2 y 9:11 y 24

**j)** Aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo – velo a la entrada – Heb. 9:8

**7) Monte Sinaí** – Heb. 12:18-21

- a)** Se podía palpar.
- b)** Ardía en fuego.
- c)** Oscuridad y tinieblas
- d)** Tempestad
- e)** La trompeta
- f)** La voz de la justicia sin la gracia.
- g)** Traía temor y espanto.

**j)** “Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo” – Heb 10:19 – el velo quitado – Mat. 27:51

**7) Monte de Sión** – Heb. 12:22-24

- a)** Ciudad del Dios vivo, Jerusalén la Celestial
- b)** Compañía innumerable de ángeles
- c)** Congregación de los primogénitos inscritos en los cielos
- d)** Dios, el Juez de todos
- e)** Espíritus de los justos hechos perfectos.
- f)** Jesús, Mediador del Nuevo Pacto
- g)** La sangre rociada que habla mejor.

**8) Sinaí, el Viejo Pacto que corresponde a la Jerusalén actual – Gál. 4:21-31**

- a) Da hijos para esclavitud – Gál. 4:24-25
- b) De la esclava – según la carne – Gál. 4:23
- c) Echado fuera (Ismael) – Gál. 4:30
- d) Nacido según la carne y persigue al nacido según el Espíritu – Gál. 4:29

**9) “Circuncidad pues el prepucio de vuestro corazón” – (hacerlo uno mismo por su voluntad y sus propias fuerzas) – Deut. 10:16**

**10) La letra, sin el Espíritu – “la letra mata” – II Cor 3:6**

**11) Ministerio de muerte – II Cor. 3:7**

**12) Ministerio de condenación - II Cor. 3:9**

**13) Con gloria – II Cor. 3:9**

**14) Perece – II Cor. 3:11**

**15) Velo sobre el corazón y el rostro- II Cor. 3:15 y 13**

**16) Entendimiento embotado (sus mentes estaban cegadas) sin ninguna transformación espiritual- II Cor. 3:14**

**17) Bendiciones temporales – posesión de la buena tierra de Canaán y promesas de bendición y prosperidad material – Deut. 28:1-14**

**18) Dependían de la fidelidad y obediencia – “para que la cumplas” Deut. 30:14 y Gál. 3:12**

**19) “Ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios” – Exodo 15:26**

**8) La Jerusalén de arriba – Gál.4:21-31**

**a) Es libre y nos da a luz como hijos libres. Gál 4:26-31**

**b) De la libre – por la promesa Gál. 4:23**

**c) Permanece en casa para siempre (Isaac) y recibe la herencia Gál. 4:30 y Juan 8:35**

**d) El nacido por el Espíritu es perseguido por el nacido según la carne. Gál 4:29**

**9) Somos circuncidados en la circuncisión de Cristo. Col 2:11**

**10) El Espíritu que vivifica – II Cor. 3:6**

**11) Ministerio del Espíritu que da vida – II Cor. 3:8**

**12) Ministerio de justificación – II Cor. 3:9**

**13) Con mucha más abundancia de gloria – II Cor. 3:9**

**14) Permanece – II Cor. 3:11**

**15) El velo por Cristo es quitado – “mirando a cara descubierta” II Cor. 3:14 y 18**

**16) “Transformados de gloria en gloria en la misma imagen” II Cor. 3:14 y 18**

**17) Bendiciones espirituales y eternas – aunque Dios provee para sus hijos y los prospera, nuestra ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20) y las bendiciones son en lugares celestiales en Cristo Jesús – Efes. 1:3**

**18) Dependen de la verdadera fe, que produce fidelidad y obediencia – Sant. 2:22**

**19) “...Por cuya herida fuisteis sanados” I Pedro 2:24**

<p><b>20)</b> Manifestación de milagros y sanidades, mayormente a través de los grandes siervos de Dios (Moisés, Josué, Elías, Eliseo, Samuel, etc.)</p>	<p><b>20)</b> Manifestación de milagros y sanidades a través de los dones y ministerios ungidos por el Espíritu Santo – “estas señales seguirán a los que creen” – Marcos 16:17-18</p>
<p><b>21)</b> Del ministerio de liberación prácticamente no había indicios.</p>	<p><b>21)</b> “En mi nombre echarán fuera demonios” – Marcos 16:17 – “Venían trayendo atormentados de espíritus inmundos y todos eran sanados” – Hechos 5:16</p>
<p><b>22)</b> La morada de Dios – en el propiciatorio, en el Lugar Santísimo – Éxodo 25:20,22</p>	<p><b>22)</b> La morada de Dios en los creyentes renacidos en Cristo que forman el templo del Espíritu Santo – I Cor. 6:19 y Efesios 2:22</p>
<p><b>23)</b> La voluntad de Dios se conocía por el sacerdote a través del Urim y Tumim, también llamado el efod: Núm. 27:21 y I Samuel 30:7-8, etc.</p>	<p><b>23)</b> “...Todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor...” – Hebreos 8:11</p>
<p><b>24)</b> Una nación escogida – Israel, Deut. 7:6, etc</p>	<p><b>24)</b> La iglesia Universal – los verdaderos redimidos de todas las razas, lenguas y naciones – “Su Cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo” – Ef. 1:23</p>
<p><b>25)</b> “... tú también serás reunido a tu pueblo...” (Moisés a su muerte) Núm. 27:13; ver también Núm. 20:24; Gén 25:8; 35:29; 49:33, etc.</p>	<p><b>25)</b> “...partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filip. 1:23); “...ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (II Cor. 5:8).</p>

Aunque esta tabla no es exhaustiva, abarca los principales puntos de comparación y contraste. Recomendamos al estudioso y ávido de progresar en el conocimiento de las Escrituras, el análisis cuidadoso de cada uno de ellos, lo cual traerá una mayor comprensión de la Biblia en forma panorámica e integral. Esta a su vez, debidamente asimilada y apropiada en sus aspectos prácticos, tendrá la virtud de capacitar mejor para guiar a otros con claridad y solidez. Y sobretodo contribuirá a no incurrir en el error tan corriente de inculcar niveles de relación de Dios con Israel, en vez de los que corresponden a nuestra posición en Cristo Jesús, que son muy superiores, claro está.

Entendiendo así con claridad la diferencia y superioridad del Nuevo Pacto, se podrá leer y estudiar el Antiguo Testamento, por así decirlo, con ojos del Nuevo. Así, sin mezclar incorrectamente los dos, se encontrarán en las experiencias de Israel, en el ritual levítico y en muchas otras partes, ricos y hermosos tipos y figuras de las verdades y principios del cristianismo del N. T., lo cual será de mucha edificación y provecho. Y por encima de todo, servirá para cimentar la vida y experiencia sobre el fundamento firme de la palabra de verdad, limpia y certeramente trazada.

## CAPÍTULO XII

### Cortando vínculos y secuelas del ocultismo

Hoy día aflora quizá más que nunca la práctica del ocultismo en sus múltiples ramificaciones. Como sabemos esto generalmente deja secuelas nefastas en la vida de quienes se dan a esas cosas.

En Deuteronomio 18:10-12 encontramos una prohibición terminante en ese sentido para el pueblo de Israel. En el poderoso obrar de Dios en Éfeso durante el tercer viaje misionero de San Pablo, “muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos” (Hechos 19: 18-19).

No cabe duda que en estas prácticas a menudo se manifiesta un poder sobrenatural, que no es de Dios, sino que proviene de espíritus malignos. Entre las más conocidas tenemos al espiritismo, que evoca a los muertos, la adivinación, el curanderismo, las brujerías y la magia, pero éstas no son sino las más conocidas de una lista que sería casi interminable y a la cual, con el correr del tiempo, se van agregando más y más actividades de este género que van apareciendo y poniéndose en boga.

Al convertirse al Señor quienes han practicado estas cosas, lógicamente las abandonan por entender – correctamente – que no deben continuar con ellas por no ser de Dios. En algunos casos ya no se producen al parecer secuelas visibles, pero en muchos sí, y esto está clarísimamente comprobado. Los síntomas de estas secuelas pueden ser pesadillas, apariciones macabras de una “presencia” misteriosa, temores que van más allá de lo normal y natural, enfermedades de las cuales no hay ninguna explicación racional, y en algunos casos, hasta arrebatos que llevan a comportamientos peligrosos de violencia o suicidio.

El tratamiento que debe darse en estos casos, es bien conocido en muchos sectores de la iglesia de Cristo, pero en otros no lo es. Es en beneficio de estos últimos que incluimos este capítulo, cuyo tema de por sí no es muy agradable, pero por otra parte no se lo puede soslayar so pena de evidente perjuicio espiritual.

Quien se involucra en el campo del ocultismo, aun cuando sea en ignorancia y en forma solamente temporaria, sin saberlo entra en el territorio del enemigo, y definámoslo a éste

claramente: Satanás y sus secuaces, los malos espíritus o demonios. Este es un terreno claramente vedado por la palabra de Dios y quien igualmente penetra en él, lo hace a su riesgo y peligro.

En realidad se trata de una cuestión legal o de derecho: al entrar en cualquiera de esas actividades, uno se abre – a menudo inconscientemente – a los poderes que gobiernan ahí dentro, como no podría ser de otra manera. Como Juez justo, Dios reconoce el derecho del enemigo a actuar dentro de su propio campo sobre aquéllos que en desobediencia a Su mandato se introducen en él. Y la forma en que el enemigo actúa es siempre muy astuta y engañosa, a menudo otorgando al principio aparentes beneficios, como ser falsas sanidades, mejoras en la economía, “buena suerte”, etc. No obstante, con esto se crea un vínculo con la persona, que solemos definir como una cuerda invisible, pero muy real, que la ata en mayor o menor medida al espíritu actuante, aun cuando en la mayoría de los casos no se dé cuenta para nada de ello.

Ahora bien, cuando alguien que ha militado en estas cosas llega a conocer al Señor, experimentando una limpia y clara conversión y continúa en su vida cristiana sin volverse atrás, es posible, aunque no seguro, que no tenga problemas posteriores derivados de su pasado en el ocultismo.

No obstante, ya sea porque a veces la conversión no es muy radical o bien por un retroceso posterior, o por otras causas que no siempre es posible identificar, lo cierto es que frecuentemente nos encontramos con cristianos bautizados, integrados a iglesias y aún tomando parte activa en sus labores, que tienen problemas de la índole ya indicada y no los pueden superar.

Todos estaremos sin duda de acuerdo en que no corresponde ni es normal que un verdadero cristiano esté azotado en forma regular por pesadillas, temores de toda suerte de cosas: la oscuridad, las tormentas, el futuro, etc., y mucho menos por apariciones o presencias extrañas, etc., etc.

A estos casos nos referimos y dirigimos. Así en el reino del bien como en el del mal, cada cosa reproduce según su especie y género. El espiritismo, que es una de las formas más nefastas y peligrosas del ocultismo, consiste principalmente en evocar a los muertos y así las secuelas de quienes asisten a sus sesiones son generalmente la aparición supuesta de una persona fallecida, falsamente simulada por un mal espíritu, o una presencia extraña y oscura en el recinto en que se encuentran. El curanderismo generalmente después de una supuesta cura inicial, acarrea enfermedades posteriores y también pesadillas; la adivinación, incluyendo horóscopos, vaticinar la suerte en las múltiples formas en que se practica, etc., ataca y socava la capacidad de creer a Dios y Su palabra; quienes asisten a películas de terror quedan propensos a padecer de temores anormales y pesadillas; los que frecuentan cabarets, night-clubs o cultivan la pornografía, son afectados por espíritus inmundos de lujuria, y así sucesivamente. (Aunque las dos últimas no caigan estrictamente bajo el encabezamiento del ocultismo, la verdad es que en ellas también operan claramente los malos espíritus).

En situaciones como éstas, la respuesta y solución consiste en lo siguiente:

Primero, llevar a la persona al reconocimiento de que su problema no es una casualidad, sino el resultado de haberse metido, sin que nadie le obligase, en la misma cueva del lobo, por así decirlo. Debe tenerse en cuenta que una de las artimañas diabólicas es procurar borrar todo rastro, haciendo que la víctima se olvide de su visita (al adivino, al curandero, a la sesión del espiritismo o lo que fuere) o bien si la recuerda, que no le atribuya ninguna importancia. Frecuentemente hace falta la iluminación del Espíritu para recordarla y comprender su verdadera trascendencia.

Logrado este primer objetivo, se la debe llevar a un arrepentimiento ante Dios por haber ido, en contra de Su mandato, y aunque haya sido en ignorancia o solamente por curiosidad, a buscar la ayuda o sanidad de poderes extraños y ajenos a Dios. El arrepentimiento tiene que ser claro y expreso y debe ser seguido por una renuncia terminante a toda vinculación con esas actividades, incluso quemando o destruyendo cualquier libro y objeto que tenga que ver con la práctica que se haya efectuado en el pasado.

Después de hacer esto en forma consciente y correcta, se podrá proceder sin más a cortar en el nombre de Jesucristo todo vínculo o cuerda espiritual invisible del enemigo, quien habrá perdido su derecho sobre la persona en razón del arrepentimiento y la renuncia.

En casos en que haya habido una militancia prolongada y profunda en estas cosas, casi seguramente que habrá que insistir y perseverar en el tratamiento por un buen período de tiempo. La razón evidente es que el organismo de la persona en cuestión estará tan saturado de los efectos nocivos de lo que ha venido haciendo, quizá por años, que le llevará algún tiempo depurarse y desintoxicarse y también llegar al punto de detestarlo por completo, de manera que pierda toda atracción de volver a ese terreno.

Por otra parte, cuando el contacto con estas actividades haya sido muy breve, en ignorancia o tal vez al solo efecto de acompañar a un familiar o amigo que se lo pidió (como muchas veces sucede) entonces será más sencillo y bastará proceder solamente una vez en la forma antes indicada.

Si bien este tratamiento puede resultar empírico para algunos, en el sentido de que no aparece en forma expresa y literal en las Escrituras, no cabe duda que responde totalmente a principios bíblicos básicos tales como el arrepentimiento y no dar lugar al diablo en nuestras vidas (Efesios 4:27). Además, está el testimonio elocuente de muchísimos cristianos, que después de sufrir a veces por años algunas de las secuelas puntualizadas, han quedado totalmente liberados de ellas.

Antes de avanzar más en el tema, estimamos oportuno contestar a algunas objeciones que a veces se plantean.

Una de ellas es que un verdadero convertido, por ser un hijo de Dios y tener el Espíritu Santo, no puede tener en su vida influencias diabólicas y mucho menos posesión demoníaca.

En cuanto a esto último, nos apresuramos a aclarar que al referirnos a estas secuelas, en ninguna forma estamos hablando de que la persona esté poseída, sino oprimida, molestanda y a veces en casos graves, atormentada, por un espíritu que encuentra grietas en donde atacar, pero *desde afuera*, no morando dentro de ella en forma permanente. Por otra parte, que un cristiano puede ser molestado, atacado o deprimido por influencias diabólicas resulta clarísimo no solo por la experiencia práctica, que lo confirma totalmente, sino por advertencias muy concretas de la palabra, de las cuales nos limitamos a citar solamente dos:

“...ni deis lugar al diablo” (Efesios 4:27) y “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (I Pedro 5:8).

Otra objeción que a veces se formula es ésta: Habiendo sido salvada y perdonada una persona por todos sus pecados ¿No resulta un contrasentido volver sobre el pasado, que ya ha sido perdonado y por lo tanto debería quedar en el olvido?

Creemos que, en todo caso, este criterio podría aplicarse a quienes, quizá por haber tenido una conversión muy radical y haber seguido firmes en su trayectoria cristiana, no tienen

ningún problema ni secuela. Pero aquí estamos hablando de quienes tienen problemas y secuelas que no debe tener un creyente sano, espiritualmente hablando, y que subsisten a pesar del tiempo que llevan como convertidos, e incluso a veces, del bautismo y la enseñanza que han absorbido. El hecho de que esos problemas y secuelas no estén todavía superados, está indicando que algo falla o no está en su debido lugar. Puesto que los mismos resultan claramente atribuibles a los lazos antiguos con el ocultismo – espiritismo, magia, curanderismo, brujerías, adivinación, horóscopos, echar las cartas, el tablero ouija, etc.– por todo concepto resulta razonable y consecuente proceder al arrepentimiento, renuncia y corte en la manera explicada, máxime teniendo el apoyo elocuente de muchísimos testimonios que confirman su eficacia.

Pero aun para el primer caso – el de los que no tienen problemas, pero saben que en su pasado antes de conocer a Cristo actuaron en esas esferas – sostenemos que resulta prudente y correcto que igualmente lo confiesen con arrepentimiento, hagan una renuncia concreta y definida, ya que nunca lo han hecho en forma expresa, y se efectúe el corte en el nombre de Jesucristo.

Esto lo fundamentamos en dos razones:

1) Estas cosas no dejan a veces de tener derivaciones imprevistas, y una de ellas es que en ciertos casos se da que no aparece ningún vestigio por mucho tiempo y después, pasados tal vez un buen número de años, el mal se manifiesta inesperadamente y, por el tiempo transcurrido, no se reconoce su verdadera causa.

2) Por constituir estas actividades algo verdaderamente grave, como lo es el haber asistido, aun en ignorancia, a buscar ayuda de poderes sobrenaturales ajenos al Señor, que es la única fuente de verdadera luz y verdad, moralmente se impone un ponerse a cuentas con Dios en forma cabal.

Muy distinto es el caso de pecados tales como haber robado una manzana en la niñez, haber dicho una “media mentira” o mentira piadosa a un enfermo para no alarmarlo, etc., etc. Naturalmente que todas estas cosas son pecados en sí, nadie lo niega, pero volver en detalle sobre cada una sería interminable y una labor estéril, que creemos que el Señor normalmente no nos impone, aceptando en su lugar una confesión y arrepentimiento global ante Él en el momento de nuestra entrega a Cristo.

Pero cuando transcurrido el tiempo, e iluminados por la palabra de Dios, caemos en la cuenta que, aunque en ignorancia, fuimos y nos abrimos en una forma u otra a esas fuerzas oscuras, nuestro deseo normal y correcto no puede ser otro que el de obrar en sentido contrario con el arrepentimiento, renuncia y corte antedichos. Se lo debemos a nuestro Dios y a nuestras propias conciencias, y además, al hacerlo cortamos toda posibilidad de problemas a posteriori por una raíz de esa clase de mal que no ha sido debidamente tratada.

Pasamos ahora a dar algunos ejemplos concretos:

Hace unos buenos años, una joven recientemente convertida, tenía problemas de apariciones y una presencia extraña. Al ministrársele, recordó que unos años antes había ido con su madre a un lugar donde se efectuaban sesiones de espiritismo. Hecho el corte en el nombre de Jesucristo después de su arrepentimiento y renuncia, quedó limpiamente liberada.

Varios años después, casada ya y con dos hijos, fue visitada en su hogar por el siervo que le había ministrado anteriormente. En la conversación entablada surgió que, después de años

de no tener ningún problema, ahora volvía a estar molestanda por una presencia extraña en la cocina o que le hacía despertar sobresaltada cuando se acostaba a descansar. Después de buscar por unos momentos la explicación, recordó que había estado mirando por televisión un programa titulado “Por tierras lejanas”. Era muy instructivo e interesante, mostrando paisajes muy pintorescos de unas islas remotas, habitadas por aborígenes con sus costumbres autóctonas, *pero* incluyendo sus ritos religiosos que comprendían llamar a los espíritus, creemos recordar, de sus antepasados.

En seguida el enigma del retorno de su viejo problema quedó despejado. En efecto, ni más ni menos, había vuelto a acudir al espiritismo, presenciándolo en la sala de su propio hogar por vía de la cajita mágica de la televisión. Otra vez se procedió a llevarla al arrepentimiento, renuncia y corte, con el compromiso de no volver a mirar semejantes programas, por atractivos e instructivos que pudieran parecer, y gracias al Señor, quedó otra vez en completa libertad. Pero además habiendo aprendido que **la renuncia debe ser total, terminante e irrevocable**, algo a tenerse muy en cuenta por todos.

Otro caso aleccionador fue el de un adolescente de unos 14 años de edad, que casi obligado tuvo que participar, con otros familiares, en el juego de la copa, a la cual se le hacían preguntas, y al poner cada uno un dedo sobre ella, empezaba a moverse sobre la mesa para dar la respuesta, dirigiéndose a una y otra letra del abecedario, colocadas en círculo a su alrededor para tal efecto.

Por ese entonces, un hermano del adolescente citado que también participaba en el juego, comenzó a despertarse sobresaltado como a las 2 ó 3 de la mañana, dando unos gritos desaforados que denotaban algo así como un temor electrizante. Dos tías que vivían en la amplia vivienda familiar se levantaban corriendo en busca del médico y después de aplicársele una inyección, el mal se aplacaba y recobraba el sueño.

Como un año después el adolescente citado – ahora de 15 años de edad – se convirtió al Señor y él, ni antes ni después de su conversión experimentó ninguna secuela. Unos 22 años más tarde, casado ya, padre de dos hijos varones y una niña, atravesó con su esposa una etapa de varios meses en la cual el Señor estaba realizando una obra de purificación en profundidad en sus vidas. Una noche, la niña, que tenía entonces unos 5 años de edad, se despertó dando unos gritos que aunque no tan fuertes, sin embargo fueron identificados inmediatamente por su padre como iguales en ese aspecto del temor electrizante a los de su hermano, que le había oído proferir muchos años antes. Inmediatamente, siendo ya siervo del Señor, se incorporó y junto al lecho de la pequeña, procedió a un sincero arrepentimiento por haberse prestado al juego de la copa, seguido de una renuncia total y el corte de sí mismo y de la niña con todo vínculo con el espíritu que estaba detrás de todo eso. La niña no volvió a tener problemas desde entonces y con esto se aprendió la lección de que por ser unos propensos y otros no, a veces uno no padece de ninguna secuela, pero puede igualmente ser transmisor a otros.

Es como si en determinada zona existe una epidemia de una cierta enfermedad y una persona que habita en la misma, viaja a otra región sin estar ella afectada para nada, tal vez por ser su organismo lo suficientemente sano para resistir el contagio. Sin embargo, en su contacto con otros en esta región, no afectada antes, se encuentra que algunos contraen la enfermedad, por tener menos resistencia en su organismo, y así, sin padecer de la enfermedad, se convierte esa persona en vaso transmisor.

De paso digamos que ésta es otra razón poderosa para que, aunque uno que haya tenido algún contacto con el ocultismo en cualquiera de sus múltiples manifestaciones no experimente ninguna secuela, (nadie por supuesto quisiera ser vaso transmisor), igualmente proceda al arrepentimiento, renuncia y corte. Y el corte dígame también de paso, es importante que quien lo

efectúe tenga autoridad espiritual y sepa lo que hace.

Para algunos podrá haber cierto escepticismo en cuanto a esto de ver a un mal espíritu obrando en situaciones como las narradas. Sabemos que en esto de los demonios y malos espíritus, hay dos extremos igualmente malos y peligrosos: uno, el de verlos en todas partes, en todas las cosas y a toda hora. El otro, generalmente por temor, el de cerrarse por completo, diciendo que si bien en tiempos del Nuevo Testamento existían, hoy día ya no, o solo en unos pocos casos aislados. Cuando el Espíritu Santo nos abre los ojos a la verdad del mundo espiritual, sabemos sin lugar a dudas que los espíritus inmundos y de error y los demonios en general, son una realidad absoluta, y verdaderas legiones actúan día y noche, siendo una de sus principales estratagemas convencer a la gente, incluso a los cristianos, que no existen y que todo eso es pura fantasía. Su principal embate se lanza contra los hijos de Dios, buscando huecos y claros en su armadura espiritual, para enredarlos, llevarlos al error, al envanecimiento, a caídas morales y toda clase de daño y destrucción de sus vidas y testimonios. El lugar más seguro es el de andar en verdadera humildad ante el Señor, al abrigo de Su palabra y la comunión con los santos de la iglesia y llevando toda la armadura de Dios. Sobre esto no corresponde que nos extendamos más por ahora.

Pero de ahí a ver demonios en la tos de un niño, encima del edificio de un banco o del municipio local, etc., etc., hay un mundo de diferencia.

Finalmente, tal vez habrá también quienes crean que ver a un demonio actuar detrás de una copa sea fanatismo, ignorancia o fantasía. A esto contestamos lo siguiente: la copa en sí, por supuesto que no es más que un objeto inanimado exento de todo poder sobrenatural. Pero al atribuirle absurdamente esos poderes, diciendo que va a contestar preguntas o predecir el futuro, se la está de hecho deificando o idolatrando, volviéndose quien lo hace neciamente hacia ella y – muy importante – dejando de lado por completo al Dios único y verdadero, a quien debiéramos acudir con todas nuestras sanas inquietudes.

Semejante aberración, desde luego que abre la puerta de par en par a los demonios y Pablo así lo expresa con toda claridad y propiedad en I Corintios 10:19-21: “¿Qué digo, pues? ¿Que el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios”.

Notemos también como agregado significativo y muy grave, que el darse a estas prácticas a menudo hasta implica nada menos que beber la copa de los demonios, y sentarnos a comer a su mesa, con todas sus nefastas consecuencias.

Hace unos cuantos años, una mujer que había practicado la brujería a tal grado que se la había llegado a llamar la reina de las brujas de una gran ciudad, fue liberada a través del ministerio de varios hermanos experimentados en ese terreno. Como su caso era muy especial, pensando que su testimonio tendría mucho impacto, se cometió el error de hacerla testificar en público a una etapa muy temprana. Lamentablemente, esto sirvió para despertar en ella un deseo fuerte de dar su testimonio en público con mucha frecuencia, lo que suponía buscar un protagonismo que le resultaría muy perjudicial. El matrimonio que la tenía bajo su tutela por entonces, llegó a prohibírselo firmemente, actuando con mucho tino, pues la veían aspirando a la misma egolatría antigua pero ahora disfrazada de sierva del Señor, para lo cual todavía tenía mucho que andar y aprender y también mucho que desaprender. Tristemente, la última noticia que hemos tenido es que, desgraciadamente, ha vuelto a la brujería de la cual había sido liberada. Tenga el Señor misericordia de ella y ojalá pueda ser restaurada.

Hemos consignado este ejemplo para presentar una reflexión final, que atañe no solo a casos destacados rescatados del ocultismo, sino también de la drogadicción, delincuencia o aun cualquier notoriedad del cine, el teatro o el mundo en general. Un peligro muy grave se presenta cuando se cae en la tentación de poner a esa clase de persona a dar su testimonio en público a muy breve plazo, pensando que será impactante y muy beneficioso. En vez casi seguro que eso le podrá hacer mucho daño, despertando un envanecimiento al figurar destacadamente en público, que muy pronto le hará fácil presa del enemigo. Aunque no siempre necesariamente tiene que ser así, como norma general será mucho más sabio y prudente dejar transcurrir una etapa de maduración, en la que antiguas raíces de pecado, mundanalidad y vanagloria sean quitadas y haya un sano crecimiento espiritual. Ponerla en un pedestal a poco tiempo de su conversión, puede muy bien resultarle perjudicial y hasta arruinarle por completo.

**Preguntas:**

- 1) ¿Ha tenido Ud., antes o después de su conversión, algún contacto con la adivinación (horóscopos, adivinos, etc.), el espiritismo, el curanderismo, la magia, la hechicería, hipnotismo, prestidigitación o cualquier otra rama del ocultismo? (En caso de haber practicado alguna no listada acá que le ocasiona duda por no saber si está bien o mal, consulte a su pastor o a un siervo de Dios que le pueda asesorar bien).
- 2) En caso afirmativo, ¿ha procedido a un arrepentimiento y renuncia y se le ha hecho un corte eficaz?
- 3) Dé las tres razones por las cuales esto es muy aconsejable, a pesar de no evidenciarse hasta el presente ninguna secuela emanada de esa fuente.

## **CAPÍTULO XIII**

### **El camino de la cruz**

Entramos ahora en un tema bastante impopular. En algunas partes podríamos recibir ecos como los siguientes:

“A mí que no me vengan con eso; hoy día hace falta un mensaje más atractivo y dinámico”; o bien “Eso estaba bien para un tiempo pasado; hoy día el mover de Dios va por otra línea”; o si no “En la cruz Jesús se llevó todas mis culpas, penas y dolores, para que yo sea libre, próspero y feliz. Así que no me hablen de llevar yo la cruz, ni volver a sufrir, que ya bastante de eso tuve antes”.

Las tres son manifestaciones que tienen, o pueden tener, en el caso de la segunda sobretodo, un fondo de verdad, pero que resulta parcial e incompleto de por sí. Como la moneda, muchos de los principios divinos tienen su cara y su cruz, su anverso y su reverso, que no se contradicen sino que se complementan.

Desde luego que ha de volver a tenerse en cuenta que el trato y propósito de Dios con cada uno de sus verdaderos hijos y siervos no es el mismo, sino que muy por el contrario presenta una gran variedad. Aquila y Priscila sirvieron al Señor como matrimonio, ubicados en distintos lugares en diferentes etapas; Santiago, hijo de Zebedeo y Esteban sufrieron un martirio temprano, mientras que Juan el apóstol, hermano de Santiago, alcanzó la venerable edad de probablemente más de 90 años. Pablo y Bernabé servían al Señor en el celibato, mientras que Cefas y los hermanos del Señor y los otros apóstoles se solían acompañar de sus respectivas mujeres, según entendemos de I Corintios 9:5.

Esta gama variada también la encontramos en el camino de la cruz. Para algunos se presenta de una forma, para otros, de otra muy distinta; a veces concentrada en una fuerte y hasta desgarrante prueba o crisis, de la cual emergen airosos a un lugar de resurrección y abundante fruto. A veces se la encuentra como una constante a todo lo largo de la vida, pero siempre irrumpiendo con un fluir de vida y bendición para otros y para uno mismo.

Antes de avanzar más, debemos detenernos para una aclaración muy importante. En efecto, en algunas oportunidades nos encontramos con creyentes o siervos que en forma permanente se sienten cargados y agobiados por problemas, trastornos y dificultades, que atribuyen a la cruz que les toca llevar, o bien al enemigo que los ataca a menudo o sin cesar. Esto último quizá con la idea – no expresada abiertamente – de que es porque son muy importantes para Dios por el ministerio que tendrán algún día o que quizá crean ya tener. Desde luego que éste es un terreno que puede ser escabroso y cada caso debe sopesarse en particular, ya que no sería sabio ni acertado aplicar un criterio demasiado estricto o estrecho y que no pudiera tener excepciones. No obstante, debemos señalar que en buena parte de esas situaciones no se trata de la cruz operando como la voluntad de Dios, sino que obedece a una de estas causas:

1) Debido a cosas o bien del pasado que no han sido bien tratadas, o bien del presente, en que, en algunas áreas se está fallando y desagradando a Dios de manera que el enemigo encuentra grietas en la armadura y penetra atacando y hasta atormentando a veces.

2) También puede ser por no estar en el lugar de la voluntad de Dios, lo cual nos expone a esos ataques, y al permitirlos, el Señor nos está queriendo llamar la atención para que nos demos cuenta de que algo no está en su debido lugar.

Por otra parte, la operación de la cruz cuando es verídica siempre tiene un sello distintivo: ese dolor, esas presiones, luchas o lo que fuere, no son un fin en sí, sino un medio o peldaño a través del cual se pasa a resurrección, a un flujo de vida o bendición, que en alguna manera uno llega a relacionar con el padecimiento que lo precedió.

En otras palabras y resumiendo: cuando es verdaderamente la cruz, sigue la vida, la resurrección, la bendición o el consuelo; y cuando esto no sucede sino que es un ciclo de sufrimiento estéril, casi seguramente que será por una de las dos razones antedichas. Hacemos sin embargo la excepción del sufrimiento por una determinada enfermedad que el Señor permite por lo que fuere, y que por supuesto no debe achacarse necesariamente a ninguna de esas dos causas.

El principio en sí toma su nombre y tiene su ejemplo máximo y perfecto en la crucifixión de nuestro Señor Jesús. Allí Él experimentó la angustia y el dolor indecible del Calvario, para luego resucitar y alcanzar las glorias más sublimes para Sí y para la multitud innumerable de los redimidos de toda tribu, raza, lengua y nación. Pero como principio ya funcionó desde la antigüedad en la vida de próceres del Antiguo Testamento como Abraham, Jacob, José, Job y muchos más. Sería interesantísimo y muy enriquecedor trazar el hilo histórico del camino de la cruz de Génesis a Apocalipsis, examinando en detalle los aspectos que a cada abanderado de esta senda le tocó vivir, pero no es ése el fin que persigue este capítulo. Más bien nos inclinamos a considerar el funcionamiento práctico y partimos de las palabras de Jesús que encontramos, en Mateo 16:24 y otros pasajes paralelos: “... Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. Esto define con claridad las cosas: el verdadero seguidor de Cristo, ha de tener y tomar su cruz en una forma u otra. Notemos que el Señor dijo *su* cruz, no *mi* cruz. La de Él fue única y ningún otro pudo ni podrá llevarla; merced a ella nos procuró una redención completa, cosa que nadie más nos podría procurar jamás.

Pero en la sabia economía de Dios, Él tiene una versión particular para cada uno de sus auténticos discípulos, según las necesidades espirituales de cada uno, como así también la idiosincrasia y mayores o menores posibilidades individuales, y sobretodo, según el propósito que persigue con cada uno de nosotros.

En el Nuevo Testamento, aparte del Señor Jesús mismo, no cabe duda que el exponente

más claro y definido fue el apóstol Pablo. Muy poco después de su conversión maravillosa en el camino a Damasco, el Señor le dijo a Ananías respecto de él: "... porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" (Hechos 9:16). De esos padecimientos tenemos buena referencia en las narraciones que van en el libro de los Hechos, como así también en pasajes tales como I Corintios 4: 9-13; II Corintios 4: 7-12 y 11: 23-33, brotados de la pluma del mismo Pablo.

Una de sus afirmaciones claves es ésta: "De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida" (II Corintios 4: 12).

Ser usados por Dios para comunicar bendición, vida o consuelo a otros es un gran honor y privilegio. Para ello se hace necesario pagar un precio, que varía según los casos y las circunstancias y sobre el cual no se pueden poner normas fijas ni criterios rígidamente uniformes. En el caso particular de Pablo, no cabe duda que a él, como siervo sobresaliente del Señor, le cupieron muchas glorias y honras en el ministerio que sería largo detallar y examinar. Naturalmente que a ninguno de nosotros, por sabernos muy, pero muy pequeños ante semejante coloso, se nos ocurriría compararnos con él. Pero sí podemos extraer de sus escritos experiencias y conclusiones positivas y provechosas, aplicables a todo verdadero siervo de Dios, aunque en una proyección mucho menos encumbrada.

Una de ellas es que el camino de la cruz, a menudo es utilizado en la economía divina como una forma eficaz para impedir que nos envanezcamos, sobretodo en la hora del éxito. Esto es muy importante; mucho más de lo que parece a primera vista. Aun en épocas recientes, y desde luego en todo el curso de la historia, se han dado casos de quienes han llegado a la fama, la popularidad y el éxito ministerial, sin haber al parecer un trato previo de Dios en profundidad por la vía de la cruz, y en tantas ocasiones han terminado con caídas estrepitosas y trágicas.

Para Pablo el Señor permitió el aguijón en su carne sobre el cual nos habla en II Corintios 12. No hemos de desviarnos del tema haciendo conjeturas en cuanto a lo que era exactamente ese aguijón; baste saber que era un mensajero de Satanás que le abofeteaba según sus propias palabras. Al extenderse más sobre el tema en el versículo 10 enumera debilidades, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias, como englobadas bajo el mismo concepto. El versículo 7 establece con toda claridad el propósito primario: que él no se enalteciese, lo que hubiera significado estropear y arruinar un ministerio tan auténtico y relevante.

Pero hay otros dos factores importantes que se desprenden del mismo pasaje. El primero, que la gracia del Señor siempre le permitiría sobrellevar la carga y el dolor, por fuerte que fuese. El segundo, que esas aflicciones, angustias o lo que fueran, al reducirlo a la debilidad extrema o la impotencia, creaban a la vez las condiciones ideales para que a través de ellas pudiese fluir el poder de Cristo, lo cual le movía a aceptarlas de buen grado y aun a gozarse en ellas por amor de Cristo.

Un paralelo interesante es el de la electricidad. Sabemos que polos iguales se rechazan y polos opuestos se atraen y para que haya un circuito deben darse los dos, el negativo y el positivo. Así cuando en nuestro andar hay una autosuficiencia cómoda que se basa en nuestros propios recursos, el poder de Dios difícilmente pueda fluir; mientras que cuando en nuestra flaqueza, insuficiencia y a veces dolor y angustia, nos presentamos al Señor como vasos vacíos, quebrantados y totalmente inútiles, entonces sí creamos un adecuado circuito espiritual a través del cual la virtud de lo alto puede funcionar. En otras palabras, el polo positivo de la suficiencia divina necesita el negativo de nuestro vacío, debilidad e incapacidad total.

A esto debemos agregar que ni siquiera podemos llevarnos nosotros mismos a ese lugar de vacío e impotencia; es solo la mano diestra del Señor sobre nuestras vidas que puede hacerlo,

y aun nuestros propios esfuerzos por crear una situación de esa índole, o llegar a alcanzarla, resultan totalmente estériles. Los dos requisitos que debemos llenar son: primero, una entrega incondicional de nuestras vidas para que Él pueda hacer con ellas y de ellas lo que quiera. En segundo lugar, cuando vengan esas situaciones desagradables y adversas, no tratar de escaparnos o luchar egoístamente contra ellas, sino enfrentarlas con entereza y resignación, echando mano de Su gracia para hacerlo.

Con el tiempo, iremos viendo y aprendiendo cómo Él las transforma en una forma u otra, en peldaños y puntos de apoyo para crecer, fortalecernos y desarrollarnos en nuestra propia vida espiritual primero, y posteriormente, para fluir a través nuestro en una comunicación de vida y gracia para otros.

En II Corintios 1: 3-4 tenemos otra aportación de Pablo que confirma y amplía lo que venimos diciendo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios”. De esto entendemos que el Dios soberano que controla todas las cosas en la vida de sus siervos amados, permite tribulaciones y pruebas a lo largo del camino, pero nunca falla en llegar con Sus benditos consuelos que nos permiten superarlas y salir airosos. Pero no solo eso: el fluir de esos consuelos a través de nosotros continúa, y se canaliza hacia otras almas que se encuentran también atribuladas, y reproducen en ellas el mismo efecto que en nosotros, trayendo consuelo, bálsamo y bendición.

“...o si somos consolados, es para vuestra consolación y salvación, la cual se opera en el sufrir las mismas aflicciones que nosotros también padecemos” (II Corintios 1: 6).

Este es otro aspecto importante que a menudo se da: el de que por ambas partes la prueba o el padecimiento es el mismo o de índole muy parecida. Esto persigue un doble fin: el de identificarnos con otros que están atravesando esos mismos padecimientos, y hacernos los beneficiarios y portadores de la virtud o el consuelo que precisamente necesitarán ellos, en razón de atravesar situaciones análogas a la nuestra.

Hace unos buenos años, un cierto día la mujer de un siervo del Señor se sentía muy acongojada y triste, con el dolor de una esposa despreciada y traicionada. Al sentirse así pensaba que tal vez estaría perdiendo la razón, pues en su relación matrimonial no había nada de eso, sino lo contrario. Al compartirlo con su marido, éste se apresuró a señalarle que eso que ella sentía no tenía ninguna razón de ser por lo ya dicho. Con su mente ella comprendía que era así, pero sin embargo, no podía quitarse de encima ese peso tan agobiante. Esa tarde tenía que llevar la palabra en una reunión de mujeres en la ciudad en que residían, y partió de su casa en ese estado de ánimo tan extraño. Al compartir lo que el Señor había puesto anteriormente en su corazón, el Espíritu Santo se movió singularmente sobre las asistentes y hubo un derramamiento evidente de un dulce bálsamo de consuelo que bendijo a todas. Al terminar la reunión y después de marcharse algunas, una hermana le señaló que entre ellas había habido varias que estaban precisamente en esa condición de tristeza y dolor por el desprecio y la traición de sus maridos. Así comprendió el por qué de su condición anterior: la de identificarse con ellas, aunque sin saberlo, y así ser portadora idónea de la consolación divina. Demás está decir que volvió a casa completamente libre de su anterior congoja.

El principio básico en sí es que uno es llevado, por el Espíritu se sobrentiende, y a menudo sin estar consciente de ello, a padecer algo de lo que otros padecen. Del mismo Espíritu fluye entonces una corriente de bendición y consuelo que disuelve y supera el dolor, agobio, ligadura o lo que fuere en uno mismo primero, y simultáneamente o muy poco después, se

canaliza hacia otros que están en la misma o parecida situación, con el consiguiente efecto benéfico para ellos también.

No siempre discurre en esta forma la identificación con otros que sufren; a veces uno no es consciente de ningún punto común de contacto con sus circunstancias y padecimientos, pero la ministración se comunica igualmente.

Hay por otra parte quienes, en este sendero de la cruz, llevan la carga en forma continuada o permanente, aunque siempre con la gracia suficiente para sobrellevarla con firmeza y buen ánimo. Conozco a un precioso siervo del Señor que por años viene experimentando un dolor en las caderas que a veces se agudiza y hasta le impide conciliar el sueño de noche. Se ha sometido a reconocimientos médicos y diversas pruebas pero nada se ha sacado en limpio y también se ha orado por él en muchas oportunidades, pero sin resultado. Aquí no faltarán los que afirmen que eso no puede ser la voluntad de Dios y debe ser por falta de fe o alguna otra causa. Sin embargo, este hermano a pesar de su dolencia viaja por muchas partes del mundo muchos meses del año, llevando la palabra de Dios con suma bendición. Si no supiera uno del fuerte dolor que a menudo padece, no se enteraría para nada, pues a muy pocos les habla de ello, y en su conversación, el gozo y amor que siempre comunica harían pensar que se encuentra en perfecto estado de salud.

En otros casos el padecimiento es esporádico o circunstancial. Otro siervo del Señor unos buenos años atrás tenía que llevar la palabra en un retiro en que participaba un buen número de pastores, siervos y siervas procedentes de diversas regiones. La noche anterior, en el hotel en que lo habían alojado hubo una de esas verdaderas orgías de rock y música sincopada, con un ruido tan fuerte que a ratos parecía casi infernal y que le impidió toda posibilidad de dormir, prácticamente hasta la madrugada. En vez de sentirse fresco y bien descansado como hubiera sido de desear, tuvo que enfrentar el compromiso en un estado de absoluta debilidad y agotamiento. Sin embargo sabía que la mano soberana de Dios lo había permitido, y al ministrar la palabra, a través de su extrema falta de fuerza y energía fluyó tal poder, que muchos de los que estaban escuchando, dejando sus sillas se arrodillaron profundamente quebrantados, permaneciendo en esa posición y estado por un buen rato, mientras la manifestación de la presencia de Dios era evidente para todos los presentes.

El mismo siervo a menudo realiza giras ministeriales de duración de 3 a 4 semanas. Lo ideal sería que antes de comenzar se sintiese relajado, cómodo y bien descansado para poder afrontar las exigencias que le aguardan. No obstante, en muchas ocasiones sucede lo contrario: sin que lo pueda evitar, por una u otra causa imprevista, los días anteriores a su partida surgen presiones espirituales, anímicas, físicas o materiales y en más de una oportunidad ha tenido que lanzarse en fe, sabiendo que iba en la voluntad de Dios, cuando la lógica o el sentido común indicaban que salir así, extenuado y sin fuerzas, era una absurda temeridad. Posteriormente, en el curso de la gira, su experiencia ha sido que en medio de su debilidad, la corriente de la virtud del Espíritu lo ha llevado adelante con mucha bendición en los diversos puntos visitados, para regresar renovado y revitalizado en todos los niveles, cuando por lógica después de tantos viajes y labores correspondería esperar todo lo contrario.

En otra dimensión conocemos dos casos de consiervos que en forma inesperada tuvieron que afrontar años atrás la muerte de un hijo en forma trágica, uno en España y el otro en Estados Unidos. Una apreciación superficial llevaba a algunos a pensar que algo debía estar fuera de lugar para permitir esas dos desgracias, que entre paréntesis acaecieron en el principio de la década de los 80 la primera, y hacia finales de la misma la segunda. Sin embargo, no mucho después de sucedidas, en cada caso los siervos en cuestión experimentaron una bendición en sus ministerios – ambos en España – que sobrepasó en alto grado todo lo que habían conocido

anteriormente, y por el hijo carnal perdido – precioso y amado en los dos casos – Dios les dio en su lugar muchos hijos espirituales y tremendas satisfacciones en el ministerio.

El camino de la cruz presenta así esas paradojas extrañas a la mente natural o carnal, pero muy caras y deleitosas para quienes, por la gracia divina, han tenido o tienen el privilegio de transitar por él.

Debilidad que abre paso a la fortaleza de Dios; vacío para lograr abundancia y plenitud; deshonra que se trueca en honra; aparente derrota y fracaso que se transforman en triunfo y bendición; pobreza que enriquece a muchos; muerte que trae vida para otros; callejones sin salida que se cambian en gloriosas puertas abiertas; dolor y tristeza que se convierten en dulce paz y gran júbilo; incapacidad total que abre paso a la suficiencia de Dios; humillación dolorosa que se vuelve en exaltación y profunda satisfacción; amargura que se hace dulce y exquisita gracia; pérdida en aras de ganancia eterna; noche oscura y tormentosa que irrumpe en alba nueva, radiante de esplendor; estas son algunas de las glorias de esta bendita senda que nos ha trazado nuestro Señor, el magnífico Crucificado, Exaltado a lo sumo.

No obstante, no queremos cerrar el capítulo sin puntualizar que este camino a veces puede resultar escabroso y debemos estar alerta contra las tretas del enemigo. En efecto: conociendo nuestros puntos débiles muy bien puede simular efectos parecidos a los de experiencias positivas anteriores, presionando o deprimiendo en una forma u otra, para llevarnos a un terreno falso que no es la verdadera cruz.

Los dos criterios más certeros a aplicarse, según lo señalado anteriormente, son:

- 1) ¿Estamos encontrando en el Señor gracia suficiente para sobrellevar la situación o nos estamos hundiendo en un fango de depresión o desesperanza?
- 2) ¿Podemos reconocer un corolario de bendición, consuelo, liberación o vida como resultado de la situación anterior, o la misma termina siendo totalmente improductiva?

### **Oración:**

Señor, ayúdame a discernir certeramente cuándo es la cruz que tú me llamas a llevar serena y resignadamente, y cuándo no lo es. Confío en tu gracia suficiente cuando lo sea para no quejarme, murmurar ni dudar de tu amor en los momentos difíciles; y que me permitirás ver a su debido tiempo el apacible fruto de bendición y vida.

Enséñame por otra parte a actuar cada vez que el enemigo me quisiera enredar en un lazo engañoso, para evitarlo y mantenerme en paz y comunión contigo. Amén.

## **CAPÍTULO XIV**

### **LA PERLA Y LA CORONA DEL AMOR**

“...Con amor eterno te he amado...” (Jeremías 31:3).

“...Y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:19).

Nos damos cuenta que no hemos abarcado específicamente temas importantísimos como la oración, la palabra de Dios, la santidad, guerra espiritual y otros; también que dentro de lo tratado, hay aspectos que no han quedado bien desgranados o cubiertos con la debida amplitud. No obstante, pesa en nuestro espíritu la convicción de dejar todo eso por ahora – quizá el futuro nos deparará la oportunidad de llenar esos huecos –. En vez, queremos ceñirnos a lo expresado en la introducción, en el sentido de no desear que el libro resulte demasiado extenso, sobretodo teniendo en cuenta que prácticamente – con algunas pocas excepciones – no lo hemos aderezado con ilustraciones y anécdotas, que tanto sirven para hacer que la lectura sea ágil y amena. Por el contrario, al lector consciente y deseoso de sacar verdadero provecho espiritual, tal vez le resulte necesario leer con mucha lentitud, y hasta releer detenidamente algunas partes del contenido total, si ha de extraer el debido beneficio para su vida interior. Nuestra experiencia nos ha enseñado que para el progreso hacia escalas más altas en la vida espiritual, se hace necesario que nos empapemos repetidamente de las verdades que las sustentan y su debido y correcto asidero bíblico. Absorbiéndolas reiteradamente facilitaremos la tarea del Espíritu Santo de hacerlas carne en nosotros, mientras que si a poco las dejamos de lado para atender a otros temas, también buenos pero periféricos en comparación, corremos el riesgo que se disipe nuestra comprensión de ellas y nuestra inquietud por alcanzarlas.

Vivimos en días en que un crudo materialismo gobierna la sociedad. El valor de cada cosa está regido por lo que rinde y la mayor o menor rentabilidad que ofrece. Este espíritu sutilmente se infiltra en muchos sectores de la iglesia en general, con el resultado de que, a menudo, lo que más interesa es el monto de los diezmos y ofrendas, y el número de

profesiones de fe y bautizados que se puede ostentar. Dentro de ese marco, el tema del amor – cándido y limpio, desinteresado y noble, que no busca réditos visibles ni inmediatos, sino que ama de puro amor que tiene y siente – suena para muchos como poesía, lirismo o aún misticismo irreal, que no conduce a ninguno de los fines prácticos que se persiguen.

Sin embargo, en el Reino de Dios el verdadero amor, santo y sublime, es la fuerza motriz a través de la cual todo cobra impulso y se va desarrollando. Lejos de ser algo estéril e improductivo, el amor divino es la fuerza más creativa y reproductiva de todo el universo.

Resultan maravillosas las palabras de Jeremías que encabezan el capítulo: “CON AMOR ETERNO TE HE AMADO”. Millones y billones de años atrás, en el principio o los albores de la eternidad pasada, cuando quiera que haya sido eso, cuando no éramos más que un puntito diminuto e insignificante en un futuro muy, pero muy distante, el inmenso corazón de Dios ya nos conocía y nos amaba con un amor perfecto e inmutable. Esta noche, cuando echemos la cabeza sobre la almohada y caigamos sumidos en un profundo sueño, ese mismo amor seguirá, constante e inalterable, velando para bien sobre nosotros; y mañana y pasado y a través de todo el derrotero que hemos de seguir por los siglos de los siglos, ese amor todavía estará allí amándonos y amándonos incansablemente... Imposible sondearlo con nuestras mentes finitas.

Si hay algo realmente multifacético y que contiene los elementos más variados en función de polos opuestos, para conjurar las paradojas más sorprendentes y deleitosas, eso es sin duda el amor de Dios. Tierno y suave y a la vez la fuerza más poderosa del universo; severo, a veces severísimo para con Sus amados hijos, a quienes no les consiente fallas ni desviaciones comunes y corrientes en otros, porque se ha propuesto sacarlos nobles, justos y humildes como es Él. Incluso les hará doler y aun llorar con su castigo correctivo, pero una vez que éste haya surtido el saludable efecto buscado, se dará prisa en ir a ellos para estrecharlos entre Sus brazos y prodigarles las caricias ternísimas de su paternidad incomparable.

Algo de esto encontramos en el caso de María, la hermana de Moisés y Aarón, consignado en Números 12. Al quedar leprosa y rogarle por ella Aarón a Moisés, éste “... clamó a Jehová, diciendo: Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora” (versículo 13).

La respuesta del Señor no fue lo que pidió Moisés, sino que fuese echada fuera del campamento por siete días y recién después volviese a la congregación. Él veía que además de la lepra en su cuerpo, María tenía lepra en su alma. De haberse dado una sanidad inmediata como pedía Moisés, seguramente que a la primera de cambio, habría vuelto a hacer de las suyas con su lengua larga y crítica. El amor divino veía la necesidad de esos siete días de escarmiento para sanarla de eso y creemos que al volver ya nunca más reincidió en murmurar contra el siervo de Dios, quedando así sanada de las dos lepras: la del cuerpo y la del alma. Sabio y severo, el verdadero amor busca el más alto bien para nuestra vida, aun cuando a veces tenga que ser por vía del dolor.

Pero... se nos puede quedar la impresión, con todo, que ese trato es algo rudo y casi pensar que la actitud de Moisés –“que la sanes ahora”– mostraba en realidad más amor que Dios en la respuesta que Él le dio.

*Nada de eso:* “...y el pueblo no pasó adelante hasta que se reunió María con ellos” (versículo 15). Aquí vemos la otra cara, el polo opuesto de la gracia más inefable que uno se puede imaginar: el Dios tan severo para con María, hace que una nación entera esté detenida por completo, sin permitirle dar ni un paso hacia adelante, porque de seguir su marcha, María quedaría atrás, sola, desamparada y perdida para siempre – y eso, el amor divino, ¡jamás,

jamás lo podría permitir!

Como fuerza transformadora, el amor es capaz de hacer los milagros más increíbles: volver al cobarde en valiente, al torcido en hombre hecho y derecho; llenar de optimismo y ganas de vivir y luchar, al que, lleno de angustia y tristeza, ya no veía rumbo ni razón de ser para su vida; trocar la noche del dolor y desesperanza en alba nueva con horizontes radiantes; cambiar la turbación en dulce calma, el egoísmo y la vanidad en la más humilde abnegación, y en fin, levantarnos del nadir de las bajezas más ruines, al zenit de las glorias más sublimes.

Si hemos de buscar lo supremo, lo más encumbrado y excelso, desde luego que tenemos que ir al Calvario, a ese manantial inagotable del amor, cristalino y puro y glorioso como ninguno. Allí el bendito crucificado, grande entre los grandes, desplegó bien en alto, enarbolado en el madero, las glorias insondables del amor divino en su expresión máxima. El Santo Inmaculado Cordero, despreciado, ultrajado y blasfemado, es conducido fuera de la ciudad como un delincuente público, clavado desnudo en una cruz entre dos malhechores, burlado cruelmente mientras desfallecía al desangrarse y quedar sin fuerzas, con su alma sumida en la angustia, como un espectro pálido de debilidad y dolor. Todo eso y mucho más que nunca terminaremos de comprender, con el agregado de soportarlo todo, esas horas, que habrán parecido interminables, pero sin una sola queja o protesta, ni la menor muestra de conmiseración. Y por ti y por mí y por la humanidad perdida y que no había otra forma de salvarla de aquella horrenda muerte segunda.

Todo el odio y la ponzoña maliciosa de la antigua serpiente y sus secuaces, se desató contra Él como un aluvión impresionante en ese escenario inolvidable del Gólgota, pero nada pudo contra el Coloso Supremo del amor. Al final, lejos de claudicar, terminó con la exclamación de triunfo “CONSUMADO ES”, mientras Sus brazos abiertos y extendidos de par en par, apenas con una finísima hilacha de sangre que aún corría en Sus venas, proclamaban sin palabras el mensaje triunfante del amor; dirigido a los que contemplaban la escena y al género humano al cual representaban.

Lo habían querido anegar y apagar con su odio y rechazo, pero el amor seguía intacto, ardiendo dentro de Él. Y los dos brazos abiertos declaraban que vendría el día en que se entregarían a Él, para ser Sus súbditos gustosos. Ese día Él se habría de tomar la gran venganza del amor: por todo lo que le habían hecho, abrazarlos con Su pleno perdón y comenzar a colmarlos de bienes, y dichas y glorias que jamás se habrían podido imaginar.

De nuestro corazón solo puede brotar un profundo ruego: “Sin igual Jesús, eres lo más bendito y hermoso que hemos hallado en la vida. Te amamos de verdad, pero ayúdanos a amarte mucho más, a servirte mejor cada día, que Tú te mereces eso y mucho, mucho más. Amén”.

De Jesús pasamos ahora al apóstol Pablo, el ex Saulo de Tarso, que odiaba a muerte a Jesucristo y sus seguidores, y que, al recibir en el camino a Damasco ese fagonazo deslumbrante de la luz divina de Su rostro, pasó a amarlo, seguirlo y servirle en la forma más apasionada y absoluta que se puede concebir. Su trayectoria de ahí en más constituye un ejemplo y modelo, puesto para todos los que habíamos de creer (I Timoteo 1:16).

Damos un salto grande desde ese punto inicial de su carrera, para pasar a una etapa muy posterior, la de su primer encarcelamiento en Roma. Allí, del inmenso caudal que ha atesorado en sus heroicos viajes y sus singulares experiencias con su Cristo Amado, extrae las verdades, enseñanzas y consejos volcados en sus epístolas, que son uno de los legados más ricos y sagrados de todos los que ha recibido la iglesia de todos los tiempos.

De entre ellos, transcribimos parte de su gran oración que abarca del versículo 14 al 21 de Efesios, capítulo 3:

“... para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cual sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (versículos: 17-19).

Aparte de la oración sumo sacerdotal de nuestro Señor en Juan 17, no conocemos otra que supere ni iguale a ésta en amplitud de visión, profundidad y altura. Llevamos años tratando intermitentemente de absorber todo su contenido, no con nuestras mentes, sino con nuestros espíritus, pero hemos de confesar que todavía nos falta mucho y nos queda grande, muy grande, poder exponerla en una forma que haga plena justicia a sus colosales dimensiones.

Para empezar, “el ser plenamente capaces de comprender” del versículo 18, debe entenderse como una *comprensión experimental* y en ninguna forma como una mera comprensión mental.

Desde luego, al referirse al amor de Cristo en términos tan superlativos, Pablo está abarcando en primer lugar a esa demostración suprema del mismo en el Calvario, de la cual hemos tratado de reflejar algo anteriormente. No obstante, no nos quepa duda que su concepción de ese amor va más allá, alcanzando el aspecto subjetivo y personal – en otras palabras, el amor derramado por Él individualmente, íntimamente sobre Sus amados. Esto comprende por supuesto Su provisión, protección y fidelidad en todos los aspectos de la vida, como así también esa expresión tierna y entrañable que el Cantar de los Cantares nos define como “mejores son tus amores que el vino” (Cantares 1:2).

Somos conscientes que en este terreno uno se puede desviar por líneas anímicas de sensiblería, que conducen a un nivel de irrealidad, bordeando la fantasía. Sin embargo, con la clara primacía del Espíritu, se pueden escalar benditas alturas del amor divino, en las cuales disfrutamos los placeres más nobles y deleitosos – llamémoslos las caricias de Su amor exquisito – sin caer en desequilibrios ni quebrar el sabio orden que la Escritura nos da: espíritu, alma y cuerpo (I Tesalonicenses 5:23). Creemos firmemente que esto último es algo que está claramente impreso en esta oración de Pablo en cuanto al comprender – experimentalmente, como ya se ha dicho – el amor que excede a todo conocimiento: esos consuelos indecibles, tiernos y entrañables que Él prodiga a Sus verdaderos amados.

En nuestra formación y desarrollo espiritual, viéndolo en forma muy escueta, podemos afirmar que hay tres etapas bien definidas. La primera es la de **aspiración**, en la cual, encendidos por la visión o meta que el Espíritu nos ha dado, anhelamos y buscamos alcanzarla. La segunda es la de la **crystalización**, que supone el logro del fin deseado, que así se encarna en nosotros. Y por último viene la **maduración**, a través del cultivo y la consolidación con el correr del tiempo, y que siempre lleva latente el deseo instintivo de la reproducción.

Sin lugar a dudas, a estas alturas Pablo ya ha recorrido esas tres etapas, y plenamente consciente de ello es que se atreve a hacer esta oración que, como hemos de ver dentro de poco, alcanza proyecciones que casi podríamos calificar de inverosímiles o increíbles.

Pero antes, debemos referirnos al altísimo precio que ha debido ir pagando en su marcha ascendente hacia esa cima espiritual a que ha llegado. Muchos años atrás, al sentir cierto interés y placer en la poesía, una de las que más nos impresionó fue EXCELSIOR

(MÁS ALTO) compuesta por Longfellow, ese insigne poeta americano de antaño (1807-1882), del cual tenemos fehaciente constancia de que tenía un conocimiento personal de nuestro común Salvador y Señor. Con rima, ritmo y cadencia que son todo un deleite, nos describe un joven alpinista, esforzado y valiente, que un atardecer invernal, en medio del hielo y la nieve, va pasando por una villa cercana a los Alpes, dispuesto a escalar el Paso de San Bernardo, portando un estandarte con la inscripción EXCELSIOR claramente visible. En su camino, voces audibles e inaudibles, lo llaman a que renuncie a su intento: la luz y el calor de chimeneas ardiendo dentro de los hogares, en contraste con los glaciares temibles que lo aguardaban más arriba; la voz de un anciano primero y de un labrador más tarde, advirtiéndole de la tempestad que se avecinaba y el peligro de la horrible avalancha; el ruego de la doncella amorosa que se detenga y repose su cansada cabeza sobre su tierno pecho. Pero nada de esto lo detiene y en cada caso, contra todo sentimiento natural, responde con valerosa determinación: ¡ EXCELSIOR! ¡EXCELSIOR! continuando su marcha ascendente que finalmente le ha de costar la vida.

Aunque centrado en un ideal mucho más alto, Pablo tenía, sin duda movido por el Espíritu de Cristo que moraba en Él, ese instinto del alpinista de escalar las mayores alturas, no importándole el precio ni el sacrificio que le demandará. Aclaremos que por supuesto no eran alturas dictadas por la vanidad ni el egocentrismo, sino por el mismísimo Espíritu del Dios eterno, que lo había elegido y levantado para un destino tan alto como el que le cupo alcanzar.

En tantas ocasiones en que le tocó padecer hasta el extremo, y también en esas largas horas de soledad en sus encarcelamientos en Jerusalén, en Cesarea y ahora en Roma, entre las muchas formas en que fluyeron los consuelos divinos para con su amado siervo, no nos cabe duda que estaba la de saberse y sentirse envuelto, bañado y sumergido en el amor de Cristo en tal medida y con tal intensidad, que se encontraba casi perdido dentro de Él – y al mismo tiempo su diminuta persona se sentía, paradójicamente, llena de toda la plenitud de Dios – algo que escapa totalmente a nuestra estrecha comprensión, pero que indudablemente sería un hecho puntual, de otra manera no lo podría pedir para los demás, no habiéndolo vivido primero él.

Para mayor abundamiento, hemos de decir que por las biografías y escritos de algunos de los siervos y siervas del Señor más ilustres de la historia, entendemos que en una forma u otra, estas manifestaciones, casi diríamos arrolladoras del vino de Sus amores, han sido su dichosa porción y experiencia. Al suceder esto, el alma saturada y extasiada por el amor divino no puede menos que sentirse llena de cuanto Dios es, al par que toma conciencia de que está paladeando el deleite más sagrado y sublime que le puede tocar a un mortal.

Semejante dicha y bendición siempre lleva en sí el anhelo de la reproductividad. Hacia ese fin, la maduración en Pablo ha alcanzado su grado óptimo. Como el intrépido alpinista de nuestra poesía, ha dejado atrás la comodidad y el bienestar, el calor de un hogar, se ha privado de la compañía y el cariño de una mujer como ayuda idónea, y en vez ha elegido el camino de la persecución, de ser apedreado y poner en peligro su vida, de padecer a veces frío, hambre, desnudez y verse envuelto en naufragios y peligros de toda índole. Todo eso y mucho más, tirándolo y perdiéndolo todo, en esa marcha ascendente – ¡EXCELSIOR! ¡EXCELSIOR! – que lo había de llevar progresivamente al gran pináculo de su Cristo Amado, en toda la magnitud de Su inconmensurable amor – AL LUGAR DONDE SU PEQUENÍSIMA PERSONA ESTARÍA LLENA DE TODA LA PLENITUD DE DIOS. –

Sabedor de que la gracia de Dios lo ha llevado ya a alcanzar esa cumbre gloriosa, su fe y su espíritu se ensanchan de tal manera que ahora pasa a pedir con toda confianza, que la

misma bendita experiencia sea también la porción de los queridos santos y fieles que están en Éfeso, y como si fuera poco, añade “*con todos los santos*” (Acotamos que se cuida de usar este vocablo santos, porque solo los que viven verdaderamente de blanco ante Dios y los hombres, han de comprender y disfrutar de estas efusiones del divino amor en grado tan precioso y superlativo).

Tamaña anchura de corazón debe bastar para dejarnos a todos absolutamente atónitos. Orar no solo por los efesios, sino por todos los santos, y pedir que tengan una comprensión experimental y cabal del amor infinito de Cristo, de manera que todos sean llenos de toda la plenitud de Dios. ¡Casi increíble!, pero en ninguna forma podemos pensar que se trataba de un idealismo de Pablo, que como un soñador, expresaba en estas palabras una ilusión inalcanzable. Su oración es la de un titán de la fe, que arrodillado en el frío y duro suelo de la cárcel de Roma en que se encuentra, se desborda en confianza absoluta en la grandeza inmensa del Padre de nuestro Señor Jesucristo y como si lo ya pedido fuera poco (!) continua añadiendo “*Y a Aquél que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*”.

Tenemos la convicción de que esa oración, avalada por su fe y el peso tremendo del altísimo precio que Él tuvo que pagar para llegar a esa cima – la de maduración para reproducir a tan alto nivel – encontró amplia respuesta en la vida de esos preciosos hijos espirituales suyos, los efesios santos y fieles a quienes primeramente iba dirigida esa carta. Pero el agregado del versículo 18 que incluye *a todos los santos*, nos lleva a pensar que sin duda, aún después de terminada su carrera, y a través de los siglos, muchos de los santos, en una forma u otra, entraron en la proyección cuadrimensional de ese amor insondable, y aún más allá también merced a esa oración tan estupenda.

Por nuestra parte, viéndola como un río caudaloso y cristalino, a través de los años varias veces nos hemos introducido en sus aguas, con el anhelo ferviente que, en cuanto a nosotros, esa oración alcance pleno cumplimiento. Con tierna gratitud, bendecimos a Dios por cada ocasión en que nos hemos sabido y sentido envueltos y desbordados por ese amor sin par, al mismo tiempo que perseguimos, llevados por el sabio y paciente Espíritu Eterno, esa meta gloriosa de ser llenos de toda la plenitud de Dios – no en materia de milagros o manifestaciones portentosas, ni de grandezas que no corresponden a nuestras pequeñas personas; pero sí en esto que llamamos la perla de gran precio y la corona de gloria – el amor eterno, supremo y sublime de nuestro maravilloso Cristo.

Querido lector que has llegado fielmente hasta el fin de este libro: te pido que ahora, tal vez de rodillas, me acompañes en esta oración final:

Padre Eterno, con lágrimas te pedimos que nos perdones porque tantas veces en nuestro ímpetu y por querer más de Ti, hemos buscado los milagros, las cosas grandiosas y aún sin darnos cuenta, nuestra buena imagen y el reconocimiento de los demás a través de todo ello. Hoy que, humillados y madurados por Tu mano diestra, hemos aprendido mejor cuales son los valores más altos, dejamos todo eso de lado para siempre. En cambio, arrodillados a Tus pies, optamos por despojarnos y vaciarnos de todo vestigio o resto de esa vanidad tan engañosa a que somos propensos todos los mortales. Y con hambre y sed de Ti ¡oh Dios de amor!, nos abrimos totalmente a ese caudal que fluye de Tu trono, para que nos inundes, envuelvas y llenes como nunca antes de él. Así seremos verdaderos hijos del amor e hijos tuyos de verdad, ¡oh gran Dios de amor! Amén.

